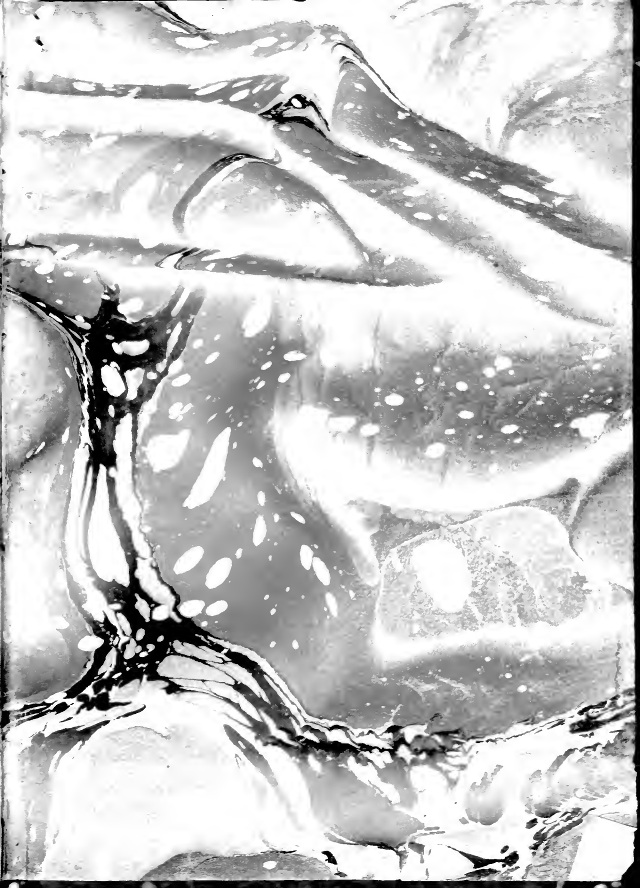




a. Núm.
SEVILLA



POEMAS CHRISTIANOS,

EN QUE SE EXPONEN CON SENCILLEZ

LAS VERDADES MAS IMPORTANTES

DE LA RELIGION

POR EL AUTOR DEL EVANGELIO EN TRIUNFO.

PUBLICADOS

POR UN AMIGO DEL AUTOR.

SEGUNDA EDICION.

EN MADRID:

EN LA IMPRENTA DE DON JOSEPH DOBLADO.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

Me parece justo informar al Lector de los motivos, que me han determinado á dar estos Poemas á la luz pública. Un dia visitando á un Amigo, le encontré ocupado en arreglar ciertos papeles, y preguntándole lo que hacia, me respondió: estas son poesías en que me he ocupado; he procurado desenvolver en ellas algunas de las verdades mas importantes de la Religion para mi uso, y las he puesto de propósito en metro, porque por este medio las desentraño mas, las entiendo mejor, y las fixo en mi memoria; pues miéntras busco la consonancia y la medida, repaso las ideas que contienen, y las voy grabando en mi corazon.

No ha sido mi designio, añadió, hacer versos correctos y brillantes, y por eso no he invocado las Musas, ni pedido á la poesía me prestase sus hermosos colores, sus imágenes atrevidas, ni sus eruditas alusiones. Estos adornos serian extraños y nada oportunos para decorar grandes verdades, que llevan en su simplicidad su mayor fuerza.

Me he propuesto únicamente exponerselas á mi espíritu con la magestuosa sencillez, con que en el Evangelio las propone, y reunir en cada uno de los Poemas las ideas análogas á su objeto, y que mútuamente se corroboran. Por este medio puedo representarme todas las conseqüencias que resultan, y registrarlas con una ojeada.

Me aprovecho del consejo de San Pablo, y no olvido el de Horacio, que preferia en sus composiciones *carmina sermoni propiora*, esto es, los versos que se acercan mas al estilo corriente, y son mas acomodados á la inteligencia comun.

Si este ingenio de tanto gusto en la literatura latina escogia para sus epístolas, la mayor parte frívolas, el estilo mas claro, ¿quánto mas debe hacerlo el christiano que se propone verdades tan sublimes, y cuya inteligencia es tan útil á todos?

Pedí á mi Amigo me leyese algunos de aquellos discursos; lo hizo sin dificultad, y pareciéndome por todo lo que me decia, que no hacia gran caso ni de su trabajo ni de sus versos, me atreví á rogarle me dexase

sacar una copia, y al instante me lo permitió con la mayor facilidad.

Desde entónces estos discursos han sido mi mas freqüente lectura, y el recuerdo de verdades tan sólidas ha sostenido muchas veces mi natural flaqueza. Pensaba que acaso habria otras personas, en quienes pudieran producir el mismo efecto, y muchas veces me ha ocurrido, que seria útil comunicarlas al público; y habiendo visto que últimamente se han impreso en Murcia, y recibido con aprobacion otras pequeñas traducciones que hizo la misma mano, de los Salmos penitenciales, me pareció que yo seria muy culpado, sino partiera con todos los christianos una lectura, que tanto me ha aprovechado.

Me pareció tambien que esta lectura, que puede ser tan útil á todas las edades y condiciones, lo seria mas para la juventud, que naturalmente es idólatra de la poesía; que sus maestros pueden inducirlos á aprender algunos de los Poemas de memoria, y por eso los he dividido en dos partes, para que no les parezcan demasiado largos; y estoy en la persuasion de que estas verdades inculca-

das desde la edad primera, pueden influir mucho para todo el resto de la vida.

Tal vez dirán algunos que esta continuidad de consonantes, al mismo tiempo que hace su construccion mas dificil, puede dexar su lectura ménos suelta y libre; pero el mismo autor me dixo, que esta misma dificultad contribuia á hacerle dar mas vueltas á las ideas, y desenrollarlas mejor.

A mí me parece tambien, que los consonantes ayudan mucho para que se aprendan de memoria; y como no se pretende dar con estos Poemas modelos de la buena poesía, sino medios de grabar sus ideas mas fácilmente y con mas profundidad en el corazon, me ha parecido que el autor tuvo razon en sacrificar el interes de su vanidad á la esperanza de la pública utilidad.

Que el espíritu de Dios sea el autor de mi designio, y que acompañe este escrito para llenar de sus bendiciones á los que le leyeren, que la luz de las verdades que contiene, produzca en sus almas las mismas impresiones que en la mia, y que nos dirija á todos por los caminos de la religion y de la virtud.

ORACION,

QUE SIRVE DE INTRODUCCION PARA PEDIR A DIOS LAS GRACIAS QUE CONDUCEN A LA VIDA ETERNA.

Mi Dios, yo creo en tí, creo en tu Iglesia;
mas mi fe con tus luces fortifica.
Yo espero en tu bondad; pero haz que sea
mi esperanza tan tierna, como viva.

Yo te amo quanto mi alma puede amarte,
mas mi amor, y sus actos multiplica.
Me pesa haber pecado; pero aumenta
el dolor que mi pecho martiriza.

Yo te adoro, Señor, como principio,
autor y origen de mi ser y vida,
y mi alma fervorosa te desea
como el último fin, por qué suspira.

Yo te doy gracias, bienhechor perpetuo,
por tantos bienes como me prodigas,
y mis labios te invocan como al solo
protector soberano, en que confian.

Haz que me arregle por tus santas leyes
que siempre me refrene tu justicia,
que me consuele tu misericordia,

y me sostenga tu virtud divina;
Que te consagre mis palabras y obras,
todos los pensamientos que me animan,
todas las intenciones que me mueven,
y hasta los sufrimientos que me envias;
Para que en adelante toda mi alma,
en tí solo empapada y embebida,
piense en tí, por tí obre, de tí hable,
y sufra lo que tú me determinas.
Quiere mi alma todo lo que quieres,
solo porque lo quieres, á medida
de lo que tú quisieres, y en el modo
con que lo quieras pronta se resigna.
Dignate de alumbrar mi entendimiento,
y de encender mi voluntad tan fria;
purifica este cuerpo que me oprime,
y mi alma que te adora, santifica.
Ayúdame á expiar tantos delitos,
á vencer tentaciones tan activas,
á domar las pasiones que me atacan,
y exercer las virtudes que tú estimas.
Que mi alma agradecida á tus bondades
sus culpas aborrezca, y las corrija,
que se llene de zelo por los hombres,
y desprecie del mundo las mentiras.

Que sometida á todos sus mayores,
y con sus inferiores nunca altiva,
sea tan fiel á todos sus amigos,
como á sus enemigos compasiva.
Que venza los deleytes con ayunos,
con la santa limosna la avaricia,
la cólera feroz con la dulzura,
y que mi devocion no sea tibia.
Hazme prudente en todas mis empresas,
valiente en los peligros que me sitian,
sufrido en todas las adversidades,
y humilde en las fortunas mas propicias.
Concedeme atencion quando te imploro,
concedeme templanza en las comidas,
exâctitud en todos mis empleos,
y constancia invariable en la justicia.
Dame, Señor, una conciencia pura,
un exterior que la modestia indica,
una conversacion edificante,
y una conducta regular y pía.
Haz que domando todas mis pasiones,
concurra con la gracia, que me inspiras,
á obedecer tus leyes soberanas,
y á merecer las celestiales dichas.

Hazme ver lo pequeño de la tierra,
del cielo las grandezas infinitas,
la brevedad del tiempo que se pasa,
y lo largo del siglo que no espira.
Haz tambien que á la muerte me prepare,
que tiemble de tu juicio y de tus iras,
que evite del infierno los horrores,
y obtenga por Jesus la eterna vida.

POEMAS CHRISTIANOS.

POEMA PRIMERO.

EL FIN DEL HOMBRE.

PARTE PRIMERA.

¿Yo para qué nací? Para salvarme.
¡Qué tengo de morir es infalible!
Dexar de ver á Dios y condenarme
triste cosa será, pero posible.
¡Posible! ¿y tengo tiempo de alegrarme?
¡Posible! ¿y tengo amor á lo visible?
¡O Dios! ¿en qué me ocupo? ¿en qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo.

Esto dixo un christiano, que sabia
que el hombre no ha nacido para holgarse,
para vivir con pompa y alegría,
y que solo nació para salvarse,
para amar á su Dios, obedecerle,
y merecer al fin eterno verle.
Este es pues el mayor de sus negocios:
todos los otros pueden en sus ocios

divertirlo tal vez y entretenerlo;
pero este solo debe poseerlo,
y ocupar toda su alma de manera
que siempre obtenga su atencion primera.
El Rey, el Negociante, el Magistrado
deben con interes subordinado
hacer los suyos; mas con el intento
de no perder de vista el pensamiento
de que este es el mayor, el importante,
sobre todos los otros dominante;
pues aun los mismos Reyes Soberanos,
ántes que Reyes sean, son christianos.
No cria Dios á el hombre porque obtenga
bienes, grandezas ó placeres tenga,
no quiere que en la tierra sea dichoso,
sino en la gloria eterna, si es virtuoso.
Así pues la virtud únicamente
debe ser nuestro móvil verdadero,
y todo lo demas indiferente,
y á nuestros intereses extrangero.
Esto se ve de un modo luminoso;
pues quando haya el mortal mas venturoso
quantos deseos tuvo, conseguido,
si este se pierde, todo lo ha perdido;

y quando todos se hayan malogrado,
si este se gana, todo está ganado.
Figurate la humana criatura,
que en la suerte mas triste, la mas dura,
de penas y amarguras rodeada,
un consuelo no ve, no espera nada.
La fortuna con cólera la muerde,
lo que mas la interesa, es lo que pierde;
ha perdido el honor, caudal y amigos,
ya no la queda en fin salud alguna,
y aun no está satisfecha la fortuna,
pues la suscita nuevos enemigos.
Mas si enmedio de tantas tempestades,
prestando el hombro á las calamidades,
se mantiene constante á todo expuesta,
si enmedio del desastre de pies puesta,
ofrece á Dios con ínclita paciencia
de todos esos males la violencia,
sobre sus mismas ruinas edifica
el edificio, que la santifica.
El antiguo quedó todo arrasado,
pero otro superior ha levantado;
y léjos de perder, con mucho acierto
ha ganado su dicha: tanto es cierto,

que el hombre no ha nacido para holgarse,
y que solo nació para salvarse.

¿Y qué objeto mas alto, mas sublime,
mas digno de que el hombre siempre estime
que la virtud? Criado para el cielo,
que ganar puede con su santo anhelo,
¿qué le puede ocupar sobre la tierra?
¿qué le puede servir quanto ella encierra?
Llama el mundo negocios de importancia,
bienes acumular con abundancia,
hacer una fortuna distinguida,
elevarse á una clase esclarecida,
ó adquirir de los hombres el afecto;
¿mas son tan importantes en efecto?

No consultes para esto las ideas
de un mundo engañador, y si deseas
exâminarlo bien, es necesario
lo peses en el peso del santuario.
Pregunta á los oráculos divinos,
¿qué es la virtud? ¿y quáles sus destinos?
Y te responderán, la virtud viene
de Dios, al mismo Dios por padre tiene,
y participa de su propia esencia.
¿Quiéres mayor nobleza y excelencia?

Quando otra vez criaba este universo
tan hermoso, tan vasto y tan diverso,
quando salir le hacia de la nada,
quando extendió esta inmensa y dilatada
region etérea, donde vaga el viento,
quando á la tierra dió su fundamento,
quando al inquieto mar límites puso,
y que todo en el mundo al fin dispuso;
la Escritura nos dice que jugaba,
como que nada esto le costaba;

Pero quando hace santos, y dispone
la luz con que alumbrarlos se propone,
y les da los auxîlios y ocasiones
que preparan su vida y sus acciones,
ya no es mas un autor que sin zozobra
se divierte, que juega con su obra;
es un Dios que medita, que padece,
que derrama su sangre, da su vida:
tanto á sus ojos la virtud merece.
Fué menester para obra tan cumplida
toda su ciencia para imaginarla,
todo su brazo para executarla,
y un amante espectáculo sangriento
para darle la fuerza y el cimiento.

Así es la obra de Dios por excelencia,
y es el objeto de su complacencia.
¿ Observasteis , el mismo Señor dice,
á Job mi servidor ? ¡ oh Job felice!
¡ pero gran Dios! quando del alto cielo
la vista derramabas sobre el suelo,
en él podias ver grandes Señores,
Reyes , Monarcas , y Conquistadores,
que habitan en la tierra con ruido:
¿y qué? solo este Job pobre , afligido,
que en ese muladar abandonado,
yace de horrible lepra devorado,
¿ te detiene los ojos complacido?
¿ lo demas á tu vista desparece?
Sí : la virtud , que mísera padece,
que en el mundo se mira contristada,
tal vez en el olvido sepultada,
y á los ojos del hombre despreciable,
es para Dios hermosa y agradable.
Para Dios, cuya vista luminosa
estima lo que vale cada cosa,
y dando á todas su debido aprecio,
conoce su valor , les da su precio.
Nada hay tan grande de la fe á la vista,

ni nada que el Señor en tanto estime
como la santidad, quando es sublime,
de qualquier modo ó trage que se vista:
lo que los hombres hallan asqueroso,
el Señor y la fe lo hallan hermoso.

¿Qué es lo que en fuerza de motivos tantos
se hace por lo comun para ser santos?
Yo lo pregunto á tí, que estás leyendo,
exâmínate bien, ve respondiendo,
y explícate en estilo liso y llano,
escucha pues. ¿Quién eres? Soy christiano.
Título superior no tiene el hombre.
¿Mas tienes las virtudes como el nombre?
Dí mas. ¿De dónde vienes? He pensado
que del seno de Dios, que me ha criado.
¿Y adónde vas? Hácia un abismo obscuro.
¿Mas sigues el camino mas seguro?
¿sabes bien que al mortal sobre la tierra
por algun tiempo el cielo le destierra;
mas que su dulce patria está en el cielo?
¿Trabajas con ardor y con desvelo
para adquirir la celestial herencia,
y desprecias la humana pertenencia?
¿Procuras fiel con tu reglada vida

servir al que con ella te convida?
Si eres christiano, ya te ha declarado,
que una gloria sin fin te ha preparado,
mas que es fuerza ganarla con paciencia,
y arrancarla tambien con violencia.
¿Qué es lo que has hecho pues para ser santo?
¿en dónde está tu penitente llanto?
¿quáles son las virtudes que practícas?
¿con qué áspero rigor te santificas?
¿en dónde estan tus cruces y cilicios?
¿y quáles son en fin tus sacrificios?
Yo en tí no alcanzo á ver mas que pasiones,
placeres, gustos y disipaciones,
mucho ardor en muy frívolos deseos,
mucha tibieza en todos tus empleos:
¿y piensas que esta vida pueda abrirte
el camino del cielo, y conducirte?

PARTE SEGUNDA.

Dime, si no eres santo, y por entero,
¿quál podrá ser al fin tu paradero?
¿De qué te servirá, quando la muerte
su fiero golpe contra tí descarga,

lo que ahora te ocupa, te divierte,
lo que con sumo ardor tanto te embarga?
Quando vemos un niño, que inocente
en sus juegos se ocupa sériamente,
y pone en cosas leves mucho anhelo,
es un niño decimos; ¡santo cielo!
¡qué de niños se ven sobre la tierra!
¡qué niños viejos su confin encierra!
porque en fin comparando los asuntos,
y contemplando los terribles puntos,
que la virtud y eternidad presentan,
esos objetos que á los niños tientan,
ménos fútiles son, son ménos vanos
que esas ocupaciones de christianos,
que tan frívolas son, tan delirantes,
y que con todo llaman importantes.
¿Quándo la fe nos abrirá los ojos?
¿Y no podemos ser ántes despojos
de la muerte voraz, si se presenta?
Porque, christiano, al fin hazte esta cuenta:
yo supongo que adquieres grandes bienes,
todas las dichas y fortunas tienes,
has logrado vivir en los honores,
con gloria, con grandeza y esplendores;

mas quando venga aquel momento extremo,
en que te ha de juzgar el Juez supremo,
¿serán estos los méritos, que alegues?
¿y piensas que por ellos feliz llegues
á conseguir la gloria de escogido,
que Dios á la virtud ha prometido?
¡Ah! que entónces verás muy claramente
la verdad inmutable y evidente
del Sabio, que con labio soberano
nos dixo, que en el mundo todo es vano,
que todo es vanidad de vanidades,
engaño todo, todo falsedades,
vanidad de los bienes, que perecen,
y de honores que un punto resplandecen,
vanidad de placeres, que seducen,
vanidades del mundo, que producen
en el otro castigos inmortales,
vanidad de una vida toda males,
en fin engaño, error, delirio, encanto
de todo lo que aleja de ser santo.
¡Alma mia! ¿no escuchas vergonzosa
esta secreta voz tan imperiosa,
con que la gracia te habla cada dia?
¿y no escuchas la voz de la conciencia,

que te está repitiendo con porfia,
que abandones tan mísera demencia?
¿que presto de la muerte los horrores
te harán ver de tu engaño los errores?
Tú serás como un hombre que dormido
de repente despierta sorprehendido,
y ve que la ilusion, que le ha alhagado,
es un vapor, un humo que ha pasado,
que era necio su afan, loco su empeño,
y que toda su vida ha sido un sueño.
No lo quisiste creer, quando vivias,
mas la muerte en sus tristes agonías
á tu pesar hará que lo confieses,
y que con ánsia de decir no ceses,
que es locura, es error, es desatino
perder, y sin remedio, su destino;
pues el que no ha vivido santamente
debe ser infeliz eternamente.
Un dia se ha de dar esta sentencia:
¿quién sabe, si del cielo la paciencia,
de tan graves delitos fatigada,
no la tiene en su cólera ya dada?
¿si está sobre nosotros suspendida?
y miéntras que pasamos nuestra vida,

sin pensar en huir de sus rigores,
ó emplear penitentes sus favores,
¿nos vendrá el fatal golpe apresurado?
¡O justo Dios! ¡cómo serás vengado!
Si nuestra floxedad y alevosías
pudieron resistirte algunos dias,
la inmensa eternidad en quanto alcanza
tomará del impío la venganza.

Quando leemos la vida edificante
de los Santos, quedamos inflamados,
nos sentimos movidos y abrasados;
mas rara vez con ánimo constante
imitar sus exemplos pretendemos,
y al oir sus virtudes, respondemos,
pero eran santos: sin duda que lo eran,
y todos los demas serlo debieran.
Hombres son todos, y pues santos fueron,
serlo como ellos, los demas pudieron:
eran santos; y serlo no queremos.
Pues si no somos santos, ¿qué seremos?
¿Queremos siempre ciegos y obstinados
seguir las sendas de los reprobados?

Decimos que en el mundo no es posible
seguir una virtud tan inflexíble,

que su vida de afan no nos consiente
imitar santidad tan eminente;
como si Dios no nos hubiera dado
virtudes propias para cada estado,
y como si en el mundo, por lo mismo
que es un caos fatal, un ciego abismo
de delitos, horrores y de encantos,
no fuera mas preciso hacerse santos.

Dices que la virtud es trabajosa,
que su vereda es áspera y penosa;
¡ mas ay! tú sufres mas sensibles penas,
y con ellas incauto te condenas.
¡ Y qué! ¿pretendes tú, sin que te cueste,
tener lugar en la mansion celeste?
¿en el reyno de Dios hallar entrada,
sin que te deba nunca costar nada?
¿y qué puede costarte, quando esperas
por pocos males, dichas verdaderas?
¿ Quándo miras á un Dios crucificado,
á quien tu salvacion tanto ha costado?
¡ qué! ¿ no quiéres entrar con él á parte
por aliviarle un poco, y por salvarte?
¡ Anda infeliz! no solo eres ingrato,
sino tambien te muestras insensato.

Pero lo mas extraño es que me digas,
que si el hombre pensara atentamente
en verdad tan segura como urgente,
á pesar de las penas y fatigas,
seria menester determinarse,
y á la virtud con ánsia dedicarse.
¿ Pues por qué ¡ Dios eterno ! no pensamos?
¿ en qué pensamos pues, si esto olvidamos?
¿ y quándo vendrá el dia en que pensemos?
¿ Algun objeto ó interes tenemos,
que sea mas urgente é importante?
¿ y por qué no pensamos al instante?
Es cierto que si nuestras atenciones
se fixaran en estas reflexîones,
si el espíritu humano se parara,
y estas grandes verdades meditara,
impresiones distintas sentiria,
otra luz á sus ojos brillaria,
su corazon contrito se moviera,
y al instante á su Dios se convirtiera;
pero nosotros mismos la alejamos,
y sepultados siempre nos quedamos
en el infame cienago profundo
del pecado infeliz, del necio mundo,

expuestos á ser víctimas fatales
de las grandes venganzas celestiales.
¡O Dios! ¿adónde estoy? Yo me estremezco.
¡Quánto yo mismo este baldon merezco!
¿cómo no tiemblo atónito, azorado
del inminente riesgo, que he pasado?
Aun es tiempo, Señor, de tu clemencia;
yo me acojo á la humilde penitencia,
yo invoco la virtud, que luminosa
me presenta una mano fervorosa,
yo la acepto con alma agradecida,
y la voy á seguir toda mi vida,
yo la consagro un corazon entero,
ayúdale, Señor, que habla sincero,
lo que manchó el pecado, lave el llanto,
y el que fué pecador, que sea santo.

POEMA II.

EL ALMA.

PARTE PRIMERA.

¿Quién me podrá decir lo que es el alma?
¿ quál es su objeto y su naturaleza?
Quisiera de esta duda hallar la calma,
y saber si ella acaba como empieza.
Si lo pregunto á la razon humana,
tan poco perspicaz , aunque tan vana,
dirá, que la qüestion es muy obscura.
Siglos ha que solícita procura
saber su orígen , indagar su esencia;
mas nada alcanza con su pobre ciencia,
á lo ménos incierta y vacilante
nunca puede decirme lo bastante.
Lo pregunto á la fe : la fe es obscura,
pero responde con la voz segura,
que es imágen de Dios , que la ha criado,
tomándose á sí mismo por dechado.
Otras cosas me dice , y las comprehendo,
me declara misterios , que yo entiendo

como en el hombre limitado cabe;
pero hay mil cosas que la fe no sabe.
Ella no enseña muchos puntos varios,
quando no son al hombre necesarios,
aunque su orgullo con su vista corta
trabaje por saber lo que no importa;
pero enseña las cosas esenciales,
conoce las verdades principales,
aquellas de que el hombre necesita,
y con las quales su virtud se excita,
aquellas que le muestran su esperanza,
y los medios tambien con que se alcanza.
Dexemos pues al frívolo orgulloso
que en las nubes se pierde, sin reposo
buscar del alma la naturaleza,
que será siempre obscura á su rudeza;
nosotros aprendamos á estimarla,
estudiemos los medios de arreglarla,
y sobre todo de salvarla el modo.
Ella es el hombre, y es el hombre todo.
Quando yo considero este universo
tan vasto, tan hermoso, tan diverso,
los entes que le habitan y componen,
y como, aunque distintos, se disponen

al fin en que parece que se entienden,
como con marcha firme y uniforme
cada qual por su parte va conforme
al órden general de que dependen;
quando me considero rodeado
de tanto objeto y tan multiplicado,
quando veo que exîsten tantos entes,
grandes y chicos, todos diferentes,
y quando fixo en fin mis atenciones
en tantas y tan varias producciones,
yo me digo á mí mismo, quanto veo
todo tiene su fin, tiene su empleo,
y todo es grande, todo es excelente.
A mis ojos es claro y evidente,
que por Dios esta máquina es formada.
El órden no resulta de la nada;
estas obras me muestran el obrero,
como un relox me indica al reloxero;
y pues que todas llenan su destino,
se dexa en todas ver su autor divino.
El sol parece de su luz ensayo,
y me presenta de su gloria un rayo,
la tierra, que parece siempre estable,
me muestra su carácter inmutable,

y el mar que es tan inmenso y tan profundo,
me da una idea del autor del mundo.
Obras son de un poder muy soberano,
dignas de Dios, y de su augusta mano;
mas no es posible que yo en ellas vea
ninguna, que su propia imágen sea.

Pero entre tanto objeto y tan diverso,
que á mis ojos presenta el universo,
veo una criatura inteligente,
y advierto en ella una alma ó una mente
dotada de razon y sentimiento,
y me digo saltando de contento,
ve aqui la imágen viva que buscaba,
esta imágen de Dios que me faltaba,
y en mí mismo la veo, y me la siento.

¡Ah! yo descubro en ella bosquejadas,
como en pequeño casi compendiadas,
todas las soberanas perfecciones.
Al alma repartió sus propios dones,
su hermosura, bondad é inteligencia.
Por eso Dios al darla la exîstencia,
y dándola tambien su propio nombre,
formemos, dixo, al hombre
á nuestra imágen, nuestra semejanza;

¡qué dignacion! ¡qué elogio! ¡qué esperanza!
Así el alma inmortal no es solamente
obra de Dios, como otra criatura,
sino tambien su imágen viva y pura,
espiritual como él, inteligente,
un rayo de su gloria refulgente,
y una vislumbre al fin de su hermosura.
Y no obstante este bien tan elevado
es de las almas natural estado,
comunes son tan ínclitos favores
á los virtuosos y á los pecadores;
pero ¿quál fuera ¡ó Dios! esta hermosura,
si se pudiera ver una alma pura,
que está en gracia de Dios, y revestida
de los bienes, que da la eterna vida?
De lo mas alto hasta lo mas profundo
hermosura tan grande no ve el mundo,
y la luna, el sol, y las estrellas
se deben eclipsar á vista de ellas.
Desde que una alma con la gracia vive
con su Dios se une, en sí su Dios recibe,
y su hermosura Dios la comunica,
de sus propias riquezas la hace rica,
con sus propias virtudes la hace santa,

justa con su justicia, así lo canta
el Espíritu Santo, quando explica
que el alma, que con Dios á estar empieza,
participa de su naturaleza.
¡Qué dicha tan feliz esta alma alcanza!
porque tiene de Dios la semejanza;
que nunca olvide pues tanta grandeza,
que no aventure estado tan sublime,
y que su propia dignidad estime.
Mas para que haga de ella el justo aprecio,
para que pueda conocer su precio,
que sepa que de Dios ha sido amada,
y á costa de su sangre rescatada.
¿Quién viendo quanto el precio es infinito,
no mira con horror todo delito?
¿Quién, sabiendo lo mucho que ha costado,
no trata de librarla del pecado?
Hombre mortal, que miras lo que cuestas,
¿cómo en la tierra lánguido te acuestas?
Levanta tus deseos encendidos
sobre la tierra, el mundo y sus sentidos.
Si quieres comprehender con evidencia
el valor de tu alma y su excelencia,
ve á preguntarlo al Dios que te redime,

mírale como sufre, como gime,
ve sus llagas, su pena y sentimientos,
ve su sangre, su muerte y sus tormentos:
este es el precio que por tu alma ha dado,
considera si en mucho la ha estimado.
¿Te parece bastante tanta prueba?
pregúntalo á la sangre, que se eleva,
y con voz poderosa al cielo clama,
no como la de Abel, que ardiente llama
la venganza de un Dios justo y severo,
sino como la sangre del Cordero,
que con piedad divina é infinita
el perdon de los hombres solicíta.
¿Qué te dice esa sangre que se vierte?
que corre por librarte de la muerte,
que para verte libre y rescatado
digno de tanto precio te ha estimado;
pues si su tierno amor tanto sufria,
es porque tu alma en mucho la tenia.
El alma pues no solo fué criada
por Dios, y por él mismo rescatada,
sino tambien piadoso la destina
á una felicidad toda divina.
El que viera el estado de miseria,

en que el alma padece en este mundo,
sepultada y envuelta en la materia,
puesta como en prision en el profundo
calabozo del cuerpo que la oprime,
y como con su peso triste gime,
se pudiera espantar de tanto abismo,
y decirse á sí mismo:
¿en dónde está del alma la excelencia?
¿y dónde está de Dios la providencia?
¿cómo un ente tan noble y escogido
se mira tan estrecho y reducido?
vida tan llena de miseria y susto
parece indigna de su autor augusto.
Mas quando piensa por la fe ilustrado
que, si el alma padece en este estado,
es solo por el tiempo del pasage,
y miéntras hace el trabajoso viage,
con que á la patria eterna se dirige,
desde entónces colige,
que presto este destierro ha de acabarse,
y que de su prision ha de soltarse;
que presto tendrá fin su desconsuelo,
que hija de Dios, criada para el cielo
dirige allá sus pasos lentamente,

para vivir con él eternamente;
que la tierra es el campo del combate,
y que es preciso que por ahora trate
de obtener con trabajo la victoria,
para obtener el triunfo de la gloria;
que quando el tiempo acabe, vendrá el dia,
en que no se interrumpe la alegría,
y entónces de la dicha en el abismo
la gozará en los brazos de Dios mismo.
Desde que se conoce esta elevada
felicidad del alma, ya no hay nada
que nos pueda espantar, ya no sorprehende
quánto la estima Dios, quánto la atiende,
ni que del cielo él mismo haya baxado,
y su sangre por ella derramado.

PARTE SEGUNDA.

Yo no extraño que tantos Misioneros,
tantos nuevos Apóstoles fervientes,
y del zelo apostólico herederos,
dexando patria, amigos y parientes,
á traves de peligros y pesares
recorran tierras, y atraviesen mares,

del martirio exponiéndose á las palmas,
para ganar á Dios algunas almas.
  Tampoco extraño yo, que los pastores
consagrados al culto religioso,
abandonando todo su reposo,
á pesar de fatigas y dolores
trabajen con ardor y con cuidado,
por preservar las almas del pecado,
ni que la santa Iglesia vigilante,
arrebatada por su activo zelo,
las encamine fervorosa al cielo,
y las aplique con ardor constante
ya los socorros que las asegura,
ya los medios que activa las procura;
  Pero lo que sorprehende, lo que espanta
es que tantos christianos ilustrados
por la divina luz de la fe santa,
y que estando por ella doctrinados
ya conocen de su alma la nobleza,
y de su gran destino la grandeza,
vivan en sus delicias embriagados
de tantas esperanzas olvidados:
se diria, mirando su desprecio,
que no han sabido conocer su precio.

Pero este precio bien le conocieron
los santos solitarios, que temieron
los muchos riesgos que presenta el mundo,
y que por eso trémulos corrieron
á encerrarse en el centro mas profundo,
tomando presurosos como un puerto
el obscuro retiro de un desierto.

Este precio tampoco han ignorado
los santos penitentes, que se han dado
á los rigores de la penitencia,
y mejor conocieron su excelencia
esas tropas de Mártires dichosos,
esos grandes atletas generosos
que al sepulcro volaban placenteros,
á echarse entre las picas y braseros.

Pero ¿cómo es posible que le aprecie,
ó por mejor decir no le desprecie,
el que con ceguedad incomprehensible
solo piensa en la carne corruptible,
y el inmortal espíritu abandona?
¿que trata de tal modo su persona,
que á contentar su cuerpo dedicado,
en su salud eterna no ha pensado?
¿cuya ambicion en fin toda se encierra

en disfrutar los bienes de la tierra?
Quien vive con carácter tan profano
el título no usurpe de christiano;
si el nombre le pusieron en la frente,
su corazon impuro lo desmiente.

Es cierto pues que el alma fué criada
por Dios, y por él mismo rescatada;
es seguro que aquel que el ser la ha dado,
á ser feliz con él la ha destinado.
Estas verdades por la fe relucen;
¡ pero qué reflexîones me producen!
¿ qué efecto hacen en mí ? ¡ Dios soberano
dígnate de guiarme con tu mano!

Quando miro de mi alma la grandeza,
y que veo el horror y la baxeza,
á que la han reducido mis pasiones,
¡ qué vivas deben ser mis reflexîones!
Por el bautismo fuí regenerado,
¿ quál es ahora mi actual estado?
Yo fuí de Dios la imágen semejante,
mas ¿ quánto estoy distante?
Ya no soy mas que imágen profanada,
imágen con mis culpas deshonrada,
sin que la haya dexado el triste vicio

de su antiguo esplendor ningun indicio.
¿Cómo pues Dios conocerá su obra,
si en el pecado mísera zozobra?
¿ni dónde puede estar la semejanza
de una alma, que provoca su venganza?
¡O Profeta! con gritos lamentables
llorabas los estragos deplorables,
con que Jerusalen ya desolada
yacía en sus ruinas sepultada,
desfigurada toda su hermosura;
¡y quánta ser debiera mi amargura,
mirando á mi alma ya desposeida
de tanta gloria, de que fué vestida!
¡cómo mi corazon triste no llora,
de ver que lo que fué, no lo es ahora!
¡Con la sangre de un Dios fuí rescatado!
Vuela pues alma mia, mira atenta
en el Calvario á Dios crucificado,
que tan triste espectáculo presenta,
ve la víctima santa, que suspira,
ve al Cordero sin mancha, que ya espira,
y piensa, que tan grande sacrificio
todo se ha consumado en tu servicio,
que por librarte de una infausta suerte

Jesus se entrega á tan terrible muerte.
Aprovecha, alma mia, del rescate:
por redimirte, de morir acaba
todo un Dios, ¿ y será tal tu dislate,
que tú quieras de nuevo hacerte esclava?
El muere de su amor en testimonio,
¿ y tú misma te entregas al demonio?
Pues bien; si por hacer feliz tu suerte
esa sangre divina fué vertida,
viendo que corre tan desatendida,
gritará contra tí para perderte,
y lo que se hizo para darte vida,
será lo que te dé mas triste muerte.
Yo nací para el cielo destinado:
¿ dónde título habrá tan elevado?
¿ cómo una alma, que espera este destino
se puede desviar de su camino,
y alejarse, buscando envilecida
los falsos bienes de una corta vida?
Quando la veo sin ningun reposo
seguir un mundo falso y engañoso,
quando con un afan que siempre empieza,
añade una riqueza, á otra riqueza;
y quando veo á una muger profana,

que pasa con su espejo una mañana,
consultando con él el arte horrible
de propagar un fuego imperceptible,
y que pretende hacer con tanto empeño
de su vil cuerpo un ídolo alhagüeño,
con tanto afan, con penas tan inmensas,
me digo, hombre mortal ¿qué es lo que piensas?
¿ cómo te ocupas con trabajos vanos
en una masa tan perecedera,
que presto será pasto de gusanos,
sin pensar en el cielo, que te espera?
Pues que á tu alma ves como extrangera,
tú la deshonras, pues esclava la haces
de tus sentidos, y los satisfaces
con vil oprobrio, pues que solo tienes
placeres viles, y caducos bienes.
Tú la aventuras, tú la sacrificas,
¿ y á quién mi Dios? á un vil resentimiento,
á un interes injusto á que te aplicas,
á frívolas delicias de un momento.
Tú la expones en todas ocasiones,
tú la arriesgas á todas seducciones,
y sin remordimiento ni juicio
la llevas hasta el mismo precipicio.

¿ Quién te puede atajar en tu carrera?
Fuera mas que mortal quien no cayera;
tú caes infeliz, ya estás vencido,
perdiste el alma, y todo lo has perdido.
La pérdida del alma es deplorable,
eterna, universal, irreparable.
¿ De qué al hombre le sirve, Jesus dice,
ganar el universo, si infelice
viene su alma á perder? ¡ pérdida inmensa!
que no puede encontrar su recompensa.
¿ De qué te servirán esos honores,
que has adquirido á costa de sudores?
¿ qué te aprovechan todos tus placeres?
¿ qué tus riquezas, pues que ya te mueres?
Una terrible imágen se presenta
á mi imaginacion, y la atormenta,
turbando de mi espíritu la calma.
Si fuera dado al hombre ver una alma
cubierta de la lepra del pecado,
si la viera un instante en este estado,
¿ quál seria el horror que le asombrara,
y quál fuera su miedo, si pensara
que Dios, que desde el cielo la ve airado,
solo espera el instante señalado,

para precipitarla en los tormentos;
que el peligro se abanza por momentos,
que ya está cerca, y que sino se muda
en el infierno va á caer sin duda?
¿Y quál fuera su horror ¡ó Dios eterno!
si la viera caer en el infierno,
de su Dios para siempre separada,
y á suplicios eternos condenada,
exclamando con mísero alarido
yo me pude salvar, y me he perdido?
¡Terrible imágen; pero pena dura!
¿quién lo podrá decir sin amargura?
¿Quántas almas, siguiendo igual destino,
se van adelantando en el camino,
y marchan con ardor ciego y funesto
al lugar que sus vicios se han dispuesto?
¿Quántos hay cerca del fatal abismo,
y que será, Dios santo, de mí mismo?
¡Ah! salgamos de pena tan inquieta:
ya empecé, digo yo con el Profeta.
Aunque me cueste afan, aunque me pene,
yo no quiero que mi alma se condene.
Ya dieron fin las sombras é ilusiones,
el reyno se acabó de las pasiones.

Hasta aquí de mi alma me he olvidado,
yo la sacrifiqué, la he profanado.
No conoció mi loco desatino
su grandeza, su precio y su destino,
con insensato ardor yo me ocupaba
en todo lo que nada me importaba,
el alma sola mi atencion pedia,
y en ella no pensé noche ni dia.
¡O Dios! si estando entónces en pecado,
me hubieras á tu juicio arrebatado,
¿ quál fuera ahora mi infelice suerte?
Otra no fuera que la eterna muerte.
La vida se consume, el fin se abanza,
por detras nos acosa la venganza.
Despierta pues de tan fatal letargo,
que el mas vivo dolor, y el llanto amargo
de una humilde y austera penitencia
paguen tus deudas, calmen tu conciencia.
¡O Dios! recibe un alma que á tí vuelve,
que á dexar el pecado se resuelve,
que quiere ya solícita buscarte;
pues todavia vive, puede amarte.

POEMA III.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA.

PARTE PRIMERA.

Si el curso de la tierra ves atento,
observas con dolor, que quanto nace
marcha á su destruccion, y se deshace;
que un secreto mas vivo movimiento
con rápido fermento
todo lo mina, altera y descompone,
y en fin quanto tu idea te propone,
te presenta con vista pavorosa
de la muerte la imágen espantosa.
Nuestros cuerpos en polvo se disuelven;
la tierra los formó, y á ella se vuelven.

Mas si en el hombre tu atencion reposa,
y observas como piensa, y como entiende,
juzgas que en su interior hay una cosa,
que en la ley general no se comprehende,
este espíritu oculto, que le anima,
esta llama ligera, que le enciende,
y que á esfera tan alta le sublima,

esta áura delicada, que le alienta,
ese vapor, que tanta luz ostenta,
y le da una razon tan despejada,
es el alma criada
á la imágen de Dios, á quien parece,
y que eterna como él, nunca perece.
Esta es verdad segura,
que la fe con su luz nos asegura,
que la razon tambien nos acredita,
que un secreto y tenaz presentimiento
á darle un invencible asentimiento,
con teson incesante nos incita,
y que en fin el comun consentimiento
de todas las naciones
reune en su favor las opiniones.
Como van destinadas á christianos
estas mis reflexîones,
no me dilato con discursos vanos.
No emprehenderé probar inútilmente
una verdad, que la christiana gente
respeta como artículo importante;
me será lo bastante
penetrar sus ventajas, explicarlas,
y el medio de poder aprovecharlas.

El mayor pensamiento, el mas sublime,
el que nos puede ser mas excelente,
y mas capaz de hacer, que el hombre estime
su propia dignidad, es ciertamente
pensar que, quando el cielo le ha formado,
un inmortal espíritu le ha dado.
¡Qué idea, grande Dios, qué grande y vasta!
con ella sola basta
para amar la virtud, y odiar el mundo,
¡qué manantial tan rico y tan fecundo
de esperanzas, consuelos y virtudes!
¡qué descanso de penas é inquietudes!
pues es el alto orígen de que vienen
todas las dichas, que los hombres tienen.

Esta inmortalidad bien meditada
eleva nuestros propios sentimientos,
y envilece los otros pensamientos.
La desgracia del alma disipada
es que en su propia esencia no ve nada,
ó es falso lo que ve. No considera
lo que es ahora, y lo que ser espera.
Con errada ilusion, sin que se asombre,
cree que el cuerpo mortal que la acompaña,
es el mismo; ¡mas ay! mucho se engaña.

No es mas que lodo el cuerpo, y no es el hombre,
es la triste prision, que un tiempo habita,
el contrario, que pérfido le agita,
y lo que la razon en él prefiere
es vivir con una alma, que no muere.
¡ O ceguedad humana !
¡ quánto eres deplorable ! ¡ quánto vana !
Si lo que son alguno les pregunta,
uno dirá, yo tengo un puesto honroso,
que con mucha riqueza honores junta;
otro responderá soy poderoso;
dirán otros soy juez, soy cortesano,
y alguno le dirá soy Soberano;
todo esto es bueno, todo es excelente,
mas yo veo en vosotros todavia
una cosa mayor, mas eminente
que vuestras almas elevar podia;
vosotros sois eternos, inmortales.
Ve aquí títulos grandes y reales,
títulos muy preciosos,
que dan derecho á bienes prodigiosos,
y á cuya vista la grandeza humana
es mentida ilusion, grandeza vana.
Pues eres inmortal, á tu Dios tienes

por tu fin, tu principio, y tu modelo;
él te ha criado para inmensos bienes,
su amor te quiso dar parte en su cielo,
y porque mas te asombre,
es Dios, que en tu favor quiso ser hombre.
Pues eres inmortal, ya tu deseo
no debe ambicionar ningun empleo,
sino aquel que, guiando al buen camino,
te pueda conducir á tu destino;
todo extravío para tí es desgracia:
viviendo con la vida de la gracia,
podrás librarte del eterno abismo,
y tu gloria será la de Dios mismo.
El christiano que atento considera
lo que es ahora, lo que ser espera,
de estas sanas ideas nunca sale,
porque su alma inmortal mucho mas vale
que todos los monarcas de la tierra,
y quanto el mundo en su confin encierra.
Este título hermoso y refulgente
de inmortal, que grabado está en su frente,
mas que los tronos á sus ojos vale,
no hay en el mundo nada que le iguale.
Quando el hombre concibe sentimientos

tan altos y elevados
muda de pensamientos,
todos son nobles, grandes é ilustrados.
Empieza á conocerse y estimarse,
y desde entónces teme deshonrarse,
con el horror infame de los vicios:
con puras intenciones,
y con santos christianos exercicios
huye la esclavitud de las pasiones,
se respeta, no quiere envilecerse,
ni sabe detenerse
en las cosas humanas,
que tan fútiles son, que son tan vanas.
Es como un poderoso potentado,
que de grandes objetos encargado,
desdeña con razon, y hasta se indigna
si por desgracia se le ve ocupado,
en obra que de sí no sea digna.
Un Rey de gran carácter no se expone
á detenerse en baxos devaneos,
ni fútiles proyectos se propone,
y el inmortal que espera altos empleos,
solo debe formar altos deseos.

Que el hombre, que engañado se figura

que toda vida se acabó muriendo,
ponga su corazon y su dulzura
en los bienes, que el tiempo le procura,
y quiera disfrutarlos, ya lo entiendo;
pero el que sabe que hay vida futura,
el que con luces sanas é inflexíbles,
de la fe con los rayos luminosos,
átomos solo mira imperceptibles,
en los que el mundo ve como colosos,
no sacará su honor ni su grandeza
sino de su inmortal naturaleza.
Considera un momento
al sabio, que con este pensamiento
superior á sí mismo, y elevado
sobre la tierra, mira sosegado
pasar baxo sus pies, como un torrente,
tantas pompas humanas, que fugaces
se van á despeñar rápidamente.
El sabe que son vanas y falaces,
que el mundo las obstenta,
mas mira que veloz las representa,
pues si un instante breve resplandecen,
en polvo y en vapor se desvanecen.
El sabio rie, y con distinto anhelo

las ve pasar, y se dirige al cielo.

Ya desde entónces santa vida empieza,
ya subsiste sin fausto ni grandeza,
ya no busca ni velo que le encubra,
ni hipocresía que sus faltas cubra.
Para ser grande verdaderamente
de sí arroja el orgullo que le miente,
y no busca por fuera otra grandeza.
La religion y la naturaleza
un decoro le dan mas excelente,
pues que le alejan del mortal abismo;
grande con la grandeza de Dios mismo,
sabio con su inmortal sabiduría,
y justo con la gracia que le guia,
pronto será, si á pronunciarlo atino,
con su divinidad tambien divino.

El que se abrasa con tan dulce llama,
¿cómo amarse podrá? y si se ama,
amar no puede al cuerpo corrompido,
triste prision, en que se ve metido;
amará al hombre puro, que es el alma
que busca ansiosa la celeste palma,
espíritu, que Dios crió á su modo.
Este es el hombre, y es el hombre todo;

lo demas es la sombra, la figura,
la imágen triste, la fantasma impura.
Esta elevada idea que prefiere,
de que el hombre que nace nunca muere,
tan sublimes motivos le presenta,
que no solo le alienta,
y á virtudes dificiles le aplica,
sino tambien quanto hace, santifica.
¡ Cómo parecen vanos
con motivos tan altos los humanos !
¡ y quánto estos motivos superiores
saben criar virtudes interiores !
Pues sabe el hombre, quando está consigo,
que Dios, y siempre Dios es su testigo.
Las virtudes humanas
ó contrahechas son, ó son profanas;
como son tan impuros sus motivos,
los efectos que nacen son nocivos.
Son árboles, que dan dañados frutos,
hipócritas, políticos, astutos,
y otros mil, que con vicios escondidos
son sepulcros, que estan emblanquecidos.
La justicia forzada ó mal segura,
aun quando se haga con la mano pura,

suele dexar el corazon viciado.
Suele el desinteres ser afectado,
y vanidad oculta la modestia.
¿ Quién querrá sujetarse á la molestia
de la virtud sincera, si concibe
que todo se acabó quando no vive?
De la virtud es áspero el oficio;
¿quién puede consagrarse á su exercicio,
quando engañado piensa,
que aguardar no la puede recompensa?

PARTE SEGUNDA.

Desde que el hombre á la region sublime
de la inmortalidad, fiel se avanza,
la placentera luz de su esperanza
hace, que al punto intrépido se anime.
Su virtud al mirar lo que le espera,
tan fecunda será como sincera,
tendrá con el carácter de christiano
en toda profesion, toda carrera,
tan puro el corazon, como la mano.
El Rey que á la inmortal corona aspira,
á sus vasallos como á hijos mira;

no de reynar sobre ellos es su anhelo,
sí de reynar con ellos en el cielo.
El juez en la justicia nunca vario
la pesará muy fiel en su balanza,
pues ha de ser él mismo sin tardanza
pesado con el peso del santuario.
El negociante pone cuidadoso
en su comercio, por primera basa
la probidad; sus límites no pasa,
porque espera un negocio ventajoso,
que debe en los tesoros celestiales
producirle riquezas inmortales.
El artesano desde la mañana
trabaja con teson; pero no piensa
solamente en la humana recompensa,
para la vida eterna tambien gana.
¿ Y quál fuera ¡gran Dios! su triste suerte,
si afanándose así noches y dias,
con las manos vacías
se presentara á la hora de la muerte?
Todo hombre pues que aspira
de la otra vida al inmortal reposo,
y se dirige con tan alta mira,
en todas sus ideas es grandioso,

en todos sus designios ajustado,
en todas sus acciones arreglado,
y si esta idea todos la tuvieran
los corazones de los hombres fueran
de la virtud asilo.
Con dulce amor, con ánimo tranquilo,
la imágen de su Dios representaran;
la ley, la paz y la amistad sincera,
la equidad y el honor siempre reynaran;
muy léjos de que nadie mal hiciera
entre sí generosos disputaran
á quien al otro da mayor consuelo,
la tierra entónces pareciera el cielo.

No se veria en ella lo que ahora
se mira con dolor; tanto insensato,
que infiel á la razon, á Dios ingrato,
no dando á la virtud su justo precio,
no se estima á sí mismo, ni hace aprecio
mas que de las ventajas exteriores,
del poder, la riqueza, los honores,
y otros bienes efímeros, que al necio
seducen con sus falsos resplandores.

El hombre, que á sí mismo no se estima
sino por bienes fútiles y extraños,

á su ser inmortal agravio intíma,
dexa los bienes por amar los daños,
él mismo desconoce sus caminos,
y la sublimidad de sus destinos;
puesto que el cielo nos crió inmortales,
honremos las virtudes celestiales,
y no nuestros tesoros: estimemos
lo que somos, y no lo que tenemos.
Entienda el hombre, porque mas se estime,
y que á su alma inmortal nada la asombre,
que en él nada es tan grande, tan sublime
como la propia dignidad del hombre.
Pero tampoco basta que conciba
su elevado destino y su grandeza;
lo esencial es que viva,
sosteniendo su ínclita nobleza
con la pureza de sus intenciones,
y con la santidad de sus acciones.
Vea quál es su error, quál su delito;
pues que un Dios tan supremo é infinito
con voluntad sincera
le hace grande, y él mismo degenera.
¡Ah! ¡qué el ser inmortal no se envilezca!
Que con virtudes en grandeza crezca,

que su inmortalidad sea la fuente,
en cuya dulce y plácida corriente
beba de la esperanza saludable
el agua siempre pura y agradable.
¿Dónde podrá encontrar mas dulce anhelo?
¡Y cómo en esta vida miserable!
para poder hallar algun consuelo,
para que sea un poco tolerable
este texido de tribulaciones,
¿volvemos hácia Dios las reflexîones?

El hombre (santo Job, tú nos decias)
pasa sobre la tierra pocos dias,
y estos pocos son llenos de aflicciones.
Por áspero sendero tú caminas,
sembrado está de cruces y de espinas,
tus lágrimas tambien mojan la tierra.

¿Qué otra cosa es la vida sino guerra?
Un monton de inquietudes y de sustos,
un texido de afanes y disgustos,
fluxo y refluxo de tribulaciones,
de mudanzas, de afan y turbaciones,
que como olas terribles y agitadas,
unas sobre otras siempre amontonadas,
se suceden sin fin para inundarnos,

y que acaban tambien por anegarnos.
Si en el diluvio, en la borrasca fiera
de esta caduca y tumultuosa vida,
el hombre otro consuelo no tuviera,
que esa vida tan triste y afligida,
¡ qué infeliz fuera, ó Dios, su horrible suerte!
¡ cómo invocara con ardor la muerte!
mas quando enmedio de miserias tantas
mira resplandecer las luces santas
de la vida futura,
al instante se endulza su amargura:
¿ y qué le importa que esos pocos dias,
que tan breves y rápidos se exhalan,
se pasen entre penas ó alegrías,
si al tiempo de morir todos se igualan?
¿ Qué nos hace haber sido en nuestros sueños
pobres ó ricos, grandes ó pequeños?
De la tierra es muy rápido el pasage,
dificil el camino, duro el viage;
pero en muy corto tiempo de paciencia
llegar se puede á la celeste herencia.
¡ Alma mia! pues tanta luz alcanzas,
sosten este infeliz peregrinage
con la grandeza de tus esperanzas,

y mira que le queda á tu desvelo
toda la eternidad para consuelo.
Si piensas que la vida es noche larga,
piensa que el dia eterno ya te aguarda,
y que luego que próspero amanece,
toda la obscuridad desaparece.
Los llantos son en risa transformados,
los trabajos se miran coronados,
huyen los males, el placer domina,
y solo reyna allí la paz divina.

Suframos, pues sufrir ahora es fuerza,
mas mira al cielo, y tu valor esfuerza,
con tus lágrimas siembra toda via,
presto recogerás con alegría.
Ya el cielo tu lugar ha preparado,
y el momento tambien ha señalado:
no busques en la tierra otro consuelo,
que este solo podrá saciar tu anhelo.

El corazon del hombre es insaciable,
con una ánsia violenta
todo lo tiene, y nada le contenta;
pero solo es culpable
en buscar con ardor infatigable
bienes terrenos, cuyo falso alhago,

con máscara de bienes es estrago.
Con un ardor inquieto se deshace,
desea, obtiene, no se satisface,
reconoce su error, su desvarío,
ve que su corazon queda vacío,
porque un instinto noble se le ha dado,
y le encamina á bien mas elevado.
Cada especie animal se ve contenta
con los bienes, que el mundo la presenta,
porque para ellos solos fué criada;
pero al alma del hombre ilimitada
nada del mundo alcanza á contentarla,
y solo todo un Dios puede saciarla.
Las pompas, las riquezas, los honores,
los grandes puestos, las brillantes flores,
en fin del universo los despojos
son polvo fútil; mas su mucha copia
hace nube delante de sus ojos,
porque no vea su grandeza propia,
y no busque su dicha verdadera
en la mansion eterna, que le espera.
Despreciando los bienes de que goza,
si uno solo le falta, no reposa;
anhela, gime hasta obtener su empleo;

un deseo sucede á otro deseo;
y si de todo el mundo dueño fuera,
no tuviera bastante, otro quisiera.

Quieren ser grandes para ser dichosos,
trabajan con afanes laboriosos,
pensando hallar la dicha en la grandeza;
pero habiendo llegado hasta lo sumo,
y viendo que la gloria toda es humo,
esperan encontrarla en la riqueza;
pero ¡qué error! tambien los poderosos,
que viven con esplendida opulencia,
enmedio de tesoros tan quantiosos
sufren mas que no sufre la indigencia.

Viendo que ni uno ni otro pueden darla,
en los placeres quieren encontrarla;
¡pero ay Dios! anda á ver esos sensuales,
que tanto han fatigado sus sentidos,
ya tienen los deseos extinguidos,
nada les saca ya de su letargo,
y hasta el mismo placer les es amargo.

¿Que es esto? Una inquietud desesperada,
que busca siempre, porque no halla nada.
¡Qué mucho! que el mortal ya despechado
diga en su corazon desengañado,

la tierra es vanidad de vanidades;
todo aflicciones y calamidades.
¡Feliz eternidad! solo en tu seno
el corazon del hombre está sereno,
y halla la dicha que le satisface;
quando dexa la tierra, es quando nace.
Dichoso el hombre, que tu luz adquiere,
que dexa el suelo, donde tanto muere,
y con las alas de un amor activo
va á vivir en la gloria del Dios vivo.

POEMA IV.

LA PROVIDENCIA.

PARTE PRIMERA.

Pues hay un Dios, hay una providencia.
No hay mejor, ni mas clara consequïencia,
y basta la razon para sentirla;
pero para mejor apercibirla
Dios dispuso, que todo nos mostrara
esta grande verdad con luz tan clara,
que el mismo Dios, el mundo y nuestra mente
nos la muestran con modo diferente.
Dios nos la muestra en su divina esencia,
el mundo con su física exîstencia,
y su grande espectáculo visible
á nuestros ojos la hace perceptible,
y nuestro propio interno sentimiento
de su verdad tambien es argumento.
Dios nos la manifiesta claramente,
verla es preciso en su divino seno;
porque si exîste un Dios, es evidente,

que es un ente perfecto, sabio, bueno,
grande y omnipotente.
Si es sabio, debe odiar todo desórden,
y debe conocer quál es el órden.
Si es bueno, debe amarle y protegerle,
y si es omnipotente, establecerle.
Este razonamiento es sin defecto,
pues no puede haber Dios, sin ser perfecto:
desde que este principio está sentado,
vuelve los ojos, y la vista tiende
sobre quanto este mundo en sí comprehende,
repara con cuidado
el órden, con que todo está arreglado;
y pues el órden es la providencia,
admira, y saca tú la conseqüencia.
Si hay un Dios, es principio de las cosas,
y tambien debe ser el fin postrero
de todas, sean chicas ó grandiosas,
si es el último fin del mundo entero,
le debe conducir seguramente
al fin que se propuso su alta mente;
mas para conducirle, no hay remedio,
es preciso, que escoja el justo medio,
por donde pueda ser bien conducido;

y como este escoger, bien entendido,
no es otra cosa que la providencia,
admira, y saca tú la conseqüencia.

Si hay un Dios, es inmenso; esto es seguro,
y si es inmenso, debe estar en todo
por su ser infinito, sabio y puro.
No hay arbitrio, ni modo
para el hombre que piensa,
de que la inmensidad no sea inmensa.
Mas como al mismo tiempo es un Dios vivo,
que todo lo previene,
debe por consiguiente obrar activo
en quanto el universo en sí contiene,
todo lo debe ver, todo animarlo,
todo en fin dirigirlo y gobernarlo;
y como esta accion y este gobierno,
tanto en lo temporal como en lo eterno,
son el efecto de la providencia,
admira, y saca tú la conseqüencia.

No es posible que humano entendimiento,
por mas que sus ideas se relajen,
por mas corto que sea su talento,
se figure de Dios alguna imágen,
sin ver en ella amor, bondad, potencia,

y la mas soberana inteligencia.
Y si el hombre pudiera todavia,
esforzando sus cortas reflexîones,
concebir mas sublimes perfecciones,
á Dios atribuírselas debia,
¿ cómo Dios puede ser quien no tuviera
todo lo que en un Dios caber pudiera?
¿ Pero qué hace con tantos atributos?
¿ quáles los fines son? ¿quáles los frutos?
De criar se dignó su omnipotencia,
y arregló lo criado con su ciencia,
con su poder magnífico y fecundo
dixo que un mundo se haga, y se hizo un mundo.
Mas si á todo dió el ser, todo lo guia,
pues con la luz de su sabiduría,
quanto crió sostiene y lo gobierna.
Todo lo regla con su mano eterna;
y por fin su bondad se satisface
con tanto bien como á sus obras hace.
Es pues verdad que todo fué arbitrario,
que todo lo hizo por beneficencia,
y que darnos á todos exîstencia
acto es de su bondad muy voluntario,
pues para sí de nada necesita,

y tan feliz y tan glorioso fuera,
con magestad tan alta é infinita
sin criar nada como ántes lo era.
Mas quando el hombre ve que el mundo exîste,
que todo está tan bien, y que subsiste
con órden tan sublime y arreglado,
debe inferir que aquel que lo ha criado
es el que lo gobierna y lo conduce
con su mano secreta é invisible.
De esta idea deduce
que un Dios sin providencia es imposible.
Al que tan ciego fuera
que tan brillante luz ver no pudiera,
ninguna otra verdad le alumbraria.
El mundo que forjó su fantasía
fuera un caos mas triste, mas confuso
que la nada de que hace tanto abuso.
Esta verdad tan clara y tan sensible
es tambien á los ojos perceptible,
y mejor la comprehenden los sentidos,
quando viendo del mundo la hermosura
y sus muchos objetos divididos,
admiran su magnífica estructura.
¿Quién no mira con plácido consuelo

esos astros que giran en el cielo
con veloz movimiento tan seguro?
¿ A quién no asombra un esplendor tan puro?

Quando en tranquíla y sosegada noche,
en que el céfiro plácido respira,
dexando todo amargo pensamiento,
yo levanto la vista al firmamento;
quando echando los ojos por la esfera
con tanto placer miro
esos globos de luz, que hacen su giro
con tan reglada y rápida carrera;
quando veo esa esquadra luminosa
de estrellas, que con marcha magestuosa
parecen como en órden de batalla,
fuera de sí mi espíritu se halla,
y me digo mirando esta armonía,
una mano divina es la que os guia.

Quando veo esos astros luminosos,
que con benigna luz y sin ardores
por esos campos vastos y espaciosos
parecen como flores,
que han sido por el cielo derramadas,
digo con ánsias tiernas y asombradas,
viendo que cada qual brillante luce,

una mano divina en vos reluce.

Quando advierto la regla indefectible,
con que marchan sus pasos combinados,
tan exâctos, tan justos y arreglados,
que toda prediccion es infalible,
y me dicen los hombres limitados,
aunque esten separados,
tal astro en tal momento se levanta,
y que al instante súbito aparece,
de estupor y placer mi alma se espanta.
Quando dicen á tal hora se pone,
y veo que puntual desaparece
en el minuto mismo que propone;
yo me digo, mirando su obediencia,
y como cada qual fiel se dirige,
una mano divina es la que os rige.

Quando observo por fin que el movimiento,
que tan exâcto sigue el firmamento,
es el mismo que siempre se ha observado
desde que el mundo su principio tuvo,
y que hasta ahora va tan concertado,
que nunca se le vió, ni nunca hubo
el mas leve desvio ó discordancia;
yo me digo, admirando su constancia,

y como cada qual su curso alterna,
una mano divina lo gobierna.

¿ Y qué diremos , si dexando el cielo,
con el mismo desvelo
ponemos nuestros ojos en la tierra,
mirando bien lo que su seno encierra?
¿ Quién no observa espantado
su hermosa variedad inagotable
de yerbas , plantas , árboles y brutos ?
¿ Quién no admira la copia innumerable
de pescados, de páxaros y frutos ?
¿ Qué corazon ingrato
puede desconocer la providencia ,
que con tan dulce y amoroso trato
presta tanto socorro á su indigencia?

Observa bien los rios caudalosos,
que por la tierra corren magestuosos ,
refrescando la sed que la devora.
Mira como atesora
riquezas , que cada año la produce,
y que el año que sigue, reproduce.
Ve sus árboles llenos y agoviados
con el enorme peso que los carga,
y que su mano liberal alarga ;

esos prados vistosos y esmaltados
con tanta copia de galanas flores.
Mira como brillantes sus colores
los visten con sus trages taraceados,
y como los sentidos embriagados
gozan la suavidad de sus olores.
¡ Y qué ! viendo tan próvida afluencia,
¿ puedes dudar si hay una providencia?

PARTE SEGUNDA.

Observa el órden de las estaciones,
como las quatro el año han dividido
en iguales benéficas porciones,
que las quatro entre sí se han repartido:
Ve como cada qual fiel se abanza;
sin faltar ni salirse de su esfera,
con mas exâctitud que si la hubiera
pesado con rigor en la balanza.
Parecen quatro hermanas, que partieron
la herencia de aquel padre que tuvieron,
y que contentas siempre y oficiosas
con la parte, que el cielo dió á cada una,
en su confin se tienen cuidadosas.

Su asistencia oportuna
solo se ocupa , quando el tiempo viene,
en darnos cada qual lo que ella tiene.
La primavera verde y placentera
adorna el campo , viste la rivera.
A las cosechas el éstío dora,
el otoño riquezas atesora,
y el invierno ya cano y perezoso
goza de tantos bienes con reposo.
¿Quién de este órden verá la permanencia
sin adorar , ¡ó Dios! tu providencia?

Pero vamos del mar á las orillas,
veamos juntas nuevas maravillas.
¡Qué espectáculo grande y portentoso!
¡ó Dios! solo tu brazo poderoso
pudo criar un piélago tan vasto,
que ofrece tanto bien sin ningun gasto.
¡Quánto el hombre orgulloso,
debe á su vista parecer pequeño!
Parece esfuerzo de tu omnipotencia,
y es medio dulce de tu providencia.

¡O mar! monstruo del mundo, y su gigante,
en la tierra no tienes semejante:
solo tú puedes darme alguna idea

con tus aguas, que son inagotables,
y tus profundidades insondables,
de tu hacedor, que en nuestro bien te emplea.
Quando te miro quieto y apacible,
que blanda calma tu inquietud contiene,
tu tez plácida, tersa, inaccesible
me parece la imágen mas sensible
de aquel Ente infinito, que no tiene
término, ni principio, fin ni orilla,
y me figuro que en tu seno brilla
su inalterable paz, dulce y serena.
Quando tu furia se desencadena,
y te veo colérico y ayrado,
me haces temblar, porque me representas
con iras violentas
á ese mismo Señor, que ya irritado
es tanto mas terrible,
porque ha sido mas tierno y apacible.
Pero tú sometido...
el término fatal nunca has pasado,
en que tu sabio autor te ha contenido.
Bien te veo furioso y agitado
con ímpetu el mas fiero
acumular montañas á montañas,

y amenazar feroz al mundo entero;
pero á pesar de sus violentas sañas
violencia te haces,
y obedeces á aquel, que ya te dixo,
llega hasta aquí, pero de aquí no pases.
  No obstante tu furor te quedas fixo,
pocos granos de arena te detienen,
tus irritadas olas se contienen,
y á besar vas su pie con reverencia:
¿cómo no adoraré la providencia?
  Pero escucha otra voz mas eloqüente,
en que no es menester razonamiento,
porque nos habla al alma mudamente;
escucha pues tu interno sentimiento,
entra de tu alma en la region oculta,
y con tu propio corazon consulta.
  Quando ves esta máquina elevada
tan hermosa, tan grande, tan reglada,
¿no te dice en secreto tu conciencia,
que es hija de la sabia providencia?
¿Quién no se rinde humilde y reverente
á esta dulce impresion, que el alma siente?
  Si se ve una familia virtuosa,
que guarda el órden, y que en paz reside

decimos que hay un Xefe, que preside.
Si vemos un imperio, que tranquilo
de las artes y leyes siendo asilo,
da premio á la virtud, al vicio pena,
decimos que hay alguno, que lo ordena.
Si vemos un rebaño numeroso,
que en abundantes pastos bien tendido,
sin rezelo del lobo mas rabioso,
pace la fresca yerba sometido,
decimos al instante,
este pastor sin duda es vigilante.
Quando por alta mar veo un navío,
que cortando las olas encrespadas,
á pesar del furor del tiempo impío,
se avanza con las velas desplegadas,
y que llega por fin con bien al puerto,
yo me digo es muy cierto,
que este navío, que feliz ha entrado,
está por buen piloto gobernado;
y nosotros, mirando la estructura
de un mundo, que en el ayre está colgado,
con tanta variedad, tanta hermosura,
con tal órden y regla á cada paso,
¿diremos que es efecto del acaso?

¡O acaso! si eres tú tan poderoso,
que formaste este mundo prodigioso,
sin duda eres un ser inteligente;
entónces yo me postro reverente
á tus pies, yo te adoro, yo te amo,
¡ tú eres mi Dios! y como tal te aclamo;
pero aquel que pronuncia esta palabra,
¿del acaso concibe bien la idea
de lo que explica, y explicar desea?
¿y el sentimiento que en el alma labra,
no desmiente en el necio y en el sabio
lo que pronuncia inadvertido el labio?
¿Quántas veces, y en quántas ocasiones,
con el grito interior de la conciencia,
casi á nuestro pesar, con las acciones
confesamos que hay una providencia?
En un riesgo inminente,
en un violento y súbito accidente,
¡ay mi Dios! exclamamos con anhelo,
y levantamos nuestra vista al cielo.
¿Por qué la levantamos aterrados,
si en el cielo no hay ojos,
que puedan consolar nuestros cuidados,
ó puedan aliviar nuestros enojos?

¿por qué tan azorados y contritos
al cielo dirigimos nuestros gritos?
Nuestro afan insensato ¿qué pretende,
si el cielo es sordo, y nuestra voz no entiende?
¡Ay mi Dios! un Profeta le decia,
sin salir de mí mismo, en mi conciencia
hallo las pruebas de tu providencia.
Esta luz me persigüe con porfia,
en vano quiero acumular las dudas,
mis propias sensaciones no son mudas,
y me dicen con voz muy eloqüente,
que hay en el cielo un ser inteligente,
que formó el universo y le dirige,
un brazo poderoso que le rige,
un ojo eterno que lo mira todo,
una fuerza mayor que lo sostiene,
que á quanto exîste dió la regla y modo,
que todo salió de ella, y á ella viene,
en fin una inmortal próvida mano,
á quien se debe culto soberano.
Así concluye la razon sincera:
pensar de otra manera
seria ceguedad la mas terrible,
ó un castigo de Dios el mas visible.

POEMA V.

EL MUNDO.

PARTE PRIMERA.

El mundo es alhagüeño y lisonjero,
mas quanto mas alhaga, mas engaña,
quando mas lisonjea mas nos daña,
y nunca un bien presenta verdadero.
¿Quién puede conocerle y estimarle?
¿quién puede haberle visto y no dexarle?
El mundo se presenta con caricias,
nos ofrece regalos y delicias,
con un trage brillante se produce,
y este es el medio con que nos seduce.
Como sabe adular nuestras pasiones,
y como los humanos corazones
son fáciles á dar en el engaño,
ellos mismos ayudan á su daño.
Sus avenidas son dulces y hermosas,
se huellan flores, y se pisan rosas,
se ven concursos, juegos y festines,

paseos, espectáculos, jardines,
y tras ellos con ojos deslumbrados
se van los corazones arrastrados.

Quando en el mundo un jóven se presenta,
todo le rie, todo le contenta,
viendo tanta alegria, y fiesta tanta,
todo le hace placer, todo le encanta.
Apénas un deseo en su alma nace,
que con ansioso ardor lo satisface,
marcha por un camino delicioso,
dulce á los pasos, á la vista hermoso,
pues lleno está de flores; imagina
que á la felicidad por él camina,
que todos sus senderos son amenos,
que sus dias tranquilos y serenos
deben siempre ofrecerle nuevos gustos,
y entre placeres vivos y sin sustos
ve la carrera de una vida larga,
en que todo es dulzura, y nada amarga.

El mal es, que si el mundo lisonjea,
el mismo débil hombre lo desea.
Tales son los humanos caractéres:
el amor natural de los placeres,
y lo que embargan las disipaciones

alejan la razon y reflexîones;
se ocupa únicamente
en lo que gusta, y con placer se siente,
se desvia, se aleja presuroso
de lo que turba su feliz reposo;
el hombre no entra en sí, ni habla consigo,
hasta que le despierta algun castigo.

Hijo, el sábio decia, si el mundano
con sus dulces promesas viene ufano
á ofrecerte su miel con bizarría;
no la comas, y de ella desconfia.
Sabe que es un mortífero veneno,
quizas tu paladar lo hallará bueno:
pero muy presto sus activas sañas
destrozarán feroces tus entrañas.
¡ Consejo cuerdo ! pero los consejos
suelen de los exemplos estar léjos;
porque no se detiene el alma en reflexîones,
quando embriagada está de sus pasiones.

Mas porque el mundo tanto lisonjea,
es razon que el prudente no le crea.
Promete mucho, pero dá muy poco,
y solamente un loco
esto poco que dá, tomarlo puede;

pues léjos de que logre darnos gustos,
ó cria penas, ó fomenta sustos,
y á la dulzura el sinsabor excede.
Despues de seis mil años los humanos
buscan la dicha con esfuerzos vanos.
Todos quieren solícitos buscarla,
y ninguno en el mundo pudo hallarla.
En sus placeres tan multiplicados
á millares se ven los desgraciados,
y uno siquiera no se ve dichoso,
y con todo ¿perdemos el reposo,
le seguimos con ánsia, con ardores,
y nunca conocemos sus errores?
Los incautos mortales bien merecen
todas las penas, que por él padecen.
En efecto ¿qué bien presenta el mundo
que merezca un apego tan profundo?
Los corazones frios ó severos,
los amigos ó falsos ó ligeros,
enemigos ocultos y terribles,
riquezas pasageras, corruptibles,
puestos caducos, frívolos honores,
y placeres al fin engañadores,
todos son bienes fingidos y aparentes,

mas los males son reales y evidentes.
Quando el mundo tuviera en sus empleos
con que satisfacer nuestros deseos,
con que alhagar á todas las pasiones,
y prodigara las satisfacciones,
¿quién se puede fiar en su dulzura,
si tan presto se trueca en amargura?
¿quántos festines el placer empieza,
que acaban por el llanto y la tristeza?
¿quántas veces enmedio de los gustos
asaltan los pesares ó los sustos?
¿quántos de entre los bayles y conciertos
salen ya moribundos, ó ya muertos?
y miéntras rien, brillan y se agitan,
los ecos del dolor mas alto gritan.
Ve aquí lo que es el mundo, su retrato;
¿y por esto te pierdes insensato?
Con el amable lazo de himeneo
habian conseguido al fin ligarse
dos personas nacidas para amarse;
cumplido estaba todo su deseo,
pero á una de las dos la muerte fiera
arrebata en su tierna primavera,
y queda la otra, sin hallar consuelo,

sufriendo dias de dolor y duelo.
 A fuerza de trabajos y bajezas
otro pudo juntar grandes riquezas,
y elevarse á un lugar muy eminente;
pero un revés le asalta de repente,
echa por tierra todo el edificio,
que la prosperidad levantó al vicio,
y el poseedor absorto y aterrado
entre sus ruinas queda sepultado.
Esta es del mundo la falaz carrera;
¿ y quién fiará en él, si considera
quántos sus tristes víctimas se vieron,
despues que por un tiempo ídolos fueron?
 Mundo, que con tu error al necio encantas,
ahora mismo quizas muchos levantas,
y con pérfidos dones los prefieres,
¡ por qué perderlos alevoso quieres !
Víctimas son que intentas adornarlas,
para mejor despues sacrificarlas.
Tú las conduces á un hermoso prado
de flores agradables esmaltado;
mas baxo de sus pies cavas tú mismo,
para hacerlas caer en un abismo.
 El que vive colmado de favores

en la pompa, en el luxo y la abundancia,
mañana objeto vil de tus rigores,
monumento será de tu inconstancia,
miserable, indigente, desechado,
y de todos los hombres despreciado;
semejante á los restos de un navío,
que dividido en trozos, con desvio
el colérico mar, quando se enoja,
á la playa vecina de sí arroja.

Y tú, triste testigo del naufragio,
ya puedes ver en las agenas ruinas
la inconstancia del mundo, y el presagio
de las venganzas altas y divinas.
¡Cuenta pues! que las nubes se aglomeran,
que los vientos se agitan y exâsperan,
que las ráfagas fieras se declaran,
y que quizas la tempestad preparan
contra tí, que tenias ya dispuesta
magnífica funcion, grandiosa fiesta.

Tal es el mundo, que fatal nos pierde,
delante alhaga, y por detras nos muerde.
¿Qué se puede esperar de sus engaños
mas que males funestos, tristes daños?
Para huir de su odiosa alevosía,

esto solo bastarnos deberia.
Sus lisonjas conducen á la muerte,
pues con ellas los ánimos pervierte,
y escondiendo las dichas verdaderas,
ofusca la razon de mil maneras.

PARTE SEGUNDA.

El mundo es negro padre del delito,
enemigo de Dios, por él maldito.
Huye de Dios quien busca sus favores;
nadie puede servir á dos señores.
Sus máxîmas mortíferas y varias
á las del Evangelio son contrarias,
sus dulces y traydoras seducciones
encienden y fomentan las pasiones,
sus amables y falsos atractivos,
que son tan poderosos, tan activos,
mortíferos son todos, son funestos,
y á la salud eterna muy opuestos.
Sus exemplos son malos, contagiosos,
sus placeres impuros, peligrosos,
sus discursos perversos, delinqüentes,
sus riesgos efectivos y freqüentes,

en fin de horrores y malicias lleno,
todo es peligro en él, todo veneno.
Lo peor es, que á los mortales ciega,
y en sus mismos peligros los sosiega,
con una venda, que sus ojos cubre,
y los despeñaderos les encubre.
El sabe atarlos con tenaces lazos,
y á pesar de los muchos embarazos
y las cadenas, que su pecho oprimen,
no quieren sacudirlas, aunque gimen.
Así su imperio es bárbaro y tirano,
si subyuga cruel, manda inhumano,
le aborrecemos; él nos esclaviza,
y todas las acciones tiraniza.
Pensamos, y quisiéramos dexarlo,
pero él sabe con maña embarazarlo;
nos tiende nuevas redes, nos detiene,
y en su poder con arte nos mantiene.
Quantas veces del mundo nos quejamos,
y quantas con verdad aseguramos,
que conocemos toda su amargura,
su vanidad, su nada, su locura,
que á abandonarle estamos ya resueltos,
que quisiéramos ya mirarnos sueltos,

sobre todo en aquellas ocasiones,
en que Dios nos inspira reflexîones,
quando nos tiende con piedad sus brazos,
para sacarnos de sus viles lazos.
¿Qué es el mundo? decimos, persuadidos
que de su engaño estamos convencidos.

Pero el mundo nos ase con porfia,
los dias pasan, y no llega el dia
de sacudir su esclavitud tirana:
esperamos el dia de mañana,
y mañana no llega. El que se queja,
se queja siempre, pero no se aleja,
y solo se debate en sus prisiones,
porque no hay en los floxos corazones
el valor de un esfuerzo generoso,
ni sabemos con ánimo brioso
romperlas, destrozarlas, libertarnos,
y á Dios, y á las virtudes consagrarnos.

Entretanto la muerte los emplaza,
los años corren, y los dias vuelan,
los mortales en todo se desvelan,
ménos en lo que mas les amenaza,
se acercan de la vida los extremos,
y enmedio del designio y de la queja

huye el tiempo, y el mundo es quien nos dexa
ántes de que nosotros le dexemos.
Entónces con angustia lloraremos
tanto trabajo estéril y vacío,
del corazon el triste desvarío,
tanto tiempo, que habemos malogrado,
y las gracias, que habemos profanado.
Entónces con horror el mas profundo
nuestros ojos verán al mismo mundo,
de que hacemos ahora tanto alarde;
¿ pero quién sabe ¡ ó Dios ! si será tarde ?
Infeliz el que al mundo desconoce,
mas infeliz quien le ama y le conoce,
sobre todo infeliz quien le prefiere,
quien le conoce, le ama, y en él muere.
Dios solo es nuestro padre soberano,
el mundo es un traidor, es un tirano;
rindamos pues con justa deferencia
lo que á cada uno debe la conciencia,
y en fin á nuestro padre consagremos
los pocos dias que vivir podemos;
pues de estos pocos dias la victoria
nos puede dar por fruto eterna gloria.
¡ Feliz el alma, á quien el cielo ha abierto

desde temprano los cerrados ojos,
porque vea los riesgos, los abrojos
de este mundo tan falso como incierto;
que en su jóven edad conduxo al puesto,
donde vive, poniéndola al abrigo
de todos los peligros, que consigo
trae un mundo inconstante y proceloso;
que la puso por fin en su reposo
cerca de la virtud, léjos del vicio!
¿quién puede agradecer tanto servicio?
¿Qué lenguas, ni qué humanos corazones
pueden hallar discursos ó expresiones,
que igualen á tan alto beneficio?

¡Ah! ¡si el hombre supiera de qué sustos
Dios le libró! ¡qué bárbaros disgustos
en el mundo le hubieran perseguido!
¡qué riesgos inminentes ha corrido!
¡qué males le cercaran! ¡quántas diera
rendidas gracias á su vida austera!

Sobre todo á la hora de la muerte,
quando se va á fixar su eterna suerte,
qué dulzura para ella, qué consuelo
es verse léjos de él, y con anhelo
haber á su Dios solo consagrado

esta vida infeliz que ya ha pasado.
Le habrá costado algunas privaciones,
penosos sacrificios de pasiones;
pero los pocos años que han corrido,
consumieron las penas que ha sufrido,
y una gloria inmortal, la gloria inmensa
es de su corto afan la recompensa.

Dexemos pues al mundo y sus errores
ántes de dar lugar á que él nos dexe,
ó el alma por lo ménos de él se aleje,
despreciando sus gozos y favores.
Dexemos hoy, y con merecimiento,
lo que es fuerza dexar de aquí á un momento;
al presente es tributo voluntario,
de aquí á poco sin fruto, y necesario.

Las jóvenes personas inocentes
muy temprano á gozarle se preparan;
los de mayor edad ya delinqüentes,
muy tarde de sus gozos se separan:
los unos y los otros á porfia
los quieren disfrutar; mas vendrá el dia,
en que los dos con llanto dolorido
giman del triste tiempo, que han perdido.

Jóvenes que no veis sus embarazos,

en el mundo no entreis con tanta prisa;
todo en él os parece alhago y risa,
mas quando entreis, á los primeros pasos
sus peligros vereis, sus pesadumbres,
y quánto fatal es á las costumbres.
Adultos que probasteis ya sus daños,
abandonad al punto sus engaños,
y que vuestra experiencia os aproveche
ántes que os dexe el mundo, y os deseche.
Tres suertes de personas en el mundo,
que habitan en su piélago profundo,
le miran con aspecto diferente:
el pecador que vive delinqüente,
y gusta de su pérfida dulzura,
como cosa le ve, que un tiempo dura;
el cuerdo, que en su red no se embaraza,
le ve como una cosa que ya pasa;
pero el christiano ya desengañado
le ve como una cosa que ha pasado.
Exâmínate bien, entra en tí mismo,
observa como miras este abismo,
y segun la manera que le vieres,
podrás juzgar tú mismo lo que eres.
Mas si tu corazon verlo desea

en la exâcta verdad, haz que lo vea
como ha de verlo á la hora de la muerte.
Esta luz es segura, y nos advierte
que el hombre miéntras vive, si le ama,
con infeliz pasion por él se inflama,
que el que tiene cordura no le aprecia,
que el que muere no solo le desprecia,
sino que le aborrece y abomina,
porque con necio error le descamina.
Toda una eternidad triste y funesta
no basta para el llanto que le cuesta.

POEMA VI.

EL AMOR DEL MUNDO.

PARTE PRIMERA.

En la tierra los míseros mortales
estan llenos de penas y de males,
que el turbulento mundo les produce,
y con todo este mundo los seduce.
A muchos atormenta, á otros engaña,
ó bien los alucina, ó bien los daña.
A unos trata con ásperos rigores,
á otros vende muy caros sus favores,
y estos mismos favores, que les vende,
los trueca presto en mal, que los ofende.
Ninguno está contento ni seguro.
Lo llaman Rey tirano, señor duro,
todos se quejan de él, y le aborrecen;
pero todos le gustan y apetecen.
En su amargo servicio todos lloran,
pero todos le siguen y le adoran:
sus falsos resplandores los ofuscan,

y por eso solícitos le buscan.
Por adquirir sus bienes no reposan ,
y son mas infelices si los gozan ;
por agradarle á todo se someten,
y hasta delitos bárbaros cometen ;
en fin tanto entre sí se contradicen ,
que le adoran á un tiempo , y le maldicen.
¿Qué hechizo es este pues , ó que embeleso,
que á los hombres les quita todo el seso ,
sin de razon dexarles un vestigio ?
Presto se deshiciera este prestigio,
si su juicio en él se detuviera ;
su razon al instante conociera,
que el que está de este amor apoderado
es ciego , es infelice y es culpado.
Es ciego ; porque ¿ quién será mas ciego
que aquel que por no ver , cae en el fuego ?
¿ aquel que con la vista bien cerrada
piensa encontrar el bien donde no hay nada ?
¿ Qué tiene el mundo en sí ? ¿ quál es su encanto,
para que el hombre se le pegue tanto ?
¿ Qué puede hallar en él nuestro alvedrío,
quando de todo bien está vacío ?
Sus palabras son falsas y mentidas ,

sus promesas traydoras y fingidas,
y aun sus alhagos mismos y favores
estan llenos de riesgos y temores.
¿Cómo pues un christiano,
que ve, que sabe lo que el mundo hace,
con tan frívolo bien se satisface?
¿cómo no le desecha por tirano?
Por agenos exemplos instruido,
por su propia experiencia conducido,
¿cómo puede tan necio alucinarse?
¿cómo no acaba de desengañarse?

Pero este es el error de las pasiones;
conocemos que todo es ilusiones,
que sus bienes son falsos y engañosos,
que sus males son ciertos y espantosos,
y con todo se le ama, se le sigue,
mas se le busca, quando mas persigue.
El infeliz mortal siempre se queja,
mas cogido en su red nunca le dexa.
Es preciso que sea su prestigio
un sobrenatural grande prodigio,
y sean sus tinieblas bien espesas,
para dar en tan míseras empresas.

¡Alma inmortal! naciste destinada

para correr tan ciega y deslumbrada
en pos de esas fantasmas mentirosas,
que tan fútiles son como dañosas?
¿Y dónde si así dexas arrastrarte,
podrá tu incauto error precipitarte?
Deten un poco tu veloz carrera,
y los bienes del mundo considera;
exâmina despacio si son tales,
y si no los debieras llamar males.
¿Qué te ofrecen las pérfidas riquezas,
comodidad, placeres y grandezas?
mas ¿quántas veces entre los caudales
viste penas, dolores y cuidados,
disgustos vivos, y violentos males,
que hacen á los mas ricos, desdichados?
¿Qué prometen la gloria y los honores,
elevacion, caricias y favores?
Mas los hombres que llegan á lo sumo,
dicen que todo es ayre, todo es humo.
El placer finalmente ¿qué te dice?
¿qué te harán sus delicias muy felice?
Pero si gustas mucho su dulzura,
se trocará muy presto en amargura;
y ve como sus bienes se envilecen,

porque no llenan nunca lo que ofrecen,
porque son bienes baxos, que procuran
gustos groseros, que tan poco duran,
y que dexar no pueden satisfecho
un corazon que Dios para sí ha hecho.
Pero tal es el hombre, ciego vive,
y de su ceguedad no se apercibe,
ni nunca de su error se ha apercibido.
Esta es la ceguedad en que han vivido
los siglos anteriores que pasaron,
y que todos tan ciegos se mostraron.
Esta es la ceguedad, que todavia
tiene á los hombres ciegos en el dia,
y se puede temer, que los futuros
tan ciegos han de ser y tan obscuros,
sin que mas clara luz esperar puedan:
los siglos pasan, y los vicios quedan.
¡ O ceguedad del mundo extraordinaria!
pues que cierra los ojos, y es contraria
á las antorchas claras y lucidas
de la razon y religion unidas,
al testimonio fiel de la experiencia,
y al concepto interior de la conciencia.
¡ O ceguedad tan triste y deplorable!

pues por su gusto el hombre miserable
corre precipitado, y por sí mismo
va á despeñarse en el fatal abismo,
sin que nada sus ímpetus ataje
de Dios y la virtud con tanto ultraje.

Dios de la luz, escucha nuestros ruegos,
dígnate de alumbrar á tantos ciegos,
que gimen en las sombras de la muerte;
quita á tus hijos tan espesas nieblas,
y haz que no vivan siempre en las tinieblas.
Tú eres, mundo fatal, quien los pervierte;
si pueden un instante conocerte,
presto verán tus frívolos engaños;
y yo ¡triste de mí! que tantos años
he perdido en tan mísera demencia,
yo buscaba la dicha, y sin prudencia
esta fantasma de placer seguia;
mas á la muerte sin pensar corria.

¿Cómo será feliz quien va tan ciego?
¿cómo hallará la dicha en su camino
el que marcha sin ver, corre sin tino?
En todas las desgracias cae luego.
¿Dónde estan los dichosos que hizo el mundo?
por el contrario siendo tan fecundo

en tormentos y males estremados;
¿ quántos no son los hombres desdichados,
que el caliz de amargura tristes beben,
y que todo su mal al mundo deben?

¡ Ah! si oirse pudieran los gemidos,
los lamentos, los tristes alaridos
de tantos infelices como lloran,
que el mundo hace sufrir, y al mundo adoran;
el universo entero no seria
mas que un grito de angustia y agonía,
un concierto de penas discordante,
y solo en los lamentos concordante.

En lugar de la dicha que buscaron,
afanes y dolor solo encontraron,
disgustos, inquietudes y aflicciones,
martirios de sus tristes corazones.
¿ Quántas personas le han sacrificado
sus intereses, libertad y estado,
su reposo, su gusto y su conciencia?
¿ y qué han sacado ¡ Dios! de su experiencia?
el desprecio, el olvido y el despego.
¿ Qué frutos han sacado de su apego,
de afanes tan penosos como largos?
Frutos de perdicion, frutos amargos.

Anda víctima triste y desgraciada,
de tu insensato amor embriagada,
á embarcarte con paso presuroso
en ese mar inquieto y tempestuoso,
en que son los escollos tan freqüentes,
y los riesgos continuos é inminentes.
Anda á arrojarte en esa tenebrosa
mortífera region, que solo puebla
la densa obscuridad, la espesa niebla,
donde el que llega, mísero suspira,
y un ayre venenoso se respira.
Corre arrastrado por tus torpes vicios
cerca de esos fatales precipicios,
en que tanto mortal se ha despeñado:
quando te hayas al fin precipitado,
pregúntale á ese mundo que te rige,
¿si tu ruina le turba? ¿si se aflige?
¿si tiene con que pueda consolarte,
y tan inmenso daño repararte?
Anda infeliz, que no has aprovechado
los muchos documentos que te han dado,
y pues tus ojos fueron tan obscuros,
tú servirás de exemplo á los futuros.

PARTE SEGUNDA.

¡Gran Dios! cuya venganza inexôrable
espantosa será, será implacable
contra el infiel, que tanto favoreces,
pues que piadoso y liberal le ofreces
al fin de su trabajo una corona,
y por el mundo ingrato te abandona;
¿Qué no has hecho Señor para alumbrarle
y de tan ciego abismo retirarle?
¡Quántas le diste luces superiores!
¡quántas inspiraciones interiores!
¡quántos remordimientos saludables!
¡quántos momentos tuvo favorables,
en que pudo un instante detenido
la impresion de tu gracia haber sentido!
¡oir tu dulce voz, abrir los ojos,
temer la indignacion de tus enojos;
conocer sus engaños, resolverse,
y arrepentido á tu piedad volverse!
Entónces útil fuera su desvelo,
sus lágrimas serian de consuelo,
y en tí hallara su llanto penitente

un padre amante, un Dios tierno y clemente.
El que lo experimenta solo sabe,
quanto tu yugo es dulce, quanto es suave,
con júbilo en tus hombros le pondrias,
y alegre con amor le cargarias,
en vez de que en el mundo son los males
dardos agudos, pérfidos puñales,
espinas cuya punta rompe el pecho,
lágrimas de dolor y de despecho.
Si el mundo hace al mortal tan desdichado,
es claro que es culpado
el que ciego á Dios dexa por el mundo;
mas no solo es culpado sino necio,
pues que solo consigue su desprecio.
Este es tercer abismo, y mas profundo,
en que se hallan excesos infinitos,
abismo de pecados y delitos.
Desde luego es muy grande el que comete,
quando á pesar de lo que Dios promete,
con insensato ardor, con alma impura
prefiere al Criador la criatura.
Con errada aficion, falso concepto
falta al primero y al mayor precepto,
y su vil corazon tosco é inmundo

dexa á su Dios, por adorar al mundo.
Pero el christiano por la fe enseñado
sabe que en su bautismo ha renunciado
al mundo, y que su nombre no pronuncia,
sino para decir que le renuncia,
jura que no será jamas su dueño:
¡qué delito es violar tan santo empeño!
Sabe que nunca el hombre puede amarle
sin seguir sus exemplos, é imitarle,
sin adoptar sus máximas profanas,
sin gustar sus delicias siempre vanas,
sin exponerse al mísero contagio,
sin arriesgar el infeliz naufragio,
ó á lo ménos al riesgo aventurarse:
¡qué delito, gran Dios, es arriesgarse!
Sabe que el mundo loco y siempre vario
de la divina ley es el contrario,
que el mismo Dios en muchas ocasiones
le ha llenado de horribles maldiciones,
que nadie puede ser del mundo amigo,
sin hacerse de Dios el enemigo,
y caer al instante en su desgracia:
¡qué delito es perder de Dios la gracia!
Sabe, que con esfuerzos los mayores

no es posible servir á dos Señores ;
la sentencia divina lo pronuncia.
El que al uno obedece , á otro renuncia ,
el que al uno acompaña, al otro dexa ,
si uno se satisface , otro se queja,
y los dos , si á los dos servir pretende :
¡ qué delito es dexar al Dios que ofende !
Ve aquí lo que sucede muy en breve
al que á dexar al mundo no se atreve ,
y quiere continuar en él su vida,
en pocos dias de su Dios se olvida,
embriagado de honores y riquezas,
comienza por descuidos , por tibiezas,
y poco á poco reforzando el tono ,
acaba por un mísero abandono.
No piensa mas en la salud de su alma ,
pierde la paz que le tenia en calma,
abre su corazon á las pasiones ,
su espíritu á las falsas seducciones,
luego vienen las gracias arrojadas ,
las conciencias inquietas y turbadas ,
tantos remordimientos despedidos ,
tantos santos preceptos despreciados ,
pecados á pecados añadidos ,

delitos á delitos agregados,
así el mundo, que supo seducirle,
no pára hasta perderle y confundirle.
Estos son frutos, que en su seno encierra,
frutos nacidos en maldita tierra,
frutos de maldicion, frutos malignos,
que de un mundo maldito son bien dignos.
En pais tan infame y pasagero
sabe el cuerdo vivir como extrangero,
no es la patria del hombre sometido
á la ley de su Dios, quando rendido
con su fiel corazon tierno le adora,
la tierra que le injuria, ó que le ignora.
Con todo será fuerza, que el mundano,
que de tanto placer disfruta ufano,
sin pensar mas que en gloria y alegría,
se arranque de este mundo un triste dia,
una impensada muerte prontamente
se asoma, y le acomete de repente,
quita á sus ojos la tupída venda,
y entónces es preciso se desprenda
de todos sus amables atractivos,
sus gustos finos, sus placeres vivos:
como ve que á faltarle va la vida
es fuerza que al instante se despida

de sus gozos, su pompa y diversiones,
ó por mejor decir, sus ilusiones.
Entónces ¿qué le queda en su desvelo,
que le pueda inspirar algun consuelo?
¿y qué puede pensar, si acaso piensa
en su pasada ceguedad tan densa,
y en el peligro que su alma corre?
¿quién en tan triste caso le socorre?
¿qué se aprovecha de lo que ha gozado,
y de todos los gustos ¿qué ha logrado?
De esta vida tan dulce y tan activa,
de tan larga agradable perspectiva,
de años sin fin por él imaginados,
y todos á sus gozos destinados,
el hilo se ha cortado en un momento.
El prestigio se ha ido como el viento,
el mundo huye, el tiempo lo arrebata,
la muerte urgente de arrancarle trata,
sin que un instante detenerla pueda,
toda la eternidad solo le queda.
¿Era para esto ¡ó Dios! era para esto,
que á los mortales en la tierra has puesto?
¿y qué estado, Señor, para morirse,
y al tribunal divino dirigirse?
No, mi Dios; desde hoy en adelante

seré de tu bondad único amante.
No merecen el mundo y sus pasiones
ni mis afectos ni mis atenciones;
que le sigan los ciegos que se ofuscan:
los que con vista estan, nunca le buscan.

Pero ¡ ay ! que solo puede la experiencia
enseñar á los hombres esta ciencia;
¿ y quién mejor que yo la ha descubierto?
¡ feliz ! pues que los ojos me has abierto.
Bien sé, que un dia me será forzoso
abandonar un mundo peligroso;
mas no debo aguardar á que él se aleje,
quiero ser el primero que le dexe.

Es verdad que me tiene en él mi estado,
pero mi corazon se ha separado:
viviré en él como si no viviera,
¿ y qué christiano, si lo considera,
y del mundo está ya desengañado,
quando Dios á habitarle le condena,
vive sin susto en él, muere sin pena?
¡Santo Dios! á quien hice tanto ultrage,
ya renuevo el empeño, que contraxe
en las sagradas aguas del bautismo,
y yo renuncio al mundo y á mí mismo.

POEMA VII.

LA FE.

PARTE PRIMERA.

Dios por una bondad de preferencia
enmedio de la fe nos ha criado,
y con su santa luz nos ha alumbrado
por nuestros padres, cuya fiel creencia
ha pasado á nosotros como herencia.
No ignoramos, que bien tan soberano
solo es debido á la divina mano,
y que infinitas gracias le debemos;
mas quizá no sabemos
quánta dicha es guardar una fe pura,
y los inmensos bienes que procura:
quiera el cielo alumbrar nuestro juicio,
para estimar mejor su beneficio.

Luego que de la fe la luz obscura
el corazon de un fiel ha penetrado,
al instante con vínculo sagrado
se une á la Iglesia, que es su madre pura,

el bautismo este vínculo le sella,
y por christiano ya le reconoce
la Iglesia, y por su miembro le conoce,
y es la fe quien lo tiene unido á ella;
porque sin fe en la Iglesia ¿qué seria
sino monstruo de infiel alevosía,
un extrangero, miembro gangrenado
de su sagrado cuerpo separado,
oveja descarriada y vagabunda,
que del lobo rapaz es presa inmunda,
que dexó su pastor por un extraño,
abandonando su natal rebaño?

Pero quando sus rayos luminosos
con corazon humilde ver merece,
entra en la sociedad de los dichosos,
á la santa nacion ya pertenece,
de la divina Iglesia es miembro vivo,
de Dios se hace tambien hijo adoptivo,
y si mantiene pura su conciencia,
tiene derecho á la celeste herencia.

Que otros se jacten pues de haber nacido
sobre el trono de un Rey esclarecido,
ó en los grandes palacios de la tierra;
en quanto á mí mi vanidad se encierra,

en ser christiano humilde y sometido,
en que fuí por la Iglesia recibido,
y que por hijo suyo me ha adoptado,
porque con esto vivo asegurado
de que marchando voy por buen camino,
y que podré con próspero destino
llegar á el fin, para que fuí criado.
Aunque la senda de la fe es obscura,
en derechura hácia los cielos guia,
y qualquier otra vía
es peligrosa, es falsa, mal segura,
y conduce sin falta al precipicio.
Puede ser que haya gentes de juicio,
que de la fe no tengan la luz pura,
y que vivan huyendo todo vicio,
llenas de probidad y de cordura,
que se ocupen en obras muy piadosas,
y derramen limosnas muy qüantiosas;
todo esto es bueno en sí, todo estimable,
mas falta un requisito indispensable,
y es que á la fe rendidos se sujeten,
y sus misterios tímidos respeten.
Sin fe mérito no hay, ni recompensa;
en vano suda quien hallarla piensa:

obras grandes se harán muy generosas,
pero inútiles todas é infructuosas,
frutos hermosos, mas que estan vacíos,
porque á la fe no deben sus rocíos.

En vano pues glorificarse intenta
quien estas obras sin la fe presenta.
El Evangelio le ha desengañado,
diciendo, el que no cree ya está juzgado.
Tambien el grande Apóstol le condena,
quando le dice, sin la fe sagrada
ningun acto exterior á Dios agrada;
y el mismo Jesu Christo ya le ordena
mirar como gentil y publicano
al que con poca fe, soberbia mucha,
la santa Iglesia que fundó, no escucha,
fuese muy generoso, muy humano,
fuese tan penitente, tan severo
como el anacoreta mas austéro,
fuese tan entendido é ilustrado
como es el serafin mas elevado.

¡Ah! ¡quál será la pena y agonía
del hombre miserable, que engañado,
de la fe y de la Iglesia separado,
delante del Señor se verá un dia!

El infeliz creía
un tesoro inmortal haber juntado,
y allí desengañado
hallará, que su mano está vacía.
¡Qué distinta será la suerte mia!
pues si la antorcha de mi fe sagrada
ha sido por las obras animada,
no habrá deseo mio, no habrá anhelo
que no sea contado para el cielo.
Toda accion por mi fe bien dirigida
será escrita en el libro de la vida,
en fin no habrá obra mia, ni talento,
que allí no me produzca mas de ciento.
Pues que la fe mi espíritu gobierna,
tengo en todas mis dudas regla eterna.
¡Quántas veces, en quántas ocasiones
ocurro por calmar mis turbaciones
á buscarla con ánsia presurosa!
Mi razon siempre inquieta y curiosa
quiere sondar misterios infalibles,
pero á su débil vista inaccesibles:
en tal perplexidad que luz no tiene,
se agita á cada paso, se detiene,
una tiniebla á otra tiniebla junta,

¿ Por qué esto ? ¿cómo aquello ? se pregunta.
Si consultar quisiera mi sentido,
me encontraria incierto y confundido;
pero llamo á la fe, y ella me instruye,
mi inquietud al instante se destruye,
mis dudas huyen, y se desvanecen,
el cómo, y el por qué desaparecen,
mi razon se somete sin capricho.
¿Por qué? porque el veraz Señor lo ha dicho.
¿ Cómo ? como la Iglesia lo ha enseñado.
Con esto solo quedo sosegado,
dos oráculos son, ambos responden,
dicen lo que es, aunque su fondo esconden.
Muchas veces espíritus violentos,
(de estos se encuentran muchos en el mundo),
atormentan sus propios pensamientos,
queriendo exâminar lo mas profundo,
y proponen qüestiones intrincadas
sobre materias altas y elevadas.
Si fuera la razon mi única guia,
yo con ellos allí me perderia;
mas me abrazo de la egide divina,
corro á la fe, me explica su doctrina,
lo que la santa Iglesia ha declarado,

y este divino oráculo sagrado
sosiega mi razon, mis labios sella,
ni quiera Dios, que yo sepa mas que ella.
Hasta en la misma Iglesia tal vez nacen
disputas y qüestiones encendidas,
por contrarios partidos sostenidas,
que encontrar la verdad dificil hacen:
si yo con mi razon quiero buscarla,
¿en dónde podré verla? ¿dónde hallarla?
En las dos encontradas opiniones
se ven autoridades y razones,
ilustres sabios á las dos defienden,
y estar por la verdad todos pretenden;
¿Quién me podrá guiar? mi razon calla:
la fe pudiera::: pero ¿dónde se halla?
Todos dicen tambien que la fe tienen,
que se baten por ella, y la sostienen.
En este apuro tomo mi partido,
y me acojo á la Iglesia sometido;
de los Pastores el partido sano
unido con su Xefe soberano
son mi oráculo, son mi única guia;
toda otra secta para mí es impía,
si no está unida con la Iglesia santa.

¡Fe divina! mi voz tu elogio canta,
tus infalibles luces tranquilizan
las dudas que mi pecho martirizan,
tú me sacas de muchas aflicciones,
y me regalas con tus dulces dones.
Quando me afligen devorantes penas,
tú endulzas su rigor, tú me serenas.
Porque es fuerza decirlo, hay ocasiones,
en que tan fuertes son las tentaciones,
que sin la religion, que fiel le guia,
víctima el hombre de su mal seria.
En vano quando al alma la desola
un agudo pesar, la razon sola
á persuadir al corazon vendria,
que las cosas humanas son instables,
y los bienes del mundo despreciables.
Esto pronuncia una alma que no siente,
pero no sana al corazon doliente.

PARTE SEGUNDA.

En vano una falaz Filosofía
con su doctrina impía
y sus pomposas máximas viniera

á decirme que al sabio nada altera,
y que debe con pecho altivo y fuerte
dominar los sucesos y la muerte,
retirate de mí no te oigo nada
consolador insípido y grosero,
dexame mi dolor, dexale entero,
él me mata cruel, pero me agrada,
y tú en vez de endulzarle le enfureces,
con el débil consuelo que me ofreces.
En vano mis amigos oficiosos
á consolarme corren presurosos,
mostrando que á mis males son sensibles,
me ofrecen quantos medios son posibles;
yo los oigo con triste deferencia,
pero me habla el dolor con mas violencia,
encuentro sus palabras muy vacias,
y al fin me quedo con las penas mias.
No es así si la fe brilla en el alma,
ella templa el dolor, inspira calma,
y consuelos muy sólidos ofrece,
porque sabe que sufre, y que merece.
Espera que su afan y desconsuelo
puedan ser un camino para el cielo,
que con su pena expía su pecado,

que puede apaciguar á un Dios ayrado,
y en razon de sus males bien sufridos
hallar lugar entre los escogidos.
Con esta luz que el corazon alcanza,
entreve una vislumbre de esperanza,
y á pesar del pesar y su violencia
sabe hallar el valor de la paciencia.
El mal pierde con esto su amargura,
poco le falta para ser dulzura.

¡Oh fe santa! ¡quánto eres poderosa!
tu fuerza portentosa
mi débil corazon ha transformado,
tú me muestras un Dios crucificado
para ser mi modelo, yo le adoro,
tú me haces ver la cruz como un tesoro,
yo la abrazo con ánimo sincero
la gloria celestial; y yo la espero.
Solo ideas tan altas y elevadas
pueden calmar las ondas agitadas
de un corazon, y el mar de sus desvelos,
mudar en un torrente de consuelos.

Acaba pues ó fe, don inefable,
esta obra saludable,
y despues de haber sido esclarecida,

mi consuelo en las penas de mi vida,
ven á ayudarme en mi hora postrimera,
en que te necesito toda entera.
Yo lo espero de tí, tu auxîlio es fuerte
como en la vida, á la hora de la muerte.
Es en tí solamente, Dios amable,
en tu misericordia inagotable,
que mi doliente corazon confia,
no ignoro que he abusado
con tenaz y traydora alevosía;
¿pero quántos tambien te han ultrajado,
y la paz y el perdon han encontrado,
que su dolor con ánsia te pedia?
Es en tí solo, Redentor divino,
en quien fia mi sólida esperanza,
el nombre de Jesus todo lo alcanza,
tú eres la guia, tú eres el camino;
feliz mil veces yo, pues mi destino
depende de tu amor ¡ó Dios inmenso!
¿Cómo no he de esperarlo, quando pienso
en todo lo que hicistes amoroso,
á fin de que el mortal sea dichoso?
Quando yo te contemplo en el calvario
haciendo el sacrificio necesario,

para salvarle del terrible infierno;
quando te miro compasivo y tierno
derramar en la cruz tu sangre pura,
y sufrir tanto horror, tanta amargura
para lavarle del fatal pecado;
quando veo tu pecho traspasado,
que está herido y abierto
para abrigarle en él como en un puerto,
y quando entrando en tu sagrado templo,
atónito contemplo,
que en la santa y divina Eucaristía
te ofreces nuevamente cada dia,
para obtener de Dios y su clemencia
las gracias del perdon y penitencia;
¿cómo mi corazon, aunque culpado,
viendo en tí tanto amor, tantas finezas,
no aguardará tranquilo y confiado
el perdon de sus míseras flaquezas?
Bien sé, Señor, que á fin de que no sea
mi confianza vana y presuntuosa,
debo con alma firme y generosa
hacer las obras, que tu amor desea,
correspondiendo yo con eficacia
á los santos impulsos de tu gracia;

pero ya estoy resuelto, Jesus mio,
á sujetarte todo mi alvedrío.
Desde hoy mi voluntad ántes tan ciega
abandona su error, y á tí se entrega,
porque en mi auxílio tus influxos veo,
y tú mismo me inspiras el deseo.
Léjos de que consigan mis pecados,
aunque tan grandes y multiplicados,
arrancar de mi pecho la esperanza,
ellos animarán mi confianza,
y te diré con ánsia reverente,
imitando al Profeta penitente,
perdónalos, Señor, como tú sabes;
porque son muchos, porque son tan graves,
porque son sin medida y desusados.
Quanto mayores son mis atentados,
y quanto mas me aflige su memoria,
tanto es mayor el triunfo de tu gloria.
Dios de misericordia, Padre amante,
haz pues, que mi esperanza sea constante,
que los hombres, el mundo, sus errores,
y de todo el infierno los horrores
no puedan alterarla ni un momento,
que el último suspiro de mi aliento,

por la dulce esperanza conducido,
en tu trono inmortal sea ofrecido,
y me sostenga en estos cortos dias
para hacerme violencia,
y aspirar á las santas alegrías,
que prepara á los justos tu clemencia.
¡O cielo! digno fin de mi deseo,
sed el único objeto, único empleo,
la ocupacion continua de mi vida,
consuela mi esperanza enardecida,
miéntras la providencia me destierra
en la mansion infausta de la tierra.
Dios que me inspiras estas intenciones,
oye y bendice mis resoluciones.
En tí solo se fixa mi confianza,
y pues esta virtud todo lo alcanza,
yo te diré con humildad profunda,
en tí esperé, Señor, no me confunda.
Quando me halle mas triste y afligido,
quando todos me crean ya perdido,
entónces crecerá mi confianza,
sé que á los hombres de probar no cesas,
yo mantendré fiado en tus promesas,
esperanza, Señor, contra esperanza.

Mis culpas mismas, pues que ya las lloro,
me afligirán, mas sin desalentarme,
y el temor del Señor, otro tesoro,
de la esperanza no podrá privarme;
mas los dos con recíproco concierto
me llevarán de la salud al puerto.

En fin porque sin ánsias ni zozobras
pueda exîstir, miéntras mi vida dure,
procuraré con las christianas obras
hacer que mi esperanza se asegure:
bien sé, que en tí, Señor, puedo fiarme;
pero que en nada debo descuidarme.

POEMA VIII.

LOS FRUTOS DE LA FE.

PARTE PRIMERA.

Yo muero con la fe, dirá sereno
el christiano feliz, muero en el seno
de la Iglesia, mi madre, y quando espiro,
la consagro hasta mi último suspiro.
Recibe fe divina mi homenage,
y expíe yo con él todo el ultraje
que te he podido hacer, y ya me pesa;
mi corazon ardiente te confiesa
del alto cielo soberana guia,
y el único camino, que á Dios guia.
Si esta declaracion te es gloriosa,
¿quánto al alma, que la hace, es mas dichosa?
La misma Iglesia cree que la fe santa,
puede dar al que muere fuerza tanta,
y obligar tanto á Dios que le perdone,
que en la oracion postrera que propone,
para auxîliarle en tan terrible estado,
le recuerda la fe, que ha profesado.

Dios de misericordias ella clama,
ve aquí una alma que ya la muerte llama,
y que va á parecer en tu presencia,
tiene temor, implora tu clemencia.
Acuérdate, Señor, que en sus desvios,
á pesar de sus muchos desvarios,
supo pura guardar la fe adorable.
Trinidad sacrosanta é inefable,
Padre, Hijo y Espíritu divino,
uno en esencia, y en personas trino,
aceptad de su fe la oblacion tierna,
y dadle por piedad la vida eterna.
Añade como casi asegurada,
sal alma, sal del cuerpo confiada,
de tus culpas el número te acusa,
mas la firmeza de tu fe te excusa,
unida con la santa penitencia.
Del Señor ha obtenido la clemencia,
y ya al cielo ha volado exhalada,
para buscar asiento en su morada.
Bien sé mi Dios, que la mayor fortuna
es obtener la fe desde la cuna,
y haber nacido en pais christiano,
donde la graba tu divina mano,

ser hijo de la Iglesia reverente,
y haber bebido en su divina fuente
las primeras sagradas impresiones,
para apreciar tus soberanos dones;
Pero no basta creer lo que ella ordena,
la fe impone tambien obligaciones,
y el christiano enlazado en su cadena,
rendido á sus preceptos se somete,
y llena de respeto, de amor llena,
hacer lo que ella manda le promete.
El hombre ha contraido grande empeño,
y se debe aplicar al desempeño.
Quando la fe se explica, él enmudece,
mas tambien quando manda, él obedece.
Si es infiel quien el dogma no respeta,
tambien lo debe ser el temerario,
que al órden que ella da no se sujeta:
unir lo uno con lo otro es necesario,
y entre christianos es máxîma cierta,
que la fe sin las obras es fe muerta.
¡O Dios! ¡autor, consumador divino
de la sagrada fe! que habeis dignado
de haberme con su luz iluminado,
sírvete de enseñarme este camino.

Añadidme este rayo luminoso,
rayo con que mi pecho fervoroso
á la fe toda entera satisfaga,
que el dogma crea, y que las obras haga.
La fe nos pide sumision rendida,
ciega, y al mismo tiempo esclarecida;
pero con caractéres diferentes
segun los casos, y segun las gentes.
Los christianos que estan poco instruidos,
y que son de la Iglesia hijos queridos,
se sujetan con dócil obediencia
de su madre la Iglesia á la creencia,
y la fe la requiere de tal modo,
que deben ciegos someterse á todo
lo que la santa Iglesia les pronuncia.
Al que en alguna cosa la renuncia
la fe le desconoce, le amenaza,
y con sus anatémas le rechaza.
Desde entónces infiel es á sus ojos,
es una oveja indócil y obstinada:
infeliz, pues si muere descarriada,
del lobo robador son sus despojos;
una piedra de escándalo mal justa,
que entrar no puede en la fachada augusta

de la inmortal Jerusalen celeste;
miembro podrido que por mas que cueste,
es preciso cortar, porque el veneno,
con que respira su alevoso seno,
á otros no comunique, y los infeste.
Hay otra sumision firme y estable,
que es tan entera, tan incontrastable,
que con valor lo sacrifica todo,
por no herir á la fe de ningun modo;
bienes, salud, honor y hasta la vida
quando se halla la fe comprometida,
todo se arriesga, todo se aventura,
porque quede la fe constante y pura,
y enmedio del estrago y la ruina
la fe triunfante próspera domina.
Pero la sumision mas dulce y tierna
es la del alma persuasion interna;
el corazon la rinde su homenage,
ofreciéndola humilde vasallage.
La fe nos manda con tan alto imperio,
que quando ella propone algun misterio,
debemos ofrecerla con gran calma
la persuasion mas íntima del alma,
nuestros mas interiores pensamientos,

y hasta del corazon los sentimientos.
No puede tolerar la indiferencia,
ni la puede bastar la deferencia,
que solo ofrece tímida la mano,
el corazon tambien pide al christiano
¡O Fe divina! ¡Iglesia iluminada!
que mi mano derecha sea cortada,
si ella graba jamas indignamente
lo que tu luz sagrada no consiente,
y que mi lengua al paladar pegada
se vea para siempre desecada,
si alguna vez intrépida pronuncia
palabras, que tu espíritu renuncia.
La religion enseña á hablar muy alto,
y no á disimular por sobresalto.
A morir con valor la fe me empeña,
á abjurar su verdad jamas me enseña.
La fe que sufra tanta alevosía,
no está por la verdad, yo la diria,
anda que no eres tú la fe christiana;
yo estimo mas la probidad pagana.
Mas todavia á sumision tan pura
debe añadir el alma su ternura.
Si con amor un padre nos gobierna,

le damos obediencia pronta y tierna,
y la aficion piadosa que nos guia,
nos hace obedecer con alegría.
La Iglesia es nuestra madre; ¿quién lo ignora?
lo dice el labio, el corazon la adora.
¡Madre divina! ¡Iglesia sacrosanta!
¿qué madre mostró nunca aficion tanta?
¿quién mejor este nombre ha merecido?
¿y quántas veces nuestra madre has sido?
En Jesuchristo tú nos engendraste,
para él, y para el cielo nos formaste,
y enlazados contigo en dulces lazos
nos pusiste al nacer entre tus brazos.
Con tu divina leche nos criaste,
en nuestras hambres nos alimentaste
con el pan celestial, manjar sagrado,
en nuestra sed nos has desalterado
con el licor divino y verdadero,
que es la sangre preciosa del cordero.
Tú nos has enseñado el buen destino,
guiándonos piadosa en el camino;
tú me llamabas quando me perdia,
recibiéndome bien quando volvia;
¡qué oraciones! ¡qué ruegos encendidos

al Señor por nosotros ofrecidos!
¡qué sacrificio sobre sus altares!
no hay socorro que tú no nos prepares.

PARTE SEGUNDA.

Pero no pára en esto tu desvelo,
pues habiendo por dicha en tí nacido,
tú pretendes con zelo enardecido
salgamos de tus brazos para el cielo;
tú quieres presentarnos por tu mano
á la bondad del Padre soberano,
y hacer que de tus ruegos la eficacia
excite su piedad á hacernos gracia.
¡O dulce madre! como tal te aclamo:
¿á quién pudiera amar, si no te amo?
¿á quién mi corazon darse quisiera,
si á tí, madre adorable, no se diera?
sí madre, te le doy, y todo entero,
con toda mi alma, con ardor sincero
te ofrezco mis afectos inmortales.
¿Qué pruebas puedo darte? ¿qué señales?
Bien sé que la mayor es la del zelo;
mas ¿quién no le tendrá quando es christiano?

Nada le da á la fe tanto consuelo,
porque es prueba de amor y de desvelo;
pero ¡en quántos, ó Dios, el zelo es vano!
Todos dicen tenerlo y lo imaginan;
pero muchos, si atento lo exâminan,
podrán tener activas inquietudes,
y alguno habrá que de su error se asombre.
Todos somos christianos en el nombre,
¿mas lo somos tambien en las virtudes?
Todos de nuestro zelo respondemos,
¿mas podemos probarlo? exâminemos.
¡Ay Dios! ¡quánto rezelo en este abismo
mi propia confusion hallar yo mismo!
La fe tiene preceptos, ¿los guardamos?
leyes tiene tambien, ¿las respetamos?
prácticas religiosas, ¿las hacemos?
si estas tres cosas juntas las tenemos,
podemos esperar con gran consuelo,
que Dios nos da, y que tenemos zelo.
La fe tiene sus menguas y sus creces,
á veces sube, pero baxa á veces.
¿Tomamos en sus males pena activa?
¿en sus consuelos alegría viva?
¿y nuestro corazon procura fuerte

con sus esfuerzos mejorar su suerte ?
Este es el zelo que la fe autoriza ,
y que Dios en los hombres canoniza.
  La fe tiene enemigos poderosos,
y quando sufre ataques peligrosos ,
¿ nuestro zelo combate, ó triste llora ?
¿ el zelo de su casa nos devora ?
y quando nuestro estado no permite,
que nuestro pobre labio se exercite
en servirla en alguno de los modos,
porque hablar por la fe, no es dado á todos,
á lo ménos ¿se ocupan sus fervores
en levantar al cielo sus clamores ,
implorando con ruegos su asistencia ,
en pedir por sus fuertes defensores
en rogar que contenga la violencia ,
y de los enemigos los furores ?
  Dime tambien : ¿ quándo Josue combate,
y con su brazo intrépido los bate,
montas como Moyses á las alturas,
y levantas al cielo manos puras,
á fin de que el Señor su brazo extienda,
que mire por su causa, y la defienda ?
  ¡ O fe santa ! en los siglos primitivos

veias en tus hijos adoptivos
este zelo eficaz, en que se ardian,
quando su sangre alegres te ofrecian;
¿ mas dónde está su llama abrasadora?
¿ qué es lo que yo por tí hice hasta ahora?
¡ O, plegue al cielo que de aquí adelante
te siga siempre con ardor constante,
corrigiendo mi antigua indiferencia!
El baldon interior de mi conciencia
debe serme bastante,
para que tú me arrastres sin violencia.
La postrera oblacion muy preciosa,
que se debe á la fe son obras buenas.
Las obras y la fe son las cadenas,
con que se enlaza el alma virtuosa:
estas las basas son en que reposa
la religion, para mostrarse entera.
La fe sin duda alguna es la primera,
mas las obras tambien son las segundas,
y es el zelo eficaz quien las concierta.
Las obras sin la fe son infecundas,
y la fe sin las obras es fe muerta.
El árbol se conoce por el fruto,
decia el Salvador, y el buen christiano

se debe conocer por el tributo
de las obras , que paga al Soberano ;
sin que el labio se explique , sus acciones
probarán de su fe las intenciones.
No está escrita la fe sobre su frente ,
mas su conducta pura y estimable ,
sus costumbres dirán continuamente ,
que la respeta , y hace respetable.

Hay virtudes , que son su claro indicio.
El temor del Señor, reglada vida ,
caridad para el próximo encendida ,
amor de la virtud , horror del vicio ,
y de obras buenas práctico exercicio.
Ve aquí la mejor prueba , mas segura
de que habita en una alma la fe pura;
mas ¡ay ! si con mis obras contradigo
lo que la fe nos manda ; este testigo
prueba claro , que léjos de tenerla ,
la deshonro , y estoy para perderla.

¡ Para perderla ! sí ; pues no es extraño,
que el que vive en el vicio y el engaño ,
llegue por fin impávido á arrojarla.
Y por lo ménos ¿no es aventurarla
exponerse á peligros , en que corre

riesgo la fe , si Dios no la socorre ?
¿ Se dirá que es sentir todo su precio ,
entablar amistades perniciosas
con personas que son irreligiosas ?
¿ escuchar con placer , y hacer aprecio
del loco , que la trata con desprecio ,
y sin ver con horror su desvarío ,
oir con risa su discurso impío ?
¿ cebarse en la lectura prohibida ,
lo que muestra la fe ya corrompida ,
ó preferir á las lecturas sanas
las mas lascivas , y las mas profanas ,
en las que si la fe no se marchita ,
á lo ménos se empaña y debilita ;
y por fin con intrépida indecencia,
sin guardar á la fe la reverencia ,
con atrevido y temerario modo
de todo hablar , y decidirlo todo ?
A vista de este error , de abuso tanto ,
¿ cómo extrañar podemos su quebranto ?
¿ cómo fuera posible mantenerla ,
tomando tantos medios de perderla ?
Jesus en otro tiempo preguntaba ,
¿ si quando el fin del mundo llegaria ,

mucha fe entre los hombres hallaria ?
¿ Pero por qué hasta entónces aguardaba ?
Divino Salvador , ¿ si ahora vinieras ,
mucha fe entre nosotros ver pudieras ?
¡ Ah ! no me quites este don divino ,
no me apagues la luz en el camino ,
no me prive tu dulce providencia
de esta parte preciosa de tu herencia.
Castígame , Señor , esto es muy justo ,
mas no me des la pena , ni aun el susto ,
de que pueda jamas la fe sagrada
de mi fiel corazon ser arrancada.
Gracias te doy , Señor , de que tus luces
me diste , y que por ellas me conduces
con preferencia á tantos , cuya suerte
es gemir en las sombras de la muerte.
¿ Qué hice para obtener don tan sublime ?
¡ O quánto es bien que mi razon lo estime !
y que mi corazon con ánsia tierna
te ofrezca amante gratitud eterna.

POEMA IX.

LA DIGNIDAD DE CHRISTIANO.

PARTE PRIMERA.

Título no hay tan grande y soberano,
no hay don tan inefable y tan sublime,
ni nombre, que un christiano tanto estime,
como el divino nombre de christiano.
La fe santa al christiano reverencia,
y le ve el mismo Dios con complacencia.
Esto lo manifiesta en los honrosos
timbres ilustres, dones prodigiosos,
con que le honra su gran magnificencia,
en la alta dignidad de su modelo,
que es el que debe dirigirle al cielo,
en que tan alta mira le permite,
en que tan alto anhelo en él exîste,
y en fin para decirlo sin tardanzas,
en la grandeza de sus esperanzas.
Por estos rasgos conocer podemos
lo que ya somos, lo que ser podemos.
Consideremos pues: ¿qué es un christiano?

Un discípulo fiel de Jesuchristo,
que con buen corazon, y juicio sano,
sigue el exemplo, que en Jesus ha visto;
que por la fe divina iluminado,
y por el Evangelio gobernado
conoce las verdades celestiales,
y practíca virtudes inmortales.

Gracias divinas, dones gloriosos,
que Jesus con sus méritos preciosos,
derramando su sangre inestimable,
adquirió para el hombre miserable;
pues que de nuevo le ha engendrado él mismo
en las aguas sagradas del bautismo.

¿Qué es un christiano? Un hombre que atesora,
un miembro vivo del Jesus que adora;
pues los christianos que á la gracia nacen,
unidos entre sí un cuerpo hacen.
Jesus es la cabeza,
que á todos estos miembros está unida,
y como todos viven con su vida,
todos deben vivir con su pureza.

Así cada christiano es vivo templo,
en que habita el espíritu divino,
y debe persuadirlo con su exemplo,

marchando sin desvio á su destino.
Pedro los llama, y sus elogios canta,
sacerdocio real, la nacion santa,
pueblo de adquisicion, pueblo sagrado,
que Jesus con su sangre ha conquistado.
¡Qué títulos ó Dios! ¡qué caractéres!
christiano, si alcanzaras
lo que aspiras á ser, y lo que eres,
¿cómo no te enfrenaras,
y léjos de sufrir desórden tanto,
pudieras ser christiano sin ser santo?
¿Qué es un christiano? Un hombre que no anhela
mas que á un bien inmortal, que solo vive
con lo que el Evangelio le prescribe,
y sobre Jesuchristo se modela.
Los christianos salidos de esta escuela
eran hombres heroycos, superiores
á todos los que vieron sus mayores,
hombres tan nuevos, que jamas se vieron,
que los gentiles nunca conocieron,
héroes, que á los mortales sorprendian,
por las altas virtudes que exercian.
Los discursos siempre eran verdaderos,
sus sentimientos fieles y sinceros;

rectitud y pureza de intenciones,
justicia, integridad en las acciones,
sin fausto ni soberbia la modestia,
la humildad sin baxeza ni molestia.
Si tienen sus pasiones como humanos,
las saben contener como christianos,
de todo su reposo, y sus placeres
hacen el sacrificio á sus deberes,
huyen de los elogios, los evitan,
y solo merecerlos solicitan,
en un asilo obscuro y retirado
se hurtan á los favores de la suerte,
los temen poco ménos que al pecado,
pero mas al pecado que á la muerte.
Tal es el hombre quando es buen christiano,
por su virtud parece mas que humano;
y quando así no lo es, el christianismo
lo desaprueba, lo condena él mismo,
le dice sin cesar que se contenga,
y que su dignidad mejor sostenga.
¡Dignidad del christiano! ¿Quién entiende
todo lo que este nombre en sí comprehende?
Para poder formarse alguna idea,
basta que en él se vea

el alto sentimiento que le nace,
y como á todo superior le hace.
¡ O Dios ! ¡ quántos he visto desgraciados
al rigor de la suerte abandonados !

Mas quantos males en la tierra abundan
caigan sobre el christiano, y le confundan,
que de sus bienes le hayan despojado,
que de todos se vea abandonado,
que su salud flaquee,
que su vida vacile y titubee,
que en fin ser infeliz en todo pueda;
nada ha perdido, si la fe le queda.

Despojado de todo, en un abismo
es mayor, porque es grande por sí mismo,
y en destino tan mísero y adverso,
sin que su corazon se desanime,
á los ojos dará del universo
aquel grande espectáculo sublime,
que un pagano decia,
que hasta del mismo Dios digno seria
un inocente, que sin culpa alguna
lucha contra el rigor de la fortuna.

Así á pesar del mundo y sus errores
la fe le hace triunfar de los favores,

que el engañoso mundo le encarece,
porque se los disipa y esclarece.
Le hace triunfar de su dulzura necia,
porque ve su perfidia, y la desprecia,
y en fin de los terrores que le envia,
y que con rostro firme desafia;
pues ¿qué puede temer el esforzado,
que no teme á otra cosa que el pecado?

Sin duda que elevarse sobre el mundo,
que en tantas seducciones es fecundo,
es grandeza del alma,
y adquirir del valor la hermosa palma;
pero elevarse á sí sobre sí mismo
es todavia mas, es heroismo.
¡Qué objeto es ver al hombre miserable
que se declara á sí guerra implacable,
que de su propio corazon tirano
empuña el arma, y con su misma mano
arranca la raiz de sus pasiones,
corta todos los riesgos y ocasiones,
sojuzga al propio amor, aunque se queja,
le rechaza tenaz, de sí le aleja,
y quando ya le ve mortificado,
le ofrece á Dios en el altar sagrado,

que su rendido corazon levanta,
como hostia de oblacion, víctima santa!

Así con un ardor siempre inexhausto
el christiano se ofrece en holocausto.
Su amor le excita, nada se lo impide,
y da á la fe lo que la fe le pide:
superior al tormento y al tirano
marcha á la muerte intrépido y ufano;
cuesta poco morir en un suplicio
al que vive con tanto sacrificio.

Por eso los gentiles se asombraban,
viendo que los christianos primitivos
corrian á la muerte tan activos
¡Qué hombres estos! atónitos clamaban,
si los denuncian, ellos se presentan,
si los llaman, de nada se amedrentan,
si á una muerte cruel se les condena,
la reciben con alma tan serena,
como si fuera un dulce beneficio,
y marchan como en triunfo hasta el suplicio.

Si se les amenaza con tormentos,
responden sin mudar sus pensamientos,
para morir nacimos, siendo humanos;
mas pues, gracias á Dios, somos christianos,

por su fe como santos, moriremos:
el cuerpo deleznable que tenemos
podrá morir, pero inmortal el alma,
del martirio sabrá ganar la palma.
Si quereis, ya podeis sacrificarnos;
vosotros creeis poder la muerte darnos,
pero no es esta muerte pavorosa,
pues produce otra vida mas dichosa;
no es el tiempo que acaba, y nos separa,
sino la eternidad que se prepara:
¡qué hombres! ¡qué sentimientos mas que humanos!
mas tales son los propios de christianos.

PARTE SEGUNDA.

Los ilustres atletas esforzados,
á vista de coronas tan brillantes,
soportaron con ánimos constantes
tormentos tan horribles y extremados.
¡Con qué pecho magnánimo y sereno
una madre christiana y generosa
á siete hijos nacidos de su seno
al martirio conduxo valerosa!
El tirano dictaba la sentencia,

el verdugo encendia los braseros,
y preparaba con cruel violencia
el fuego, las parrillas, los aceros;
la sangre de los mártires corria,
la deplorada madre la veía,
mas su christiano ardor no se entibiaba,
á sus hijos intrépida exhortaba,
y al mas niño de todos le decia
para mejor avigorar su zelo,
levanta, hijo, los ojos, mira al cielo,
mira que van á abrir la hermosa entrada,
y allí te van á dar dulce morada.

Este discurso, y con el mismo anhelo
dice la Iglesia á todos los christianos,
alzad, hijos, los ojos, ved el cielo,
y ved vuestros destinos soberanos,
volad con los amantes corazones,
llevad vuestro deseo y aficiones;
si como hombres estais sobre la tierra,
lugar en que á los hombres se destierra,
la calidad ilustre de christianos
os hace celestiales ciudadanos.

Por poco tiempo estais en este mundo,
en este suelo frívolo é inmundo;

mas no es para gustar sus alegrías,
ni seguir sus erradas fantasías,
sino para con útiles desvelos
ser con grandes virtudes sus modelos,
con las buenas costumbres sus censores,
y con alto valor sus vencedores;
pues nadie es buen christiano, sino en tanto
que puede con razon llamarse santo.
Esto dice la Iglesia, y la escuchamos,
y este bien que su zelo nos propone,
no puede ser mayor; pero veamos
los deberes tambien que nos impone.
Christiano soy, Dios sea alabado:
yo le bendigo humilde, pues me ha dado
padres christianos, que su ley siguieron,
y su doctrina con su fe me dieron;
yo conozco á otros muchos, cuya suerte
es gemir en las sombras de la muerte.
Quando nací, la Iglesia entre sus brazos
me puso, me enlazó con dulces lazos,
y con el agua del bautismo puro
lavó la mancha de mi ser impuro.
Desde aquel tiempo mi conducta rige,
me instruyó niño, adulto me dirige,

¡ qué favor! ¿cómo puedo encarecerlo?
yo no hice nada para merecerlo:
Dios me ha escogido con bondad piadosa,
y esta gracia me es tanto mas preciosa,
quanto con ella todo bien se alcanza,
y es de la vida eterna la esperanza.

¡ Quántos la hubieran mas aprovechado!
si á Tiro y á Sidon se hubieran dado
tantas luces, tan grande beneficio,
vivieran con el saco y el silicio.
¡ Quántos bárbaros hay! ¡ infieles quántos,
que hoy fueran en la Iglesia grandes santos!
¿ y yo qué he hecho? ¿ cómo lo he estimado?
¿ dónde está la virtud que he practicado?
¡ Oh Dios! estoy corrido, estoy confuso
de hallar tanto vacío, tanto abuso,
de ver, de contemplar mi iniqüo trato.
Peor que bárbaro soy, pues soy ingrato.

Christiano soy, el cielo sea loado,
¿ mas título tan noble y realzado
no tiene alguna cosa que me asombre?
¿ tengo yo las virtudes como el nombre?
Un christiano es un hombre, que ha jurado
tomar á Jesuchristo por dechado,

imitar sus exemplos y virtudes;
¡ ah ! ¡ quántas deben ser mis inquietudes !
¿ tengo siempre á la vista este modelo ?
¿ y copiarlo procuro con desvelo ?
Un christiano es un hombre separado,
que al mundo siempre está crucificado,
y su espíritu habita en un retiro;
mas por el mundo vivo yo y respiro.
Un christiano es humilde, cuidadoso,
huye la gloria, teme los amores,
sufre alegre el desprecio y sus rigores;
pero yo siempre vano y orgulloso
no deseo otra cosa que elevarme,
y si alguno se atreve á despreciarme,
entro en furor colérico y severo:
¿ seré pues un christiano verdadero ?
Un christiano es un hombre, que prefiere
el rigor de la austéra penitencia,
que doma su amor propio con violencia,
y víctima contínua á todo muere;
mas yo en todo me busco con porfia,
y la comodidad solo me guia,
amo mi bien estar con grande esmero,
y si es fuerza sufrir, me desespero.

Un corazon tan floxo ¿ qué diria,
si morir por la fe preciso fuera?
y en un caso forzoso ¿qué escogiera?
¿ el martirio, ó la vil apostasía?
Un christiano es benigno, es compasivo,
en servir á los otros muy activo,
soporta los defectos, los excusa,
se compadece siempre, y nunca acusa,
en fin siempre prudente y moderado;
mas yo soy impaciente, arrebatado,
que todo lo condeno y lo censuro,
que fomento en mi pecho el ódio impuro,
la envidia injusta, y el orgullo insano:
¿de qué manera pues soy yo christiano?
¿ esta es mi religion? ¡ fatal abismo!
¡ qué fantasma, mi Dios, de christianismo!
La vida de un christiano es muy sencilla,
todo le basta, nada le amancilla;
vive, mas de manera
como pudiera estar si no viviera,
pues para sí no vive;
tiene bienes, pero él no se apercibe;
su cuerpo está en la tierra, mas su anhelo
gira con el espíritu en el cielo;

contento con la suerte, que Dios quiere,
vive, si es menester, y si no, muere.
Ve aquí de los christianos el retrato:
¿se me parece? en vano lo recato;
si yo no me avergüenzo de mi vida,
de mí la religion está corrida.
Yo deshonro su nombre, le maltrato,
en nada me hallo lo que ser debia,
y léjos de encontrarme buen christiano,
la moderada vida de un pagano
es para Dios mejor que no la mia.
¡Santo Dios! ¡qué terror! yo me imagino,
que en este instante el Redentor divino
rápido desde el cielo á mí desciende,
y que en forma visible me sorprehende,
que hace juntar su tribunal terrible,
y con voz magestuosa y perceptible,
que á los Angeles mismos amedrenta,
me dice, vil christiano, dame cuenta;
¿qué pude hacer por tí que no haya hecho?
responde ¿cómo tú me has satisfecho?
Nacer te hice en el seno de la Iglesia,
con la luz de la fe te he iluminado,
de gracias incesantes te he llenado,

y el poderoso ardor con que te amaba,
una gloria sin fin te preparaba;
¿ te he mostrado bastante mi terneza?
¿ podia hacer por tí mayor fineza ?
¿ pero qué hizo infeliz tu vil malicia ?
responde, que ya es tiempo de justicia.
Yo era tu Salvador, mas tú has querido
perderte, y finalmente te has perdido.

Yo te crié para contento eterno,
pero tú preferiste ir al infierno.
Anda pues á sus lóbregas cavernas,
anda á arder en sus llamas sempiternas
con los pagános y demas infieles;
mas tus penas serán aun mas crueles,
tú pagarás las culpas cometidas,
llorarás tantas gracias tan perdidas;
llamarás á tu Dios, mas vanamente,
pues verle no podrás eternamente.
¡O Dios, mi Salvador, Dios de clemencia,
Dios que adoro, mas Dios que tambien temo!
preservame de un mal, que es el extremo.
Aun es tiempo, Señor, de penitencia.
Bien sé que ciego, que precipitado
á tan terrible mal me he aventurado;

mas de hoy en adelante mi deseo,
toda mi ocupacion, mi único empleo
será pensar con ánsia enardecida
en la entera reforma de mi vida.

Yo no me escondo, soberano dueño,
la extension absoluta de este empeño,
sé que es cargar mi cruz continuamente,
que es despreciar al mundo enteramente,
morir á todo gusto depravado,
detestar aun la sombra del pecado,
no estimar otra cosa que tu gracia,
imitar la virtud con eficácia,
no tener mas deseo, ni otro anhelo,
que de los bienes que presenta el cielo,
vivir como christiano consumado,
y en fin morir como predestinado.

Dificil es, Señor, pero me atrevo
con tu auxílio á ofrecertelo de nuevo.
Mi débil corazon ya se resuelve,
la flaca oveja á su pastor se vuelve;
mas feliz, si en su próspero destino
nunca hubiera dexado su camino.

POEMA X.

LA CONFIANZA EN DIOS.

PARTE PRIMERA.

Yo espero en tí, mi Dios, Dios poderoso,
bueno, indulgente y misericordioso,
y es en tí solamente en quien espero,
tú eres mi único Padre verdadero.
¿En quién, fuera de tí, mi confianza
asegurar pudiera su esperanza?

No puede ser en mis merecimientos,
léjos de mí tan locos pensamientos;
¿pues qué soy á tus ojos? vil materia
hecha de barro, y llena de miseria:
¿qué es mi vida? una série de pecados,
de infracciones, delitos y atentados.
En vez de que merezca tus favores,
es ella quien produce mis terrores.

Ménos puedo apoyarme sobre un mundo
en traycion y dolores tan fecundo,
que hasta aquí sin reserva ha alucinado
á todos los que en él han confiado.

Víctimas infelices sólo hace,
á nadie que le sirve satisface,
y con sus falsos pérfidos encantos,
léjos de hacer felices, de hacer santos,
los sujeta á su mísera cadena,
y tu santa justicia los condena.
Tampoco poner puedo mi esperanza
en los hombres, su amor y su alabanza.
Maldito, dice la Sabiduría,
el que en brazo de carne se confia.
¿Qué se puede esperar de los mortales,
si apénas bastan á sus mismos males?
¿Cómo remediará males extraños,
quien no puede aliviar sus propios daños?
Fenómenos volátiles parecen,
que lucen un instante, y desparecen.
Ayer resplandecieron, hoy no exîsten;
brillan hoy, y mañana no subsisten.
Todo anuncia del hombre la flaqueza,
y á su misma infeliz naturaleza
la idea de la muerte atemoriza.
¿Quién se puede apoyar en la ceniza?
Es en tí solamente, Dios eterno,
en quien mi corazon espera tierno,

y espera con muy sólidos motivos;
jamas los pudo haber tan efectivos
para excitar la humilde confianza,
y animar una tímida esperanza.

Porque yo espero en tu bondad piadosa,
en tu dulzura misericordiosa.
Es verdad, lo confieso, que he abusado,
que mucho y largo tiempo te he ultrajado;
mas tu misericordia es infinita:
nada, ni tiempo alguno la limita,
y si el hombre es ingrato y deleznable,
tu piedad es inmensa, inagotable.
¿Quántos otros muy grandes pecadores
abusaron tambien de tus favores,
y de eleccion son vasos preferidos,
porque imploraron tu piedad rendidos?
Un David homicida quando llora,
Magdalena la amante pecadora,
Manasés afligido, delinqüente,
Agustin convertido, penitente,
son pruebas claras, y serán eternas
de tus misericordias siempre tiernas.

¡Ay Señor! si no fueras tan piadoso,
¿quál seria el destino riguroso,

que la flaqueza humana sufriria ;
¿ qué recurso en sus lágrimas tendria ?
El mundo seductor con fuerza atrae,
el hombre flaco se resbala, y cae,
¿ y cómo alzarse sin tu amor podria ?
Haz pues Dios de bondad, que sienta ahora
esa dulce bondad, que mi alma implora,
esa dulce bondad que en tí se encierra,
y no puedes hacer sino en la tierra ;
pues quando ya no vive la malicia,
solo quieres que reyne la justicia.
Pues que aun vivo, Señor, hazla conmigo,
haz que gracia tan alta contar pueda,
que á tu justicia inexôrable queda
toda la eternidad para castigo :
perdona, que aun es tiempo que perdones,
y muestra perdonando á mis pasiones,
que tu piedad es grande y extendida,
como sabrás mostrar en la otra vida,
quando ya tambien muere la esperanza,
que eres justo y terrible en tu venganza.
Tambien espero, y mi esperanza es firme,
en que tu hijo Jesus murió por mi alma.
¿ Qué pudiera inspirarme tanta calma ?

¿de qué ancla mas segura puedo asirme?
¿y quién de tu piedad no está seguro,
viendo ardor tan ardiente como puro?
Adorado Jesus, quando yo pienso
en este sacrificio tan inmenso,
en tanto como hiciste, y has pasado,
yo me digo ya casi asegurado,
como fuera del mar, ó ya en el puerto,
vivir espero, pues Jesus ha muerto.
¿Cómo piadoso no ha de perdonarme,
el que tanto sufrió para salvarme?

Quando sé, que del cielo descendiste,
y que á la tierra mísera veniste,
por salvar á los pobres pecadores;
que sufriste sus pérfidos rigores,
porque queria tu bondad divina
enseñarles la luz de tu doctrina;
quando me veo enmedio de tu templo,
y en sus altares con la fe contemplo
esa víctima santa, esa hostia pura,
que llenando las almas de dulzura,
de su incesante amor en exercicio,
renueva cada dia el sacrificio,
y lleva nuestros ruegos hasta el cielo,

mi corazon sintiendo este consuelo,
dice con el placer en que se anega,
á tal intercesor nada se niega.

Y quando recogido en tu santuario
vuelo con el espíritu al calvario,
y veo que tu amor tu sangre vierte
por librar á los hombres de la muerte,
y la mancha lavar de su pecado;
que herido de una lanza tu costado,
le ofreces á mis ojos entreabierto,
como que quieres presentarme un puerto;
y quando veo al fin con qué indulgencia
imploras su perdon y penitencia,
¿cómo con tanta prueba y tan sublime
es posible que yo me desanime?
ni ¿cómo, viendo en tí tanta fineza,
podrá desalentarme mi flaqueza?

No Señor, mi esperanza es muy activa
pues en tu sangre y tu bondad estriva,
¡ah! cómo los humildes penitentes,
á pesar de sus faltas delinqüentes,
pueden en su dolor estar tranquilos;
tú das á sus pesares mil asilos,
tú no quieres perder, Dios adorado,

las almas ; que tan caro te han costado ,
ni malograr con su infelice suerte
los frutos de tu sangre , y de tu muerte.

Bien sé que la esperanza religiosa
vana no debe ser , ni presuntuosa ,
que con las obras debe sostenerse ,
que tú y el alma deben entenderse ,
y que yo la quitara la eficácia ,
si no correspondiera á tanta gracia ,
que pudo tu poder sin mí criarme ,
pero que no querrá sin mí salvarme :
todo lo sé , Señor , mas por lo mismo
quiero salir de tan profundo abismo :
desde hoy , dexando mi indolente calma,
voy á pensar en la salud de mi alma.

PARTE SEGUNDA.

Espero , por tu gracia socorrido ,
vivir á tu ley santa sometido ,
observar tus divinos mandamientos ,
deplorar mis pasados escarmientos ,
y expiarlos con lágrimas dolientes ,
domar á mis pasiones delinqüentes ,

velar sobre mí mismo, reprimirme,
con mi próximo tierno conducirme,
y hacer con él, porque se satisfaga,
lo que deseo que conmigo haga.

Estos son los deseos que me inspiras,
y pues que tú me das tan altas miras,
harás que mi alma con tu gracia quadre,
tú eres mi criador, eres mi padre.
Enormes son, Señor, mis atentados,
muchos y horribles fueron mis pecados,
su memoria me aflige, me atormenta,
y yo los abomino, y los detesto,
mas no me quitan el valor por esto,
y mi esperanza no se desalienta.

La misma muchedumbre, que me hiere,
es un nuevo motivo de que espere.
El Rey Profeta te decia á gritos,
perdona, que son muchos mis delitos.
Yo te digo lo mismo, Dios clemente,
porque he sido tan grande delinqüente,
porque fueron tan grandes mis errores.
El perdon de tan pérfidos horrores
mostrará al universo tu paciencia,
y es la gloria mayor de tu clemencia.

Así no solo espero me perdones
las culpas de mi mísera flaqueza,
sino tambien que añadas la riqueza
de tus divinos soberanos dones,
que apagarás el fuego y la viveza
de mis fieras indómitas pasiones;
que podré por tu gracia sostenido
soportar, corrigiendo mis excesos,
la mucha carga, los enormes pesos
de este mundo maligno y corrompido.

Que la suerte mas triste, la mas dura,
la mas llena de horror y de amargura,
que me quisiere dar tu providencia,
aceptaré rendido con paciencia,
sabiendo que es piedad este castigo,
que estos golpes me vienen de un amigo;
que si á muchos trabajos me condenas,
es por librarme de mayores penas,
de las penas terribles del infierno,
y léjos de quejarme, mi ardor tierno
irá con ánsia dulce y amorosa
á besar esa mano poderosa,
que me castiga para perdonarme,
y que solo me aflige por salvarme.

Espero sobre todo que me auxîlies,
y que contigo ¡ó Dios! me reconcilies
en los tristes momentos y postreros,
quando ya los mortales pasageros
ven que término tuvo su camino,
y á descubrir empiezan su destino.
¿Cómo pudiera tu piedad sensible,
que crió, que conserva el alma mia,
dexarla abandonada en la agonía
de aquel instante crítico y terrible,
en que del tiempo acaba la carrera,
y empieza ya la eternidad entera?

¿Quál seria, Señor, mi suerte horrible?
Es entónces que tiene mi indigencia
mayor necesidad de tu asistencia.
Para entónces, Jesus, tu piedad llamo,
para aquel trance tu bondad reclamo;
que si hasta aquí viví por mi malicia,
muera por el amor de la justicia,
y de mi vida la fatal desgracia
se repare en mi muerte con tu gracia.

Estos son los principios, los motivos
que me hacen esperar, sé que son vivos,
pero hazme Dios, pues tan piadoso eres,

que tenga los christianos caractéres,
para que mi esperanza inalterable
sea á tus ojos justa y agradable.
Haz pues que sea íntima y activa,
y que llena de fuego, siempre viva,
entre al fondo de mi alma, donde grabe
esta paz, que el amor grabarnos sabe,
que no solo este ardor explique el labio,
sino que el corazon ardiente y sabio
tambien diga con ánimo sincero,
en tí espero, mi Dios, solo en tí espero.

Haz que con esperanza tan segura
nada jamas consiga titubearla,
que ni los hombres puedan desquiciarla,
ni el mundo, ni el placer, ni la amargura,
ni regalos, temores, ni violencias,
ni de todo el infierno las potencias,
ni en fin nada, si todo se conjura.

Haz, Señor, que tambien constante sea,
y me acompañe hasta el postrer aliento,
de manera que en mi fallecimiento
junto á mi sepultura en pie se vea,
en fin que sea tan tenaz y fuerte,
que en el mismo momento de la muerte,

quando en la eternidad su vista fixa,
mis últimos suspiros te dirija.

Estos son mis deseos é intenciones,
estas de mi alma las disposiciones;
con ellas vivo ahora, y vivir quiero,
y con ellas tambien morir espero.

¿Cómo pues con tan plácida esperanza
puedo temer rezelo ni mudanza?
¿Cómo á vista de bienes inmortales
inquietarme pudieran breves males?
¿Quién no soporta penas pasageras,
quando aspira á las dichas verdaderas?
El que á su patria presuroso viene,
¿para qué en el camino se detiene?
¿Y qué serán por fin las penas mias?
penas ligeras, y de pocos dias.
¿Qué pues? ¿no ha de costarme algun desvelo
ganar la gloria, y adquirir el cielo?

¡Santo Dios! mi esperanza en tí se funda,
no es posible, Señor, que me confunda;
en los mayores riesgos y pesares,
enmedio de las tierras y los mares,
en los sucesos mas desesperados
de hombres, ó de elementos enojados,

quando luz no se vea, ni algun medio,
quando todo parezca sin remedio,
no temerá un instante mi firmeza,
no me verás desmayo ni flaqueza,
y esperará mi tierna confianza,
aunque no viere un rayo de esperanza.

Estos mismos pecados que deploro,
pues que por tu bondad triste los lloro,
bien podrán afligirme y humillarme,
mas no podrán, mi Dios, desalentarme;
pues aunque temo mucho tu venganza,
los temores no excluyen la esperanza,
y ámbos á dos unidos de concierto
son los que pueden conducirme al puerto.

En fin, mi Dios, porque no sea vana,
en uso de la máxîma christiana
me ocuparé en acciones virtuosas,
obras de caridad y religiosas;
pues aunque sé que en tí puedo fiarme,
sé tambien que no debo descuidarme.

POEMA XI.

EL PECADO MORTAL.

PARTE PRIMERA.

¿Qué es el pecado? ¡ó santo Dios eterno!
¡qué nombre tan terrible y espantoso!
si le pronuncia el labio pavoroso,
despierta las ideas del infierno.
Quando este nombre formidable escuchas,
juzgas que con razon mortal le llaman,
porque á los infelices que le aman,
no solo da una muerte, sino muchas.

¡Quántas muertes, ó Dios, nos da el pecado!
La muerte espiritual, que al alma mata,
porque ya está con ella Dios ayrado,
y el pecado tan áspero la trata,
que siendo de un verdugo sus acciones,
la priva de la gracia y de sus dones.
La muerte temporal, pues él produxo
á este monstruo cruel, nuestro homicida,
y tan bárbaro fué, que nos conduxo
los males y miserias de la vida.

En fin la muerte eterna, Dios piadoso,
¡qué mal tan exêcrable y horroroso!
pues al que muere atado á su cadena,
á tormentos eternos le condena,
á venganzas terribles y fatales;
y el pecado es la causa de estos males.

La muerte espiritual es la primera,
que priva de la vida verdadera;
pero como esta muerte es escondida,
y no produce efectos exteriores,
no la ven los incautos pecadores
como tan horrorosa y homicida.
Porque no te lastíma, no la sientes,
y con ojos la ves indiferentes;
pero insensato, si mirar pudieras
quántas te da en el alma heridas fieras,
cómo á la eterna muerte te conduce,
y á qué funesto estado te reduce,
temblaras de terror, y horrorizado
vieras lo que es la muerte del pecado,
vieras si hay pena mas terrible y cierta,
que á los ojos de Dios estar ya muerta.
¡Ah! ¡si pudieran hoy mis desengaños
explicarte una parte de sus daños!

Quando en el alma plácida reposa
la gracia, y acaricia su inocencia,
es del esposo amante digna esposa:
de la gracia es tan grande la excelencia,
que el esposo la ve con complacencia,
y á sus ojos parece muy hermosa;
pero el pecado con su negra tea
la quita su esplendor, la dexa fea,
de todos sus adornos la despoja,
huye la gracia que el pecado arroja,
y entónces el esposo ardiendo en ira,
la ve con tédio, con horror la mira,
retira sus consuelos y favores,
vienen atropellados los terrores,
no tiene protector, á quien acuda,
abandonada, mísera y desnuda
no espera mas socorros ni asistencias,
que el pecado, y sus tristes conseqüencias.

Así queda al instante degradada.
¡A qué gloria tan alta y elevada
un Dios, que era su padre verdadero,
y la sangre preciosa, que el cordero
con tanto amor la habia derramado,
su dignidad no habian levantado!

¡ Qué decorosa , qué divina alianza
su Dios con ella habia contratado !
¡ y quánto era sublime su esperanza !
¡ por quántos justos títulos podia
decir , que ella á su Dios pertenecia !
Era Jesus su salvador piadoso ,
el Espíritu Santo era su esposo ,
los méritos de un Dios crucificado ,
su tesoro infinito , ilimitado ,
la daban un derecho á su clemencia ,
y el cielo finalmente era su herencia.

Pero ¡ ó golpe violento del pecado !
todo fué en un instante derribado ,
ya deshizo esos lazos gloriosos ,
ya ha borrado esos títulos preciosos ,
ningun don de la gracia ha reservado ,
y dexa la pobre alma en un estado
mas funesto , mas feo y corrompido ,
que la nada infeliz de que ha salido.

Y qué será , mi Dios , si hago memoria
de su pasado ser, su antigua gloria ?
¿ de cómo en dulce paz beber solia
de las aguas que el cielo la vertia ?
¡ Qué diferencia! hoy llena de temores

víctima es de gusanos roedores,
la razon la presenta su injusticia,
el corazon reprueba su malicia,
la conciencia con ánsia infatigable
la hace una guerra viva é implacable,
hasta la religion la representa
la muerte, los rigores de la cuenta,
y en la region obscura de los muertos
los abismos eternos entreabiertos.

Si la fe no consuela, tiraniza,
y luego que no alivia, martiriza,
por eso se despiertan sus terrores,
se agita con las ánsias y temores.
El infeliz se mira en un abismo,
y vuelve su furor contra sí mismo,
sin saber lo que hace ó lo que quiere,
ama al pecado, á veces le prefiere;
pero otras le aborrece y abomina,
dexarle algunas veces imagina;
pero otras mas corrido y arrastrado
se arrepiente de haberlo imaginado.
Con esta lucha á modo de un precito
une la conversion con el delito,
y muy dichoso de que triste sienta

el dolor que tan vivo le atormenta,
pues la virtud no puede hallar asilo
en corazon infiel que está tranquilo.

La muerte temporal es justa pena,
con que á los hombres el Señor condena,
por haber sus preceptos traspasado;
así es hija la muerte del pecado.
De este padre infeliz tambien nacieron
quantas desgracias los mortales vieron,
los males, los trabajos, los afanes,
las muertes repentinas, los volcanes,
y tanto otro suceso desgraciado,
todos traen su orígen del pecado.

Porque no hay que engañarse, él solo ha sido
el que el mal y el dolor ha producido.
El solo fué quien bárbaro y perverso,
sumergió en un diluvio al universo.
Por él quemó la cólera del cielo
de Sodoma y Gomorra el triste suelo;
él inundó el desierto de serpientes,
y á los hijos de Aaron tan delinqüentes
en las entrañas de la tierra oculta,
y en un momento súbito sepulta.

Pero dexando males tan distantes,

todos los dias, todos los instantes
¿no padecemos males muy extraños?
¿por qué causa sufrimos malos años?
¿por qué se ve á la muerte con freqüencia
arrebatar con súbita violencia
sin distincion de edad á tantas gentes?
¿Por qué son estos casos tan freqüentes,
sin que nadie por jóven ó por sano,
esté seguro de su harpon tirano?
¿y qué dirias, si posible fuera,
que el hombre desde el mundo penetrara
los secretos divinos, y que viera
lo que á cada mortal se le prepara?
¿si corriera un instante el velo obscuro,
que esconde á nuestros ojos lo futuro?
¡Ay mi Dios! ¿qué desgracias se verian?
¿cómo los pecadores temblarian,
viendo la muerte triste y desdichada,
que por el cielo les está guardada?
Se veria al galan que se divierte,
y que con tanta pompa y tanto aseo
asiste á la comedia, y va al paseo,
que ya muy cerca de él está la muerte;
que ya muy presto, y quando piense ménos

esos dias que pasa tan serenos,
se van á convertir en amargura
entre las manos de la muerte dura.

Se veria aquel mozo, que lozano
gozando de salud tan floreciente,
muy larga vida se promete ufano,
que ya la muerte por detras urgente
con su saña violenta y homicida
le va á cortar el hilo de la vida;
mas con golpe tan rígido le hiere,
que ver no puede el golpe con que muere.

Se veria aquel otro, que tendido
en un lecho funesto de dolores,
sus parientes y amigos los mejores
el peligro le tienen escondido,
y que con falso amor, con el pretexto
de no turbarle su infelice calma,
llegar le dexan á su fin funesto
sin socorro ninguno para el alma.

Se veria aquel otro, que aterrado
porque ve que la muerte le rodea,
sus muchas culpas confesar desea,
y llama un Confesor apresurado;
pero que por castigo Dios no quiere,

que se halle el Confesor que se buscaba,
ó llegue ya quando su vida acaba,
y el infeliz sin confesion se muere.
Se verian en fin mil desdichados,
que inquietos, rezelosos, desconfiados,
mirando de su vida los horrores,
llenos de espanto, llenos de terrores,
viendo que ya la muerte los detiene,
y que el terrible Juez tras ella viene,
se dicen con un mísero gemido,
no hay piedad para mí, ya estoy perdido:
con esta desconfianza, este despecho,
con todos sus delitos en el pecho
espiran, pues llegó la hora terrible;
el cádaver parece sobre el lecho,
pero ya el alma se voló invisible,
y delante de Dios se ha presentado
con todos los horrores del pecado.

PARTE SEGUNDA.

Esta es la muerte eterna, la tercera,
la peor y de todas la postrera,
término de los hombres espantoso,

y el castigo de Dios mas horroroso.
La muerte eterna ¡ó Dios! ¡terrible abismo!
¿cómo el hombre, que ciego é ignorante
la ha podido arriesgar un solo instante,
puede no horrorizarse de sí mismo?
Ve aquí un alma infeliz ya condenada,
y de Dios para siempre separada.
Ya cayó en las tinieblas exteriores,
donde fuegos voraces é interiores
con ardor incesante la devoran;
sus tristes ojos ya muy tarde lloran
con pena estéril, con inútil llanto
no haber vivido como vive un santo.
Su suerte ya es eterna, irrevocable,
y tanto como Dios será inmutable;
víctima de la cólera del cielo
no tendrá un intervalo de consuelo,
ni la menor vislumbre de esperanza;
insaciable parece su venganza,
y lo será, pues vive aquel pecado,
no hay medio de que sea perdonado,
pues que está pronunciada la sentencia,
y que ya se acabó la penitencia.
Eternamente pedirá con gritos

que sean castigados sus delitos.
¡ O infeliz para siempre! ¡ ó desdichado!
¡ ó muerte eterna ! ¡ó muerte en el pecado!
¿ Quántos que ahora escuchan friamente
estas terribles , ásperas verdades ,
hallarán , y quizá muy prontamente ,
que para ellos han sido realidades?
¿ Quántos que ahora viven descuidados ,
estan á pronta muerte condenados,
y tal vez á una muerte repentina?
Alguno habrá que no se lo imagina,
y que quizá con súbita violencia
morirá sin dolor ni penitencia,
sin recibir los santos sacramentos ,
ni volver hácia Dios sus pensamientos.
No obstante ahora vive sosegado ,
á sus placeres y á sus gustos dado
sigue el mundo, y sus falsas alegrías ,
sin acordarse de que en pocos dias
yacerá yerto en una sepultura.
¡Qué ceguedad! ¡ó Dios ! ¡ qué desventura!
Solo puede rastrearse la malicia
del pecado mortal por la justicia
severa con que Dios le ha castigado,

y el Espíritu Santo ha revelado.
De sus víctimas tristes la primera
fué un Angel orgulloso, que insensato
rebelde á su Señor, le negó ingrato
una obediencia dócil y sincéra.
En el instante mismo Dios se enoja,
y del cielo colérico le arroja,
veloz le precipita en el infierno,
para que sufra allí tormento eterno;
de su venganza en justo testimonio
á un Angel le transforma en un demonio.
¡O Dios! ¡ quánto me espanta este castigo,
si el Angel vengo á comparar conmigo!
Solo una vez pecó de pensamiento,
su culpa no duró mas que un momento;
pero de largo tiempo mis pecados
son enormes, son graves atentados.
El no tuvo lugar para la enmienda;
pero á mí con porfia, con contienda
Dios me da tiempo, su piedad me excita,
la gracia me habla, mi conciencia grita,
y yo siempre rebelde, siempre ingrato
nunca resuelvo, siempre la dilato.
Mas ¡ ay! mi dilacion es otro abismo

peor mil veces que el pecado mismo.
¡ O Dios ! ¿qué costaria á tu ternura
perder á tan perfecta criatura,
que salió de tus manos tan hermosa ?
no obstante tu justicia rigurosa
en un momento la ha sacrificado:
¿ qué no harás con el hombre que ha pecado?
La víctima segunda ha sido el hombre,
¿ y quién puede pensar sin que se asombre,
que Adan que de la nada fué criado,
en peor que la nada fué mudado ?
No bien pecó, quando perdió la gracia,
y se sintió desnudo y en desgracia,
echado del paraíso, despojado
de todas sus ventajas, condenado
á penitencia novecientos años;
sufre por fin la muerte con sus daños,
y no solo el Señor ayrado entiende
dar el castigo á Adan, si no lo extiende
á su posteridad con él unida,
que del golpe fatal tambien fué herida.
Con él vinieron las calamidades,
que al mundo afligen, y en su seno encierra,
la hambre, la sed y las enfermedades,

los disgustos, las pestes, y la guerra,
todos castigos son de un Dios ayrado,
todos tristes efectos del pecado.

La víctima tercera y mas terrible
son esos infinitos reprobados,
que en el infierno sufren despechados:
te será su malicia mas visible,
si contemplas sus penas, sus dolores,
sus tormentos, sus rabias y furores,
esos abismos tristes y profundos,
que son tan espantosos, tan inmundos,
esas tinieblas lóbregas y obscuras
en que sufren sin fin almas impuras,
ese fuego voraz, cuyos ardores
queman sin consumir los pecadores.

Si tú espíritu escucha sus gemidos,
sus lamentables gritos y alaridos,
en tí mismo dirás, ¿qué mal es este
que así venga la cólera celeste?
terrible debe ser, pues un Dios santo,
que es tan piadoso, lo castiga tanto.

Pero olvidemos esto, si es posible,
pues víctima veremos mas terrible
sobre el altar; para esto es necesario

volar con el espíritu al calvario.
Es un Dios Salvador el que nos llama,
un Dios que vá á morir porque nos ama:
á los pies de su cruz somos testigos
de los sangrientos, rígidos castigos,
que exercita del cielo la violencia
no en el pecado, sino en su apariencia.

Mira el brazo de Dios, mírale armado,
escucha la sentencia que le ha dado,
la víctima sangrienta en la cruz puesta
morirá con la muerte mas funesta,
el santo de los santos inocente
sufra dolor, parezca delinqüente,
del cordero la sangre inmaculada
corra en la tierra; y déxela regada.

Ya corre, el buen Jesus gime, suspira,
y en una cruz crucificado espira.
Un Dios debia ser sacrificado
para lavar la mancha del pecado;
pero ¿cómo, mi Dios, tu triste suerte,
tu mucho oprobrio, tu terrible muerte
no ablandan nuestros duros corazones?
Todo mostró sensibles aflicciones,
el sol mismo eclipsó su luz brillante,

la tierra aunque constante
con violentos extraños movimientos
sentia desquiciar sus fundamentos,
las peñas se abren de dolor en señas,
¿y nosotros mas duros que las peñas
no tenemos horror para el pecado,
que todos estos males ha causado?

¡O divino Jesus! yo me prosterno
á los pies de tu cruz, á mi amor tierno
basta mirar que en ella estás atado,
para saber lo vil que es el pecado.

Dame, Señor, un vivo sentimiento,
para que llore con dolor violento
las culpas de mi pecho delinqüente.
¡Quién le diera á mis ojos una fuente,
para que de continuo las llorara!
¡Quién con su propia sangre las lavara!
¡Quién con tanto terror verlas pudiera,
que no solo temblando las huyera,
sino huyera tambien las ocasiones!
¡Quién sintiera tan vivas aversiones
como las ánsias, que el cordero siente,
quando seguirle quiere una serpiente!

¿Quién con un corazon agradecido

diera gracias á Dios, de no haber sido
arrebatado, hallándose en pecado?
pues si yo hubiera sido arrebatado
con una pronta y presurosa muerte,
¡ qual seria, mi Dios, mi triste suerte!
Que yo mire con ánsia condolida
á todos los que veo en esta vida
en sus culpas estar indiferentes,
quizá son mis amigos y parientes,
y si yo viera que á mis pies caian,
que en un instante rápidos morian,
¿no viera con dolor este quebranto?
¿pudiera detener mi amargo llanto?
¿y la muerte del alma irrevocable
no es mil veces mas triste y deplorable?

Preserváme, mi Dios, de toda culpa,
nada puede servirme de disculpa,
y es la única desgracia que rezelo;
mas si peco á pesar de mi desvelo,
castígame, Señor, acá en la tierra,
quema, destruye, en fin hazme la guerra
para darme perdon en la otra vida;
te pido como gracia encarecida
que si debo caer en el pecado,

me saques de este mundo apresurado,
ántes que me suceda esta desgracia:
yo no quiero vivir mas que en tu gracia,
y prefiero la mas penosa muerte
al horrible delito de ofenderte.

POEMA XII.

LOS PECADOS VENIALES.

PARTE PRIMERA.

¡Hombre fragil! ¿por qué te sobresaltas,
si te sorprehendes en ligeras faltas?
¿por qué caes en tanto desaliento?
no pierdas el valor, recobra aliento,
y léjos de tener desconfianza,
redobla de fervor y de esperanza.
Nadie porque es virtuoso, es impecable,
el hombre es siempre barro deleznable,
el justo siete veces cae á el dia;
es verdad que no siempre se desvia,
son caidas ligeras y sin susto,
si fueran graves no seria justo;
faltas tan leves, y tan impensadas,
que no pudieron ser reflexîonadas,
fragilidades son, inadvertencias,
de la humana flaqueza descendencias;
de estas faltas hacia hasta San Pablo,
todos las hacen, así de ellas no hablo;

pero hay otras que ménos necesarias
pesan mas, porque son mas voluntarias,
en que la reflexîon tiene mas parte,
y de que el zelo puede libertarte.
Si por exemplo sin razon te agitas,
si te inquietas, y rápido te irritas,
si en las del mundo varias ocurrencias
tienes vivacidades é impaciencias,
si te dexas llevar de vanidades,
de ligerezas y curiosidades,
si te alhagan las vanas distracciones,
si te das demasiado á diversiones,
si el tiempo en cosas fútiles empleas,
si á tus próximos burlas y chanceas
de manera que puedas contristarlos,
si no corres veloz á consolarlos,
si opones á la gracia resistencia,
quando te suele hablar en la conciencia,
y otras de este tenor que aquí comprehendo,
ve aquí las faltas, de que hablar pretendo.

Estas faltas no son mas que veniales;
mas pues pecados son, creelos fatales,
y debes enmendarlos y afligirte,
mas no desalentarte y abatirte,

esto fuera añadir males á males,
y juntar con las faltas otras tales.
Si caes á pesar de tu cuidado,
humíllate al Señor, y resignado
reconoce la pérfida flaqueza
de esta humana infeliz naturaleza,
levanta el corazon para llorarla,
y pide á Dios la gracia de enmendarla.

Pero no extrañes que una vil materia
hecha de lodo, y llena de miseria,
otras nuevas miserias alimente,
y si tu falta no es mas delinqüente
si no es mucho mayor, no tengas duda
de que es porque el Señor está en tu ayuda.

Mas no lo haces así, te ves sujeto
á repetidas faltas, y tú inquieto
te turbas, desalientas y te abates.
No te atreves á entrar en los combates,
desconfias de Dios, tanto te asustas,
que casi de la vida te disgustas,
te imaginas estar en mal estado,
y piensas que á pesar de tu cuidado
no podrás evitar tanto defecto,
que jamas llegarás á ser perfecto,

y otras tales ideas te socabas,
que hasta que dexas la virtud no acabas.
Te figuras que Dios está ofendido
por la frívola culpa en que has caido;
á ponerte á su vista no te atreves,
y si te pones, porque hacerlo debes,
es con pena, rubor, desconfianza,
y tu oracion por fin hasta él no alcanza,
así por faltas leves y ligeras
tanto te inquietas, tanto te exâsperas,
que arrastrado por fútiles terrores,
caes en otras muchas y mayores.

A los ojos de Dios, ¿qué será esto?
tal vez vivo pesar, dolor modesto,
pena real, humillacion sincera;
pero tal vez tambien cólera fiera
del orgullo feroz, que así se aflige,
ó ilusion del demonio que la rige.
El remedio es peor que ha sido el daño,
pues añade al mal propio un mal extraño;
nuevo veneno que á la llaga viene,
que no dexa cerrarla, y la mantiene.

Es como aquel herido que embasado
tanto mira la herida que le han dado,

tanto la considera y se la toca,
que él mismo á mas dolores la provoca;
ó como aquel que siendo derrivado,
no le viene á la ideà levantarse,
y en vez de hacer esfuerzo para alzarse,
exâmina el lugar con mucha pausa,
y se ocupa en saber quál fué la causa.

Yo la digo, ¿qué sirve? ¿qué te importa
quedarte tan atónita y absorta?
Levántate, prosigue tu camino,
conserva tu razon, guarda tu tino,
porque la agitacion que te atormenta,
no te arrastre á caida mas violenta.

Lo mismo digo al que se sobresalta,
porque frágil cayó en ligera falta;
humíllate, es razon, pues has caido.
Es natural te muestres afligido,
pues fuiste débil; ¿pero qué adelantas,
si al instante tambien no te levantas?
¿si con esfuerzo noble y vigoroso
á tu Dios no te vuelves fervoroso?

Esta vuelta humillada y reverente
encontrará quizá mas fácilmente
el perdon y la paz, que no esa vana

afliccion, que tal vez es toda humana.
La desconfianza con el desaliento
no produce dolor, sí abatimiento;
y quando injusta al corazon asalta,
es mas culpada que la misma falta,
porque el hombre, que así pierde su tino,
muestra su propio amor mas que el divino.

La confianza dulce y amorosa,
que en la bondad de Dios solo reposa,
la esperanza que pronto se resuelve,
y que sin diferir, á Dios se vuelve,
muchas veces podrán glorificarle
mas que la falta pudo disgustarle;
porque en la falta ha habido inadvertencia,
sorpresa, error, ó falta de prudencia;
pero la vuelta es clara y despejada,
por toda la razon aconsejada,
y es de la libertad obra sincera,
con llena voluntad, con alma entera.
Toma consejo, un santo nos decia,
de lo que enseña la experiencia mia,
siempre que como flaco ó sorprehendido,
sientas que en una falta ya has caido,
sea la que fuere, no te arrojes

al instante al terror, no te congojes
de manera, que tu alma quede obscura
en manos del pesar y la amargura.
No te detengas con los ojos fixos
en exâmenes vanos y prolixos,
sino al instante reconoce y siente,
que eres un miserable delinqüente,
gime con humildad de tu flaqueza,
vuelvete dolorido y con terneza
á implorar á tu Dios, santo y eterno,
como un hijo se vuelve á un padre tierno,
y dile con amor ¡ó Padre mio!
ve aquí otra culpa, nuevo desvarío.
Caí como tan vil y miserable.
¿Cómo un hombre tan débil, tan instable
no caerá, Señor, á cada paso?
¿qué pudiste esperar de un frágil vaso
de corrupcion? y tan ruin materia
¿qué puede producir sino miseria?
¡Quánto sin tus socorros y favores
mis delitos, Señor, fueran mayores!
pues si me vieras con ayrado ceño,
lo que caida fué fuera despeño.
Yo te doy gracias porque me conservas,

porque de tantas culpas me preservas,
y postrado á tus pies perdon te pido
de las muchas que infiel he cometido;
pero imploro de nuevo tu asistencia,
de mi parte pondré mas diligencia
desde hoy en adelante á no ofenderte,
y este será mi afan hasta la muerte.

PARTE SEGUNDA.

El que esto hiciere dexe de inquietarse,
piense con nuevo ardor en alentarse;
no tema que su Dios no le perdone,
tema ménos que nunca le abandone,
y siga su camino comenzado,
como quien nunca se ha descaminado.
Si cayeres cien veces cada dia,
(no lo permita el cielo) con porfia
otras cien veces á tu Dios implora,
llora tu culpa, tu flaqueza llora,
pero con nuevo ardor y confianza
levanta el corazon á la esperanza,
y sabe que si en tu alma no hay desmayo,
y sigues con teson, celeste rayo

vendrá á guiarte en tu camino incierto,
y te conducirá feliz al puerto.

Con conducta tan firme y tan segura
honras de Dios la paternal dulzura,
mostrándole una idea muy grandiosa
de su grandeza misericordiosa:
haces triunfar la fuerza de su gracia,
pues fiado en su fuerza y eficacia,
á pesar de que vil te consideras,
puede hacerte muy otro del que eras.

Manifiesta su sábia providencia,
que convierte con próvida clemencia
el tósigo fatal en tu remedio,
y hace que á tu virtud sirva de medio;
pues puede hacer tambien que esas caidas,
que te causan angustias tan sentidas,
aumenten tu fervor y tu desvelo
para elevarte de la tierra al cielo.

¡ Bondad de Dios! ¡ paciencia inagotable!
¡ quánto eres infinita y adorable!
Nuestra flaqueza misma es el cimiento
sobre que haces alzar el monumento,
que celebra del hombre la victoria,
su eterna dicha, y tu divina gloria.

No es decir que no sea necesario
trabajar con afan extraordinario,
á evitar toda falta la mas leve,
con vigilancia el hombre hacerlo debe;
el temor del Señor debe obligarlo,
y su amor mucho mas sabe inspirarlo.
Seria una ilusion la mas grosera,
ó ceguedad entera
pensar, que un hombre con sus propias manos
se puede heridas dar sin imprudencia,
porque sabe que hay muchos cirujanos,
que pudieran curarle con su ciencia;
ó buscar de una fiebre la violencia,
sufriendo el riesgo, y soportando el tedio,
porque se la conoce un buen remedio.

Esto fuera insensato: no hay disculpa
para aquel que evitar puede la culpa;
mas si ya por desgracia es cometida,
¿qué puede hacer el alma combatida
por su fragilidad y su flaqueza,
sino ocurrir á Dios con su tristeza,
pedirle que remedie su dislate,
prepararse otra vez para el combate,
y esperar que su brazo en la batalla

la fuerza le dará que en sí no halla?
Así pues de sus faltas la experiencia
excitará la luz de su prudencia,
le enseñará á temerse, á no fiarse,
en su Dios solamente asegurarse,
y añadirá el ardor de su constancia
á la humilde oracion y vigilancia.
Ve aquí los dos pilares, en que estriba
la esperanza christiana quando es viva;
velar y orar, y el hombre gemir debe,
por lavar una culpa, aunque muy leve.
Lo debe por afecto agradecido
al padre celestial, que le ha sufrido,
y que con su bondad tan indulgente
le admite á su servicio nuevamente.
Lo debe, porque expíe su conciencia
con la amargura de la penitencia
tanto la seduccion, que le ha inducido,
como el mal que haber puede producido.
Lo debe en prueba de su ardor constante,
pues sin este cuidado vigilante,
se expone á otras caidas peligrosas,
que serian tal vez mas vergonzosas.
Lo debe por mostrar el vivo zelo

con que aspira á avanzarse para el cielo,
y desquitar el tiempo malogrado,
que injusto en esas faltas ha empleado.
En fin lo debe, porque con presteza
se ponga su alma en el feliz estado
de corregir su yerro ó su flaqueza,
de servir á su Dios, glorificarle,
y aquella misma falta repararle.
Anda pues, alma triste y penitente,
avanza tu camino diligente,
y con esfuerzo tu carrera sigue;
si cayeres, levántate, y prosigue,
creyendo que tu Dios te ve propicio,
empieza á la virtud nuevo edificio,
y lo que hagan alzar tus aflicciones,
mas sólido lo harán tus precauciones.
Piensa que sin la falta en que has caido,
tu miseria no hubieras conocido,
no supieras quizá tu insuficiencia;
mas de tus propias faltas la experiencia
te hace tener de tí desconfianza,
y poner en Dios solo tu esperanza.
Puedes decir lo que la Iglesia dice,
que á la culpa de Adan llama felice:

toda culpa en sí misma es detestable,
porque á la gloria del Señor se opone,
y que en el hombre mucho mal supone;
pero en cierto sentido es saludable,
por la luz que en los hombres introduce,
y los frutos de gracia que produce.
Porque la culpa en fin lugar no tenga,
es preciso que el hombre se prevenga,
con quantas armas tiene en el combate,
que á todo riesgo de evitarla trate,
y que trabaje con cuidado exâcto,
para salir de la batalla intacto.
Mas si á pesar del ánimo que trae,
su vacilante pie resbala y cae,
de este mal no está entónces el remedio
ni en la desconfianza, ni en el tedio,
ménos en el despecho y el despique,
y solo puede estar en que se aplique
el que tan infeliz ha resbalado,
á poner en su marcha mas cuidado.
Dios no le pide mas, ni el hombre tiene,
quando á pecar por su desdicha viene,
otro medio que calme su conciencia,
que una triste y sincera penitencia.

Otro medio qualquiera es importuno,
pues sin este remedio no hay ninguno,
que al perdon no le cierre toda puerta,
ó á la gracia de Dios la dexe abierta.

Cuidado pues, christiano, que no faltes,
mas si caiste, no te sobresaltes,
humíllate á tu Dios, la falta llora,
abomina tu error, perdon implorà,
y conociendo tu infeliz flaqueza,
redobla de fervor y de firmeza.
Las faltas pueden serte provechosas,
si te quitan ideas presuntuosas,
que del orgullo la altivez complacen,
y si á tu propio amor conocer hacen,
que es menester para que no te tuerzas,
que desconfies de tus propias fuerzas.

No pretendas tus faltas ocultarte;
este es del amor propio, traydor arte,
pero falsa ilusion, y oculto engaño,
que en vez de disminuir, aumenta el daño.
Gime de buena fe, no te impacientes,
que esto es despique: no te desalientes,
que seria flaqueza; mas tranquilo
recurre humilde á Dios, tu único asilo,

y sabe que esta falta es á sus ojos
ménos mal, y le da menos enojos,
que una virtud soberbia y ostentosa,
que de sí satisfecha y orgullosa,
ó cria al propio amor ó le fomenta,
y su orgullo sostiene y alimenta.

POEMA XIII.

LAS AGITACIONES DEL PECADOR.

PARTE PRIMERA.

¡Qué infeliz es el hombre, que arrastrado
por la pasion, que astuta le combate,
despues de disputar, al fin se abate,
y cae miserable en el pecado!
Al instante, qual sierpe voladora,
que derrama mortífero veneno,
la inquietud entra rápida en su seno,
y de muchas maneras le devora.
No hay agudo puñal, tósigo activo,
que le lastimen con dolor tan vivo.
La turbacion de su alma se apodera,
le agita, le atormenta y exâspera,
el cruel remordimiento le destruye,
el terror le persigue, y la paz huye.
Así nunca tranquilo, siempre en susto,
solo vive en la pena y el disgusto.
¡O cielo! ¡qué tormento tan violento!
mas ¡quánto es saludable este tormento!

¡Dios de piedad! para lograr mi enmienda,
alúmbreme tu luz, y yo comprehenda
el destino infeliz y atormentado
del hombre, que se encuentra en este estado,
para que mi conciencia siempre pura
no se exponga jamas á esta amargura.

Desde que el alma las virtudes dexa,
y que veloz la gracia se le aleja,
la paz huye con ella presurosa,
la turbacion entónces tumultuosa
ocupa su lugar, destierra el órden,
y hace que reyne un bárbaro desórden.
Las espesas tinieblas abultadas,
que sobre Egipto fuéron derramadas,
son la imágen, que exâcta representa
una conciencia ciega y turbulenta.

Ideas negras, pensamientos varios,
todos obscuros, y entre sí contrarios,
reflexîones opuestas y distantes,
pero todas amargas y punzantes
se suceden, una á otra se destierra,
y todas entre sí se hacen la guerra.
La vista del pecado en que ha caido,
la gracia que tan mísero ha perdido,

la gran dificultad, y la violencia
de recobrarla con la penitencia,
con contínua porfia le combaten,
y de ordinario su valor abaten.
Del mar las olas recias y encrespadas
mas furiosas no estan, mas agitadas.
En vano quiere, por hallar un gozo,
entregarse al placer y al alborozo,
pues los mismos paseos y funciones,
los pasatiempos y las diversiones
quizá por un momento le alborotan,
y al dardo del dolor la punta embotan;
pero muy presto nuevas reflexîones
en tumulto le asaltan, y sentidas
hacen mas penetrantes las heridas.
El pecador metido en un abismo,
forzado á verse dentro de sí mismo,
y otra vez nuevamente consternado
con mas vivo dolor, está obligado,
á pesar del placer que se procura,
á beber aquel cáliz de amargura.
Desde entónces la paz, la paz amable
se ausenta de su pecho miserable,
toda paz interior desaparece,

y este estado mas duro le parece,
porque miéntras en paz con Dios vivia,
su dulzura gustaba, y la sentia;
pero á la vista de su horrible culpa,
todo le asusta, nada le disculpa;
se disipa esta blanda y dulce calma,
esta feliz tranquilidad del alma
superior al placer de los sentidos.
Mira como eclipsados y perdidos
estos momentos tiernos y apacibles,
en que á su corazon fueron sensibles
los gustos celestiales, los ardores
que parecen del cielo precursores.
De tanta dicha al pecador no queda
nada, que su dolor aliviar pueda;
y si se acuerda que los ha tenido,
se aflige mas de que los ha perdido.
¿Quántas veces, ¡ó Dios! he sido exemplo
de la triste verdad, que ahora contemplo?
y quántas veces mi conciencia inquieta
ha podido decir con el Profeta,
¿por qué causa estás triste, ó alma mia?
pero ¡ay de mí! pues que saber debia,
que la causa infeliz de mis tristezas

es mi infidelidad, son mis flaquezas,
y el horrible continuo desacato,
con que por un placer te he sido ingrato.
¿Qué mortal, si atrevido te resiste,
no ha de ser infeliz? ¿no ha de estar triste?
¿Qué insensato, si osado te disgusta,
no se llena de espanto? ¿no se asusta?
¿Qué conciencia, si se halla delinqüente,
puede gozar la paz de la inocente?
Lleva el pecado en su interior malicia
una ponzoña, que los gustos vicia,
un dardo que con tristes caractéres
turba el reposo, amarga los placeres;
y una conciencia, que se ve turbada,
¿cómo no estará triste y congojada?
A su inquieto y turbado movimiento
sigue luego el voraz remordimiento.
No hay situacion, no hay fuerza, no hay abrigo,
que le pueda librar de este castigo.
El primer pensamiento que le asalta,
le turba, le consterna y sobresalta.
La primera congoja de su pecho
es decir, ¡infeliz! ¿qué es lo que has hecho?
tú has faltado á tu Dios, le has ofendido,

su gracia, su amistad loco has perdido,
tú has manchado tu mísera conciencia,
abandonaste la celeste herencia,
y por el gozo vil de un bien instable
hás perdido la gloria perdurable;
¡ó infeliz! se repite su despecho,
¡ó infeliz pecador! ¿qué es lo que has hecho?

Antes de que el pecado se cometa,
y á su flaqueza el hombre se someta,
la pasion que le anima y que lo alhaga,
de tal manera su razon embriaga,
que no ve nada, nada reflexîona,
y á su placer incauto se abandona;
pero al instante que su amor contenta,
y que el deseo ya no le atormenta,
sus ardores empiezan á entibiarse,
su turbada razon á despejarse,
se llena de terror, entra en sí mismo,
ve que ha caido en el terrible abismo,
y distingue el horror de su pecado;
entónces dolorido y consternado
oye la voz del arrepentimiento,
que produce el feroz remordimiento,
se acuerda de la paz en que vivia,

quando con tierno amor á Dios servia;
de las gentes virtuosas, que trataba,
con cuyo trato amable se alegraba,
y cuya vista ahora le es funesta;
de la solemnidad de aquella fiesta,
en que los sacramentos recibia;
y de que ahora indigno se desvia;
de la imágen de un Dios crucificado,
á cuyos pies humilde ha derramado
su corazon, que en lágrimas vertia,
y de todo esto forma su conciencia
un lenguage, que le habla con violencia,
porque la gracia quiere persuadirlo,
y si le habla contra él, es por servirlo.
Tú nos dixiste, Salvador, que un dia
nuestro pecado se levantaria
contra nosotros mismos, porque osado
contra tu santa ley se ha levantado;
que él seria la espada, que afilada
dexaria nuestra alma traspasada.
¡Infeliz! ¡qué fatal deslumbramiento
comprar tan caro un arrepentimiento!
¡Qué estado el de una alma que se pierde,
y á quien su propio corazon remuerde!

¡ qué la divina cólera amenaza,
y que él mismo se rompe y despedaza!

PARTE SEGUNDA.

Pero no pára aquí su desventura,
reservada le está suerte mas dura,
pues fuera del tormento, que le oprime,
de tantas inquietudes, con que gime,
del llanto amargo, con que triste llora,
y del despecho, con que se devora,
su terror crece, quando considera
el por venir funesto, que le espera.
¡Quánto debe crecer su infeliz ánsia,
mirando de este mundo la inconstancia!
y ¡ quánto conturbado se consterna,
pensando en la otra vida, vida eterna
de dolores sin fin y sin medida,
que el cielo ya le tiene prevenida!
Yo he pecado, se dice, y me extremezco,
un infierno sin término merezco.
¡Quál fuera, santo Dios, mi infeliz suerte,
si me asaltara rápida la muerte!
Mas la vida es incierta y vacilante,

y yo puedo morir á cada instante:
hoy me amanece un dia placentero,
y tal vez de mi vida es el postrero.
¿Y qué fuera de mí, si arrebatado
por un mal impensado,
ó por otro accidente mas funesto,
me cogiera la muerte mal dispuesto?
No son tan raros estos accidentes,
y en el dia se miran muy freqüentes.
¿Quántos yo mismo he visto y conocido,
que de la muerte víctimas han sido,
sin poderlo advertir, sin disponerse,
y casi sin poder reconocerse?
¿Y por qué causa Dios puso á mi vista
tanta muerte imprevista,
sino para advertirme, que mirara
que una muerte impensada no es tan rara,
y viendo quánto el riesgo es inminente,
en la cabeza de otros escarmiente?
¿Quántas veces me he visto conturbado?
el tiempo y la pasion me han disipado,
pero el peligro dura, y es el mismo;
no se ha cerrado el infernal abismo,
la vida se consume, el gusto insiste,

y siempre viva la amenaza exîste.
Así se ve cumplir exâctamente
lo que predixo Dios al delinqüente,
quando con voz severa le decia,
tú temblarás desde la noche al dia.
La mañana dirás ¿quién me asegura,
que esta noche tambien mi vida dura?
y por la noche tu inquietud tirana
dirá ¿quién te asegura hasta mañana?
¡O formidable horror de la conciencia!
¿hasta dónde no llega tu influencia?
¿quién no escucha tus gritos pavorosos?
En los palacios ricos y suntuosos,
en los tronos excelsos de los Reyes,
en los pechos de aquellos que dan leyes,
en los grandes lugares tumultuosos,
en el pobre confin de las cabañas,
y hasta en la soledad de las campañas
todos oyen tus gritos vengadores,
primer tormento de los pecadores.
¡O Dios! ¡qué horrible pena! ¡qué disgusto
es vivir siempre en tan terrible susto
con riesgo tan posible é inminente,
y deberse decir continuamente,

si muero en el estado en que me veo,
¡desdichado de mí, pues que soy reo;
pues esclavo infeliz de mi pecado
seré al instante mismo condenado!
¿Quién puede soportar tal pensamiento?
¡Qué estado santo Dios! ¡y qué tormento!
Pero este es un tormento saludable,
la desgracia seria irreparable,
si el enfermo en su mal fuera insensible.
Despues de haber pecado, no es posible
encontrar mayor bien, mas importante
que este remordimiento devorante.
El inquieto interior deshacimiento,
la pavorosa luz del escarmiento,
y perturbada agitacion activa
son señal de que el alma aun está viva.
Miéntras nos dura de la vida el curso,
del pecador que yace en triste suerte,
es el postrero, y el mejor recurso,
paso primero del que se convierte,
que ya empieza á alejarle de la muerte,
y quanto mas su corazon consterna,
le acerca mas á la salud eterna.
Quanto mas el terror es espantoso,

y mas pierde el delito su reposo,
mas produce felices conversiones,
ménos sujeto está á las ilusiones;
no cabe en él engaño, su destino
es sin error llevarnos al camino.
En fin el bien mas alto, mas sublíme,
y digno de que el alma mas le estime,
son estas inquietudes y tormentos.
No son mas que divinos llamamientos,
luces que el cielo al pecador envia,
para ponerle en la derecha via,
son gracias con que Dios le favorece,
y el cordero sin mancha le merece;
pues Jesuchristo, Dios crucificado,
con su muerte y pasion las ha alcanzado.
Entra pues al instante en tu conciencia,
exâminala bien, y con paciencia
registra los rincones de tu pecho.
Mira bien lo que piensas, lo que has hecho,
observa tu intencion, lo que deseas,
cómo tu tiempo y tu cuidado empleas,
si cumples tu deber con eficácia,
y si puedes estar de Dios en gracia.
Si así lo esperas, si te encuentras quieto,

si á la ley de tu Dios siempre sujeto
te hallas con la conciencia sosegada,
y por mas que la estudias, no ves nada,
que con razon pudiera conturbarte,
nada esencial, que pueda baldonarte;
levanta el corazon, al cielo asciende,
da gracias al Señor, de quien desciende
bien tan inmenso al hombre miserable,
y que sostiene un barro deleznable,
pero con nuevo ardor, nuevo cuidado
procura conservar tan dulce estado,
y que nunca el pecado ni su imágen
tan divino placer en tu pecho ajen.
Si te inspira inquietud, si tienes duda,
que tu razon al punto la sacuda,
no pares hasta instruirte y enterarte,
procura de esta espina libertarte,
y salir de un estado que indolente
pudiera transformarte en delinqüente.
Pero si tu conciencia tenebrosa
te presenta una sombra de pecado,
si te dice su voz que estás culpado,
que no se pare un punto, y presurosa
corra á buscar remedio á mal tan grave.

Busca un Ministro, que tu mancha lave,
y que en nombre de Dios tu culpa entienda,
tu humilde labio le prometa enmienda;
que te perdone, que su luz te auxîlie,
y con tu Dios tu alma reconcilie.
Entónces, perdonado aquel exceso,
lograrás descargar su enorme peso,
y dexará lavada tu conciencia
el agua amarga de la penitencia.
¡Dios eterno! ¡Dios santo! no permitas
por tus misericordias infinitas,
que sufran otra vez las ansias mias
las funestas mortales agonías,
las penas, las congojas y temores,
las duras inquietudes y terrores,
y por fin el tormento y la amargura,
que sufre siempre la conciencia impura.
Pero piadoso Dios, si por desgracia
yo perdiera infeliz tu santa gracia,
si cayera otra vez en el pecado,
te pido Dios amado,
que léjos de calmar mis turbaciones,
aumentes mi dolor y agitaciones,
porque no cayga en la desgracia horrible

de ser á mis desdichas insensible,
de estar con falsa paz que no remuerde,
que dulce lisonjea, y al fin pierde.
Miéntras tú con latidos me amenazas,
y con dolor á mi alma despedazas,
entiendo que me dices con tus gritos,
que yo expiar procure mis delitos,
que tienes suspendida la venganza,
y que abres una puerta á la esperanza;
pues quando el pecador está en reposo,
y que tú te mantienes silencioso,
este silencio es prueba muy sensible
de que tu indignacion es ya terrible,
que el dia de la cólera se acerca,
y su última desgracia ya está cerca.
¡Hablame pues, Señor, tu siervo escucha,
haz que sea voraz mi interna lucha,
que mas no se alucine mi conciencia,
y que busque la austéra penitencia.
Oye la voz de mi doliente llanto,
abre mi corazon á tu amor santo,
que no tenga otro ardor, otro deseo,
y sea de mi vida único empleo.

POEMA XIV.

LAS AFLICCIONES DEL JUSTO.

PARTE PRIMERA.

No solo Dios al pecador aflige,
y con penas ligeras le corrige,
alumbrando el error que lo extravia;
tambien al inocente las envia,
y el justo, si el amargo caliz bebe,
gana con ellas, y alabarle debe.
Muestrame ¡ó Dios! los bienes escondidos,
que el justo sabe hallar en la aspereza,
que es tan contraria á la naturaleza,
y es superior á todos los sentidos.
Dios prueba al justo con las aflicciones.
A Job lo puso en muladar inmundo,
quitándole los bienes de este mundo,
y lo llenó de injurias y baldones.
A nuestro padre Abrahan le manda fuerte
al hijo que queria, dar la muerte.
A Tobías tambien quita la vista,
y tantos otros justos cuya lista

seria dilatada, pero á todos
los ha probado Dios por varios modos.
Nosotros protestamos fervorosos
á nuestro Dios con ánimo sincero,
que á pesar de tormentos rigurosos
queremos darle el corazon entero.
Le decimos con ánsias encendidas,
que perdiéramos ántes muchas vidas
que hacer nada que pueda disgustarle;
que el mundo, que el dolor, y triste suerte,
en fin que ni el infierno ni la muerte
no podrán de nuestra alma separarle.
Sin duda que á tu Dios, si así le hablas,
llegan con el incienso tus palabras,
y las presta un oido favorable;
mas no basta que el labio fácil hable,
es menester que fieles los afectos
junten con las palabras los efectos:
una prueba te pide su clemencia,
y no hay prueba mejor que la paciencia.
No es porque Dios, hablando propiamente,
para sí de esta prueba necesite,
pues que ve el corazon, mira la mente;
pero quiere que el justo se exercite,

que registre en el fondo de su abismo,
y se conozca dentro de sí mismo.
¿Quántas veces al hombre alucinado
su propio corazon tiene engañado?
David distante de las ocasiones
asegura, que su alma no flaquea;
mas viene la ocasion, y en las pasiones,
con que violento su placer le atrae,
no solo vacilante titubea,
sino tambien precipitado cae.
Si fuera menester morir contigo,
decia Pedro á su mejor amigo,
yo no te dexaré; y una criada,
muger comun, y distinguida en nada,
con una sola voz le desconfia,
y le induce á una horrible alevosía.
¿Quántos justos se creen asegurados,
porque en el puerto exîsten sosegados;
mas si salen al mar, si sopla el viento,
si la primer borrasca les embiste,
su débil nave á ella no resiste,
y naufragan con ímpetu violento?
Hombres somos, y débiles nos vemos,
nuestra propia miseria conocemos.

¿ Cómo el humano corazon se eleva,
ántes de haber pasado por la prueba?
¿ Quántas veces yo mismo prosternado
santas resoluciones he formado?
¿ quántas veces yo mismo me he creido
capaz de padecer, y sufrir fuerte
por tí, Jesus divino, hasta la muerte?
y ¿ quántas ¡ ó mi Dios! triste he caido
y todo mi valor se ha desmentido?
Tambien el cielo al justo purifica,
le hace el caliz beber hasta las heces.
El Espíritu Santo nos indica,
que el justo cae al dia siete veces,
que por mas justo y santo que es el hombre,
y por mas que merezca este renombre,
tiene defectos, bien que imperceptibles,
que á los ojos de Dios son reprehensibles.
Es sin duda que siente muchos males,
deseos demasiado naturales,
una secreta y eficaz tendencia,
que le arrastra al placer con su violencia,
de las cosas humanas mucho gusto,
un amor de sí mismo hasta lo injusto,
en fin muchas tibiezas, negligencias,

y á la gracia contínuas resistencias.
Estas á la verdad son nubes leves,
pero el cristal de la virtud empañan;
manchas ligeras, y borrones breves,
pero á la gracia y á su impulso dañan.
¡ Hombre feliz ! ¿ á que alta esfera subes,
quando quiere la amable providencia
disipar las tinieblas, ó las nubes,
que obscurecen ó empañan tu conciencia?
¿y qué medio mejor que la paciencia?
porque en fin estas faltas, si se ensanchan,
no afean nuestras almas, mas las manchan;
estos leves defectos no desvian
la amistad de su Dios, pero la enfrian;
no destruyen la paz, mas la vulneran;
no rechazan la gracia, mas la alteran;
y con muchas pequeñas distracciones
detienen las divinas impresiones.
Finalmente la vida no la quitan,
mas la hacen enfermar, la debilitan;
y como Dios las ama,
por esos medios hácia sí las llama;
son un oro precioso,
que deben con el fuego vigoroso

de las tribulaciones ser purgadas,
para poder quedar purificadas.

Dichoso aquel mortal, que convencido
de que todo en el mundo es dirigido
por tu divina mano,
se somete á tu arbitrio soberano;
que sabiendo, que al hombre que castigas,
en tu paterno corazon le abrigas,
te ofrece humilde en tus sagradas aras
el rigor, que tú mismo le preparas.
La gracia se lo dice, y él lo siente;
es verdad que el mortal es miserable,
que su naturaleza deleznable
del peso de tu yugo se resiente,
y quiere sacudir con violencia;
mas no escuches, Señor, su resistencia,
sostén solo su mísera flaqueza,
y acaba la obra, que tu gracia empieza.

Quando Dios hace al justo miserable,
afirma su virtud, y la hace estable.
La experiencia y la fe le han enseñado,
que esto solo le dexa asegurado.
Nunca deben temer tanto los justos,
como quando engañados temen ménos,

y nunca estar pudieran mas serenos,
que quando viven con inquietos sustos
porque aquel que prudente desconfia
de su propia conducta y valentía,
el socorro de Dios á buscar viene,
y halla en él el esfuerzo, que no tiene.
Estos son los efectos que producen
esos males, que tanto aborrecemos,
viendo que superarlos no podemos,
al Señor por la mano nos conducen.
Las penas y las duras aflicciones
despiertan las dormidas atenciones,
á buscar el remedio nos obligan,
y quanto mas terribles nos castigan,
mas alzamos á Dios los corazones.
Nos hacen conocer nuestra flaqueza,
nos hacen descubrir los precipicios,
nos inspiran horror para los vicios,
y desprecio tambien de la grandeza.
Nos muestran de los riesgos lo profundo,
y nos alejan con terror del mundo,
de cuyo falso alhago y desvarío
nos descubren la nada y el vacío.
Nada hay que pueda al hombre vacilante

dar virtud tan segura y tan constante,
como tener de sí desconfianza,
y poner en Dios solo su esperanza.
Ve aquí los fundamentos verdaderos
de los que son católicos sinceros.

PARTE SEGUNDA.

Ponme, mi Dios, sobre estos fundamentos,
viendo mi corazon débil y vario,
no me atrevo á pedirte sufrimientos;
mas, Señor, si sufrir es necesario,
para que la virtud constante sea,
nada sino sufrir mi alma desea.
Dame pródigo penas y rigores,
que veré como gracias y favores;
ya preparado estoy á recibirlos,
pero dame la fuerza de sufrirlos.
En fin en la afliccion y la tormenta
no solo el justo su virtud aumenta,
sino tambien la afina y perfecciona.
Conoce que su Dios no le abandona,
pues entre tantas penas é inquietudes
le sostiene á pesar de su miseria.

Ve que tambien le ofrece la materia,
en que pueda exercer nuevas virtudes,
para que en incesante sacrificio
las perfeccione con el exercicio.

Entónces es su fe mas luminosa,
su esperanza mas viva y mas segura,
su caridad mas santa y fervorosa,
su religion mas sólida y mas pura,
en fin la humanidad y la paciencia,
que de otras mil virtudes son fecundas,
echan raices mucho mas profundas,
y todas con la sal de la prudencia,
por el medio fiel de la constancia,
opimos frutos dan en abundancia.

El justo pide á Dios que le redima
de tantas y tan duras aflicciones,
sobre todo le ruega que le exîma
de la violencia de las tentaciones;
mas Dios zeloso de su propia gloria,
y porque obtenga superior victoriá,
le dice á veces lo que á Pablo dixo,
es para tí mejor, mas provechoso
sufrir peso de males tan prolixo,
que descargarte de su afan honroso.

Estas serán sin duda nuevas pruebas
que dan á tu valor nuevos empleos;
pero verás, si el corazon elevas,
que estas nuevas batallas, luchas nuevas
te pueden producir nuevos trofeos.
Combate con valor sin arrogancia,
á la vista estoy yo de los debates,
y yo te animo quando tú combates;
ármate pues de ardor y de constancia;
mas aprovecha una hora de desvelos,
que los años enteros de consuelos.

¡O méritos preciosos, adquiridos
por los trabajos con amor sufridos!
¿Y quién, teniendo fe, si Dios le envia
de los mayores males la violencia,
no los toma, no digo con paciencia,
sino tambien con gozo y alegría?

No es así como el mundo lo concibe,
el mundo siempre en el engaño vive:
si mira á Job, que yace abandonado
en un vil muladar, sufriendo penas,
si ve á Joseph que atado á sus cadenas
en obscura prision está arrehojado
ó á David por Semey perseguido,

en fin, á tantos justos que han sufrido,
¡qué mortal infeliz! al punto dice;
pero el mundo es el ciego, el infelice,
pues los llama mortales desdichados,
y Jesuchristo bienaventurados.

¿Dónde está nuestra fe? pues la apariencia
nos persuade mejor que su creencia:
si Dios aflige al justo, es porque le ama,
y si le amara ménos, bien pudiera
dexarle perecer de la manera
que dexa al que feliz el mundo llama.
Le dexara gozar algunos dias
de sus falsos placeres y alegrías,
y quando al fin el término llegara
de que execute su final justicia,
condenando del mundo la malicia,
con el mundo tambien le condenara.

Nadie se espante pues, si triste advierte,
que un justo sufre desdichada suerte,
y que vive en la pena y el disgusto:
quizá padece tanto, porque es justo,
y de serlo tambien quizas dexara,
si con suerte mas próspera alentara.
El santo de los santos ha sufrido,

como hombre de dolor ha padecido,
y es el modelo de predestinados.
Dichosos solos, bienaventurados
los que imitan sus santos sufrimientos,
y los saben unir con sus tormentos.
Si los santos que reynan en el cielo,
pudieran recibir un desconsuelo,
no seria que míseros vivieron,
y que muchos tormentos padecieron,
ántes su amor quisiera enardecido,
tanto como su Dios haber sufrido.
Los que en la tierra son mas castigados,
en el cielo se ven mas elevados.
La cruz es la señal del escogido,
los que de esta señal no estan marcados,
entrar no pueden en la eterna gloria,
que solo se concede á la victoria.
Nosotros somos hijos del calvario,
y es tambien nuestro asilo y nuestro puerto,
es paso para el cielo necesario,
es el lugar en que Jesus ha muerto,
en que toda su sangre ha derramado,
y con ella nos ha regenerado.
Este adorado padre moribundo,

abandonando al infelice mundo,
no ha dexado á sus hijos otra herencia
que su gracia, su cruz, y su paciencia;
que nuestra alma la acepte sometida,
y que de tanto bien agradecida
los dones de la cruz en mucho estime,
y disfrute una herencia tan sublime.
La vida es breve; el término se acerca,
la muerte que rodea, ya está cerca,
suframos algun tiempo todavia,
que no está léjos del descanso el dia,
nuestro Dios como Dios nos recompensa,
y da por penas cortas dicha inmensa.
Tú has sufrido por mí, Jesus amante,
y quando tierno por mis culpas mueres,
¿podré quejarme, si piadoso quieres,
que yo sufra por ellas un instante?
¿No debiera al contrario complacerme
de esta piedad, y de que quieres verme
tener contigo alguna semejanza,
elevando hasta el cielo mi esperanza?
Por un efecto de tu amor eterno,
tú me has librado del horrible infierno,
y en lugar de sus penas infinitas

con penas pasajeras me desquitas.
¿ Quién tuviera, mi Dios, con que pagarte?
¿ quién tuviera mil almas para amarte?
pero despues de todo yo quisiera
tener alguna cosa, que ofreciera
á los pies de la cruz en que moriste.
Veo en ella la sangre que vertiste,
por salvar á los hombres pecadores;
te pido por lo ménos ¡ó Dios santo!
que yo mezcle tu sangre con mi llanto,
que junte mi dolor con tus dolores.

Yo sufriré, mi Dios, pues tú lo quieres,
renunciando á delicias y placeres;
yo sufriré, pues que tu amor sufria,
sufriré sin ponerte resistencia,
sufriré sin quejarme, con paciencia,
y quisiera decir con alegría,
juntaré mis pequeños sufrimientos
con tus terribles bárbaros tormentos,
y tierno besaré como buen hijo,
los pies de tu sagrado crucifixo.

Elevaré mi espíritu á que asista
á la escena horrorosa del calvario,
y al infierno tambien, si es necesario.

¿ Quién se podrá quejar con esta vista?
pues allí podrá ver los desdichados,
que sufren mas que yo, sin mas pecados.
En fin, Señor, me miraré á mí mismo
como un hombre, que sale de un abismo,
como vil delinqüente reprobado
á las penas eternas condenado,
y que estás esperando con paciencia
para darle lugar á penitencia.
Sostén pues mi flaqueza con tu gracia,
y presta á mis deseos eficacia.
¡ Feliz yo! si despues de mis ofensas,
de culpas tan enormes como inmensas,
por tus méritos santos é infinitos
dignas de perdonarme mis delitos.

POEMA XV.

EL ESCANDALO.

PARTE PRIMERA.

Si hay un monstruo feroz en este mundo,
si hay un mal de otros males tan fecundo,
que no contento con sus propios daños
extenderlos intenta á los extraños,
el escándalo lo es, monstruo terrible,
de cuyo ser maligno es imposible,
por mas que nos queramos dar idea,
formar ninguna que completa sea.

Pecado odioso, de malicia tanta,
que temerario á un tiempo se levanta
contra su Dios, de quien la gloria ofende,
contra Jesus, de quien destruir pretende
el edificio que compuso y rige,
contra la madre Iglesia á quien aflige,
y en fin contra las almas que inficiona,
y en sus mismas cadenas eslabona.

Tú lo dixiste, Redentor querido,
el oráculo triste se ha cumplido,

y se cumple tambien todos los dias.
Por los muchos escándalos, decias,
¡ ay del mundo infeliz ! Todo pecado
es rebelde á su Dios ; pero éste osado
le ataca en derechura : el que lo hace,
en el mismo pecado se complace.
Los demas quedar suelen sepultados
en las tinieblas, en que estan formados;
éste altivo la máscara se quita,
y con su mal exemplo á otros excíta.
El que en otros pecados triste vive,
cierto coto á sí mismo se prescribe;
todavia á su Dios algo sujeto
le conserva algun poco de respeto,
no desconoce en todo su malicia,
y tiene algun temor de la justicia,
en fin tiembla, rezela y se avergüenza;
el escándalo va con desvergüenza,
hollando los divinos mandamientos,
sofocando los buenos sentimientos,
que la razon y religion inspiran.
Desprecia á quantos sus delitos miran,
y parece que se arma su osadía
contra la superior soberanía

del inmenso y eterno omnipotente,
á quien guerra declara el insolente.
¿Cómo es posible, ó Dios, que el hombre insano
blasfeme tanto de su Soberano,
de su santa justicia á quien acusa,
de su misericordia de que abusa,
y en fin de su divina providencia,
pues induce á dudar de su exîstencia?

El pecador que su pecado esconde,
á sí mismo en secreto se responde,
porque le dice un íntimo reclamo,
que hay un Dios vengador, que tiene un amo,
y su mismo recato manifiesta,
que tranquilo no está, que algo le cuesta.
El rubor que abochorna su semblante,
quando su culpa viene á descubrirse,
acredita que puede arrepentirse,
que no está de su mal tan ignorante,
es sentir de algun modo sus errores;
mas quitarse el pudor y los temores,
y marchar con el cuello levantado
es jactarse, hacer gloria del pecado,
añadiendo con doble apostasía
el horror del insulto á la osadía.

¿Quién podrá creer ¡ó Dios! que el hombre aje
tanto tu gloria, y que tu nombre ultrage?
¿Quién puede concebir que los christianos,
que son tus hijos, y que son hermanos,
en lugar de ayudarse y socorrerse,
trabajen mutuamente por perderse?
¿que unos y otros se empujen ellos mismos,
para precipitarse en los abismos?

El escándalo tiene atrevimiento
de querer arrancar el fundamento
del edificio, que la Iglesia ha visto,
y que en ella ha fundado Jesuchristo.
Jesuchristo á la tierra no ha baxado,
sino para dexar bien entablado
el reyno de su Padre, hacer que el hombre
adore humilde su divino nombre,
le tema, y sobre todo que le ame,
que en el amor de la virtud se inflame,
todos los vicios reducir á ruina,
y sobre ellos plantar su obra divina.
Esta fué su mision y sus fervores,
en esto se emplearon sus sudores.

El escándalo todo lo destruye,
y otro edificio en su lugar construye;

aniquila la grande maravilla,
intimidando á la virtud sencilla,
y autorizando al insolente vicio,
echa por tierra todo el edificio.
Así, Jesus amable, tú veniste,
amargos dias de dolor viviste,
tu vida en una cruz has acabado,
en fin toda tu sangre has derramado,
por hacernos felices y acogernos;
y el escándalo quiere, por perdernos,
que no puedas lograr lo que deseas,
y destruir totalmente tus ideas.
Sí, Jesus; el escándalo procura
aniquilar de tu obra la hermosura,
su imperio establecer sobre tu imperio,
hacer nulo y esteril el misterio
de la divina cruz, en que moriste,
el mérito quitaros, la eficacia
á la preciosa sangre que vertiste,
y hacer vanos los dones de tu gracia
con su fatal mortífero veneno,
arrancar de tu mano y de tu seno
esas almas, que tanto te costaron,
y por quienes tus ánsias prodigaron

tantas afrentas, tantos sufrimientos,
tantas penas, dolores y tormentos.
¡Ah vil escandaloso! ¿cómo tienes
valor de malograr tan altos bienes?
tú deshonras, tú insultas á tu padre,
¡mas cómo afliges á tu tierna madre!
á esa madre la Iglesia, que amorosa
está de tu conducta vergonzosa,
porque tú eres su oprobrio, eres su afrenta.
Mira como á sus hijos siempre atenta
los guia, los dirige, los conduce.
¡Quántos socorros próvida produce!
Sacrificios sagrados, instrucciones,
sacramentos, oficios y oraciones.
Y quando ella feliz los encamina
al cielo con la luz de su doctrina,
tú vienes de repente, los desvias,
hácia la perdicion los extravías:
maligno en alejarlos te complaces,
y lo que ella trabaja tú deshaces;
tú la pierdes los hijos que atesora;
por tí y por ellos desolada llora,
y quando puedes ver que se contrista,
tú la pones tu escándalo á la vista.

¡Ah injusto! tanto amor, ingrato, pagas
con hacerla en el pecho muchas llagas,
su autoridad sagrada desconoces,
sus prácticas devotas no conoces,
tú haces nulo su santo ministerio,
y la quietud alteras de su imperio.

Si preguntas al triste caminante,
¿por qué parece tan desconsolada?
¿por qué causa se mira despoblada
esta ciudad, que un tiempo fué brillante?
¿por qué sus moradores tan dispersos?
¿por qué son sus destinos tan adversos?
¿por qué cubierta de tristeza y duelo,
solo se oyen gemidos en su suelo?
¿y por qué su santuario tan lucido,
tan desierto se ve y abandonado?
te dirá con acento dolorido,
que el escándalo vil ha marchitado
toda la pompa de su lustre hermoso,
que el edificio santo ha desquiciado,
y que gime doliente y sin reposo.

¿Qué mayores, mas vivas pesadumbres,
qué guerra mas feroz pudo el averno
suscitar á la Iglesia, que este eterno,

indócil corruptor de las costumbres?
Esta es la espada de dolor aguda,
que su piadoso corazon traspasa:
así su vida entre gemidos pasa,
y á su divino autor le pide ayuda.
Es una madre que afligida llora,
una Raquel que mísera deplora,
y sus ojos tan mustios se aperciben,
porque sus tiernos hijos ya no viven.
El escándalo ha sido el hijo ingrato,
que á la madre mas dulce da mal trato,
vívora de mortífero veneno,
que nace injusto, y la destroza el seno.
Pero no solo con rabiosa furia
á su adorable madre tanto injuria,
sino tambien con halitos profanos
emponzoñar pretende á sus hermanos.
Para esto los adula, mas los muerde,
quanto mas los alhaga, mas los pierde.
¡Perder las almas, Dios! ¿cómo decirlo?
¡corromperlas! ¿quién puede concebirlo?
¡llevarlas, conducirlas al infierno!
¡qué delito! ¡qué horror! ¡ó Dios eterno!

PARTE SEGUNDA.

Robar, dexar á un hombre despojado
de bienes muy quantiosos es pecado,
es gran delito de su honor privarle,
darle muerte, y el pecho traspasarle
con agudo puñal es atentado,
que penetra de horror solo pensado.
Estos son males graves, males fieros,
mas quitarle no bienes pasageros,
no una reputacion frágil y obscura,
no una vida infeliz, que poco dura,
sino los altos bienes celestiales,
para entregarlo á los eternos males,
tanto horror esta idea al alma ofrece,
que el corazon de espanto se estremece.
¡O mortal! si tu hermano te ha enojado,
si te sientes colérico y ayrado,
si hasta encontrar venganza no respiras,
es menor mal exercitar tus iras
en quitarle el caudal, en deshonrarle,
de los dias que vive despojarle,
y no dexarle en fin quietud ni calma,
pero respeta la salud de su alma.

¡Perder las almas! ¡duro pensamiento!
que horroriza al humano entendimiento.
Es dar de su fiereza testimonio,
es hacer el oficio de demonio,
es ser furia implacable del averno,
exêcrable emisario del infierno.

Los Ministros de Dios corren fervientes,
pasan mares y tierras diligentes,
se introducen en bárbaras regiones
de salvages, de rústicas naciones,
que con flechas el pecho les traspasan,
vierten su sangre, y estos riesgos pasan,
por si pueden llevar una alma al cielo;
¿y tú sin tanto afan, tanto desvelo,
sin correr tierras, ni pasar los mares
al infierno los llevas á millares?

Así pues de esos míseros christianos,
que como hijos de Dios son tus hermanos.
y por quienes Jesus tambien ha muerto,
tú quieres de su pérdida estar cierto,
y para eso en el mal los introduces,
caminan al abismo, y los conduces.
¿Temes pues, que el postrero de tus dias
no te ofrezca bastantes agonías?

¿temes que quando á juicio te presentes,
no halles allí fiscales suficientes?
¿ó temes que en las penas que se siguen,
verdugos no hallarás, que te castiguen?
¿Por qué pues á los tuyos inhumanos
añades el furor de tus hermanos,
que griten contra tí, que te amenacen,
y con rabia feroz te despedacen?

¿Quién creyera, mi Dios, que tan fecundo
de escándalos tan viles fuera el mundo?
¿quántos exemplos, que terror inspiran,
se conocen, se saben y se miran?
Parece que los hombres en la tierra
solo se juntan para hacerse guerra,
para inducirse al vicio abiertamente,
y darse muerte al alma mutuamente.
El mal exemplo plácido y brillante
corre el mundo magnífico y triunfante,
se le ve en los discursos sin embozo,
que se oyen tanto al viejo como al mozo,
en los que son de equívoco sentido,
que el veneno conducen escondido,
por eso mas sutil y peligroso.

Se le ve en tanto libro pernicioso,

en que el incauto con la muerte encuentra,
y que á las almas por los ojos entra,
alguna vez tan cautelosamente,
que el tósigo se bebe, y no se siente,
ni se descubren sus astutas mañas,
sino quando estan rotas las entrañas.
¡Ah quántos inexpertos se embarcaron,
y en este oculto escollo naufragaron!
Se le ve en las pinturas inmodestas,
que excitan las pasiones deshonestas
de que hasta los christianos hacen gala,
y se ven sin rubor en tanta sala;
se le ve en estos modos despejados,
tan profanos, y poco reservados,
en esos ayres libres é inmodestos,
en los trages que son tan poco honestos,
en esas vestiduras indecentes,
en posturas obscenas, delinqüentes,
que son de corrupcion grandes indicios,
y estímulos muy vivos de los vicios.
Se le ve en esas máxîmas perversas,
al moral del christiano tan adversas,
y que el mundo sin término propaga
¡Ay mi Dios! ¡quánta herida! ¡quánta llaga

hacen en los humanos corazones!
¡y qué tercas que son sus impresiones!
se le ve en todo tiempo, en todas partes,
ya con claro designio, ya con artes,
en las calles, las casas y los templos,
y en los que deben dar buenos exemplos.
Y tú en tanto, Señor, Dios infinito,
¿con qué ojos puedes ver tanto delito?
¿Cómo toleras, sin que te importunes,
desacatos que se hacen tan comunes?
y no solo en la gente desalmada,
sino tambien entre la gente honrada,
en lo que llaman buena compañía;
y ¡cómo se les escapan cada dia
las palabras impuras, licenciosas,
con el título fútil de jocosas!
¡Cómo á los otros burlan y chancean,
por poca devocion que en ellos vean!
¡cómo tambien se mofan indecentes
de todos los afectos penitentes,
de ciertos exercicios, ciertos votos,
que adopta la virtud como devotos!
¡Con qué profanidad no se componen,
aunque á la ofensa del Señor se exponen!

¡ Cómo van á la Iglesia con descaro,
sin mostrar ni respeto, ni reparo!
¡ Cómo olvida su osado desacato
las leyes de la Iglesia sin recato!
¡ y cómo en fin con insidiosa maña,
á la virtud persiguen con zizaña,
ya con la mofa, ya con el desprecio,
y si las buenas almas á ella vienen
movidas de la gracia con aprecio,
si alejarlas no logran, las detienen!
¡ Quántos de la virtud perseguidores
habrán con sus exemplos seductores
estragos y ruinas producido!
¡ quántas almas, ó Dios, se habrán perdido!
No ignoran tu castigo riguroso,
tú has dicho, hablando del escandaloso,
mejor al infeliz hubiera estado,
en el fondo del mar ser arrojado
con una piedra al cuello: y añadiste:
á tu hermano infeliz tú le perdiste;
su sangre me da un grito dolorido,
es esta sangre la que yo te pido,
y no te he de dexar ni paz ni calma,
tú me responderás alma por alma.

Tú dixiste, y mi pecho se horroriza,
si tu mano ó tu pie te escandaliza,
cortalos al instante; que mas vale
al que muriendo de la tierra sale,
abandonar en ella este despojo,
y penetrar el cielo manco ó cojo,
para gozar sus bienes soberanos,
que no con los dos pies y las dos manos,
llevarlas á sufrir tormento eterno
en las terribles penas del infierno.

¿Qué nos podia tu piedad decirnos,
que fuera mas activo para instruirnos?
¿qué amenazas mayores proponernos?
¿con qué freno mas fuerte contenernos?
y con todo, Señor, ¡quién lo diria!
es comun el escándalo en el dia;
no solo continúa, sino se aumenta,
pocos de tus castigos hacen cuenta,
de tu dulce paciencia el mundo abusa,
ninguno del escándalo se acusa,
quando no basta solo confesarlo,
sino que es necesario repararlo;
pues perdon tu justicia no concede
al que no lo repara, quando puede.

¡Santo Dios! hasta aquí no conocia
todo el error de su malicia impía;
¡insensato de mí, que hacia alarde!
ya la conozco; ¡ pero quánto es tarde!
ya está podrida la funesta llaga,
ya veloz cunde, activa se propaga,
su veneno fatal se ha difundido,
y el tósigo mortal ya está bebido.
¡Quién pudiera atajar sus influencias!
si del dolor amargo las violencias
bastaran á curar tal desvarío,
yo pudiera esperar sanar del mio;
mas tú quieres tambien que se repare.
Pues bien, Señor, permite te declare,
que ya desde hoy te ofrezco cuidadoso,
vivir en adelante religioso,
procurando borrar las impresiones,
que producir debieron mis pasiones,
que voy á promover, por quantos modos
puedan caber en mí, que te amen todos,
que intento desquitar con este oficio
los muchos que alejé de tu servicio:
acepta estos deseos absolutos;
pero ¿quién sino tú dará los frutos?

POEMA XVI.

LA PENITENCIA.

PARTE PRIMERA.

¿Qué seria del hombre miserable,
que en este mundo errante y deleznable
sin velas, ni timon navega incierto,
si Dios, para que llegue bien al puerto,
con dulçe providencia
no le hubiera una tabla preparado?
Esta tabla es la austera penitencia,
por ella sola obtiene la clemencia,
por ella se perdona su pecado,
y si á dexarlo firme se resuelve,
á la gracia de Dios otra vez vuelve.
Pero hay dos penitencias, y con ámbas
al pecador la Iglesia justifica;
quiere que el penitente use de entrambas,
y en su remedio una y otra aplica,
la una exterior, que aflige á los sentidos,
cómplices de los yerros cometidos;
la otra interior, que el corazon resiente:

de ámbas usa el christiano penitente,
que hace una penitencia fervorosa;
porque fuera ilusion muy peligrosa,
y con todo comun entre la gente,
pensar que la exterior no es necesaria,
para que el hombre expie su pecado.
La Iglesia nunca varia
este funesto error ha reprobado.
Sin duda la interior, quando es sincera,
es la que mas el cielo considera,
y la que mas segura guia al puerto;
pero tambien es cierto,
que la que rigurosa al hombre aflige,
derecha al mismo puerto le dirije,
y para perdonar al que es culpable,
es eficaz como es indispensable.
Del christiano moral es fundamento,
que de la culpa el vil atrevimiento
solo la penitencia justifica,
que la sangre la mancha purifica,
que el que de tal borron quedó infestado,
para que quede limpia su conciencia,
debe lavarlo con la penitencia;
que pues el cuerpo concurrió al pecado,

y nos seduxo, como falso amigo,
víctima debe ser en el castigo,
con que debe purgarse el atentado;
que cómplice del mal y su instrumento
parte debe tener en el tormento.

El Evangelio y toda la Escritura,
quando nos hablan de la penitencia,
que nos puede inspirar alguna calma,
con voz firme y segura
entienden la del cuerpo y la del alma.
"El que quisiere ser, Jesus nos dice,
„mi discípulo fiel, que se renuncie,
„que cargue con su cruz, y que me siga.
„Para entrar en el reyno de los cielos,
„es fuerza arrebatarlo con violencia;
„el camino que guia hácia la vida
„es estrecho, y son pocos los que le andan;
„yo no traxe la paz, sino la guerra."
Tales son los oráculos sagrados
por la verdad eterna pronunciados;
y ve aquí como el hombre debe armarse,
para tomar esfuerzo y superarse.

El grande Apóstol, el christiano Maestro,
que ha aprendido en su escuela, y fué tan diestro

en seguir tan dificiles caminos,
explica estos oráculos divinos.
San Pablo dexó escrito: los que tratan
de imitar á Jesus crucificado,
para poder seguir este dechado;
crucifican su carne, la maltratan,
pues los rigores de la penitencia
quitan todo el poder á su violencia.

De modo que el que así se santifica,
el corazon no solo sacrifica
con el dolor de la divina injuria,
sino tambien la carne, esa vil furia,
que siempre flaca, siempre delinqüente
al espíritu indómita combate,
que se muestra tenáz, desobediente,
y las mas veces pérfida le abate.

El deber que á los otros imponia,
para sí mismo Pablo le tomaba.
Yo castigo mi cuerpo, nos decia,
y en efecto cruel le castigaba;
yo le reduzco á servidumbre dura,
porque fuera locura,
quando á los otros fiel he predicado,
venir á ser yo mismo reprobado.

Todos los Santos con la luz divina
de este modo entendieron su doctrina,
y se les vieron siempre entre las manos
todos los instrumentos inhumanos,
que afligen y maltratan los sentidos,
y con su propia sangre ya teñidos.
Cubiertos del cilicio y la ceniza
miraban el placer con ojeriza,
y con zelo ferviente é inexhausto
ofrecian su cuerpo en holocausto.

Se les ha visto pobres, macilentos,
de ayunos y vigilias extenuados,
entre cruces, angustias y tormentos,
con miembros ó torcidos, ó alterados,
con pálidos semblantes descarnados,
y con otras mil señas, que mostraban
el rigor con que siempre se trataban,
y á pesar de una vida tan severa,
y de una penitencia tan entera,
trémulos todavia vacilaban,
con inquieto terror no sosegaban,
y decian los unos á los otros,
¿el Señor, á quien hemos ultrajado,
habrá nuestros delitos perdonado?

¿qué será Dios eterno de nosotros?
Si así tiemblan los que hacen penitencia,
vednos, Señor, con ojos de clemencia.
Pero si estos exemplos tú no has visto,
voy á mostrarte el mas extraordinario.
Marchemos en espíritu al Calvario,
y mira muy atento á Jesuchristo.
Mírale padecer muerte cruenta,
este es el grande, el superior modelo,
que á los christianos ha propuesto el cielo.
¡Santo Dios! ¿qué espectáculo presenta
tu amor á nuestra fe que está asombrada?
Tu divina cabeza coronada
de espinas que feroces la atraviesan,
tus bellos ojos de llorar no cesan,
tu boca, en que reynaba la dulzura,
está llena de hiel y de amargura,
tus celestiales manos taladradas
contra un duro madero estan clavadas,
tu dulce corazon está partido
con una lanza, que cruel le ha herido,
todo tu cuerpo roto, ensangrentado,
y con llagas profundas destrozado.
Pero tantos tormentos inauditos,

esa sangre, esa cruz, esas heridas
¿qué son, mi Dios, sino eloqüentes gritos,
con que tú con tu exemplo nos convidas
á domar los injustos apetitos,
á que el cuerpo rebelde castiguemos,
y los sentidos todos sujetemos?
Quien no entiende este aviso soberano,
ó no tiene razon, ó no es christiano;
mas tambien el christiano que lo entiende,
y que no obstante vive relaxado,
que lleno de dulzuras ser pretende
miembro de un Dios, que fué crucificado,
en vano toma de christiano el nombre,
apénas es gentil, apénas hombre.

Que despues de las prácticas lecciones,
que nos dió nuestro Xefe Soberano,
no se atreva á decir ningun mundano,
que vive con sus falsas ilusiones,
y con sentidos al placer abiertos,
que las austeridades penitentes
solo pueden ser propias para gentes,
que viven en los claustros y desiertos;
máxîma muy comun, pero funesta,
que la Iglesia católica detesta.

Decid pues, ¿las pasiones licenciosas,
en el mundo se ven ménos freqüentes,
ménos vivas, ó ménos peligrosas?
¿No se debe evitar allí el pecado?
¿Y quándo ó quién al mundo ha dispensado
de la ley general que nos condena,
y á todos los christianos les ordena
tomar su propia cruz, para cargarla,
crucificar su carne, y sujetarla,
renunciarse á sí mismo, á su derecho,
y entrar en fin en el camino estrecho?
¿Y qué? ¿las penitencias corporales,
que curan á las almas de sus males,
son en el mundo ménos necesarias,
que á las gentes que viven solitarias?
¿y de la penitencia los rigores
ménos útiles son á pecadores,
que viven en el mundo incautamente,
que al que en la religion vive inocente,
aprovechando de la fe los medios?
Esto fuera decir, que los remedios
ménos útiles son, ó son mas vanos
á los que estan enfermos, que á los sanos;
que quanto mas el hombre es delinqüente,

tanto ser debe ménos penitente.

En fin que mires las maceraciones
como justas debidas precauciones,
que preservan al alma de pecado,
ó como medio propio y adeqüado
para lavar la mancha, si ha caido.
¿Qué mortal que tuviere algun sentido,
puede un instante solo haber dudado
que sean necesarias en el mundo,
que de tantos peligros es fecundo;
mas que al que vive ya desengañado
en claustros ó desiertos sepultado?

PARTE SEGUNDA.

Se dice, que en el mundo es imposible
sostener con teson el inflexîble
rigor de la severa penitencia,
que fuera menester mucha violencia,
que este estado no es propio para el mundo,
y que todo conato fuera vano;
pero el primer estado es ser christiano,
el débil pecador es el segundo,
y el tercero por justo consiguiente
debe ser el de humilde penitente.

Pero en el mundo santos á millones,
aun habiendo nacido sobre el trono,
sin hacer de este título abandono,
han practicado las maceraciones,
y con este exercicio tan sagrado
la púrpura y el trono han ilustrado.
No ponian su gloria en nacer Reyes,
en mandar un imperio, y darle leyes;
no era su gloria verse Soberanos,
sino ser penitentes y christianos.

Se dice, (porque ¿ qué es lo que se calla ?)
y como el propio amor razones halla,
para que el buen exemplo no se imite:
se dice, la salud no lo permite,
y Dios los imposibles no pretende,
ántes hacerse mal tambien le ofende.
¿ Mas su salud está tan quebrantada,
que ciertamente no permita nada ?
¿ Y solo les permite lo que hacen,
quando todos sus gustos satisfacen ?
El amor propio ¿ no se lisonjea,
y persuade lo mismo que desea ?

Pero no obstante la salud quebrada,
y á pesar de esta queja ponderada,

¿ no pudiera acortarse algo del sueño ?
y si este le parece duro empeño,
¿ no le fuera siquiera permitida
alguna privacion en la comida ?
¿ no pudiera buscar ocupaciones,
porque sus dias no se pasen vanos ,
y aplicarse al trabajo de las manos ?
¿ sufrir de las anuales estaciones
las necesarias incomodidades
sin tantas quejas ni importunidades ?
Ademas de todo esto , ¿ no pudiera
en tanto adorno, tantas vanidades,
en tanta copia de superfluidades
encontrar fácilmente , si quisiera ,
cómo hacer un pequeño sacrificio ,
destinándole á Dios y su servicio ?
Dios sin duda no pide lo imposible,
pero él solo severo é impasible,
puede juzgar si con verdad lo era.
¿ Quién no se espantará , si considera
que el mismo, que por Dios sufrir no puede,
y que á sus males indolente cede,
con valor esforzado y sin segundo
lo sufre todo, si lo pide el mundo ?

El puede trasnochar, pasar sin fuego
los dias y las noches en el juego,
pero tener no puede su cordura
un rato de oracion ó de lectura.
Está en estado de pasar el dia,
prosiguiendo un negocio con porfia,
pero nunca pudiera sin quebranto,
pasar un rato en exercicio santo.
No se encuentra la fuerza suficiente,
para ser un christiano penitente,
pero prueba con claro testimonio,
poder ser penitente del demonio.

¡Qué ceguedad christianos! ¡qué locura!
¿Por qué pues no corremos con ternura
á echarnos á los pies de Jesuchristo?
¿Quién dexará de hacer lo que le ha visto?
Si le tomo por mi único modelo,
me ha prometido conducirme al cielo;
mas si puedo imitarle, y no le imito,
será el Juez, que castigue mi delito.

Porque remedio no hay, todo pecado
debe ser una vez purificado,
ó en esta vida por la penitencia,
ó en la otra con la llama indeficiente

de un fuego vengador, cuya violencia
lo quema sin destruirlo eternamente.
No hay mas que dos caminos para el cielo,
y el hombre que ha perdido su inocencia,
¿ qué puede hacer, sino con grande anhelo
ir y abrazarse con la penitencia?
¡Si mi Dios! yo te ofrezco arrepentido
un corazon humilde y compungido;
es mi infiel corazon el que ha pecado,
y es el que debe ser mas castigado:
pues gozó de una pérfida dulzura,
es justo que ahora sufra la amargura,
de él salieron mis gustos corrompidos,
y de él deben salir mis alaridos.
Yo sé, que eres Señor, un Dios zeloso,
y todo sacrificio te es odioso,
si quando el corazon te le prepara,
no es él mismo la víctima y el ara.
¡ Ah! quando el pecador abra los ojos,
y le alumbren los tristes desengaños,
¿ quáles serán sus ánsias, sus enojos,
de haber pasado tantos bellos años,
en el error y el mundo consumidos,
para la eternidad todos perdidos?

¿Y dónde estan ahora tantos años?
pasaron todos, pero no sus daños;
pasaron, y con ellos sus delitos,
pero en el libro eterno estan escritos;
pasaron, y con marcha muy violenta,
pero les queda la terrible cuenta;
se fueron como el humo vaporoso,
pero falta el castigo riguroso.

¡O Dios! yo le merezco, y me someto;
es justo, que quien fué tan indiscreto,
y con tanta insolencia te ha ultrajado,
sea por tu justicia castigado;
mas tu justicia es dulce é indulgente:
castiga al miserable delinqüente,
pero te apiade su dolor profundo,
castígale, Señor, en este mundo,
acepta su tardía penitencia,
y sea tu castigo con clemencia.

Mas ¿qué se pensará de pecadores,
que llenos de delitos y de horrores,
y con tantos motivos de afligirse,
que encontrar no debieran un asilo,
se les ve sosegados divertirse,
con dolor quieto, con pesar tranquilo?

¡Es esta penitencia, Dios eterno!
¿Dónde está aquel dolor vivo é interno,
que rompe el corazon, que le devora,
que hiere siempre, y sin cesar implora?
¿este dolor activo que á Dios tiene
por principio y por fin, y que de él viene?
¿este dolor, que universal se extiende
á quanto á Dios disgusta, á Dios ofende?
¿este dolor que el corazon aflige,
y consternado al cielo se dirije,
porque á Dios ha ofendido,
y que su gracia mísero ha perdido,
y que se aflige mas que se afligiera,
si en un instante súbito perdiera
el amigo ó la esposa mas querida,
la libertad, los bienes y la vida,
y mas en fin que la mayor desgracia?
¿quál iguala á perder de Dios la gracia?
Bien sé, piadoso Dios, que no te ofende,
que no siempre el dolor sea sensible,
tal vez al corazon no le es posible,
y del alma á lo ménos no depende;
mas siempre debe ser dolor sincero,
un disgusto eficaz y verdadero,

que causa continuadas pesadumbres,
que produzca mudanza en las costumbres,
y con una conducta sometida
mejore todo el órden de la vida.
¿Qué es lo que un penitente,
si es sincero, y de veras se arrepiente,
no emprehende, no soporta y no practíca?
¿qué es lo que su valor no sacrifica?
pero yo miserable, que he pecado,
¿qué es lo que he hecho? ¿qué he sacrificado?
¿y cómo vivo á vista de la muerte?
¡Dios piadoso, yo tiemblo de mi suerte!
Pero si no hay remedio, si el culpado
debe llorar la mancha del pecado,
y lavarla con dura penitencia,
si el cielo no se gana sin violencia,
y si el que aquí sus deudas no desquita,
las paga con atroz pena infinita,
yo me resuelvo, salgo del letargo,
que el dolor mas profundo, mas amargo
rompa mi corazon con su violencia,
y que empiece mi santa penitencia.
¡Dios de misericordia! ¡Dios piadoso!
yo me arrojo á tus plantas vergonzoso,

como víctima horrible del delito,
pero, Señor, con ánimo contrito.
Confieso que pequé loco, ignorante,
que pequé contra tí, Jesus amante,
que sofoqué la luz de mi conciencia,
que abusé de tu gracia y tu paciencia,
que he violado tu ley siempre adorable,
que he pisado tu sangre venerable,
que siempre injusto, siempre corrompido
mil veces el infierno he merecido.

Quando pasara yo toda mi vida
en lágrimas amargas sumergida,
quando verter pudieran mis pesares
mas agua, que caber puede en los mares,
quando sufriera todos los tormentos,
y mucho mas violentos
que los Mártires santos han sufrido,
quando me viera todo consumido
por el hierro y el fuego, esto no fuera
satisfaccion entera,
males proporcionados
á la gran multitud de mis pecados.

Dios justo, pero dulce é indulgente,
¿qué puede hacer un pobre delinqüente,

sino echarse rendido entre tus brazos
para formar contigo eternos lazos,
para implorar humilde tus bondades,
excitar con su llanto tus piedades,
y rogarte, que ablandes la justicia,
que tanto ha merecido mi malicia?

Para este bien, Señor, yo te presento
el mérito infinito, el sufrimiento
de ese hijo divino que me has dado,
y todos mis delitos ha pagado;
esa sangre que pródigo ha vertido,
es toda mia, pues me la ha cedido;
esos merecimientos que ha ganado,
mios son, pues por mí los ha pasado;
y pues te ofrezco tan excelsos dones,
con justicia te pido me perdones.
Ya conozco mi error, ¡error funesto!
ya mis culpas confieso, y las detesto.

¡O Dios! te imploro á fin de que hoy asombres
á los Angeles mismos, y á los hombres,
y que ninguno pierda la esperanza,
viendo que tu bondad hasta mí alcanza.
Mi llanto empieza ahora, pero espero
que ha de llegar hasta mi fin postrero.

POEMA XVII.

LOS SUFRIMIENTOS.

PARTE PRIMERA.

¿Cómo es posible que ningun christiano
de ideas justas, y de juicio sano
pueda nunca mirar los sufrimientos,
que nos vienen de Dios, como tormentos,
y que crea engañado
que, porque sufre mucho, es desdichado?
Que el idólatra ciego así lo crea,
que lo crea el gentil, que sin idea
de nuestra religion solo pretende
contentar sus sentidos, no sorprehende;
mas si un christiano por la fe ilustrado,
y que adora á su Dios crucificado,
de cuya religion los fundamentos
estan en la paciencia y sufrimientos,
si este se llama en ellos infelice,
su fe abjura, y si no se contradice.
¡Ah! que este bello nombre de christiano
en nosotros no sea un nombre vano,

que nuestro corazon tambien lo sea,
y quando en penas míseras se vea,
que conozca su mérito y su precio,
y las reciba con el justo aprecio.
Si somos pecadores, con las penas,
el Señor que está siempre á nuestro lado,
nos hace conocer nuestro pecado,
y rompemos tal vez nuestras cadenas.
En todo tiempo las adversidades
á los hombres han hecho el buen oficio
de mostrarles el duro precipicio,
á que los llevan las felicidades.
Miéntras el pecador vive en el seno
de la prosperidad siempre funesta,
turbada su razon, no está dispuesta
á buscar ni lo justo ni lo bueno.
¿Quién en sus gustos puede sujetarla?
¿Quién podrá en sus desvios corregirle,
si se olvida de Dios para servirle,
y de su alma tambien para salvarla?
Una tropa de objetos agradables
ocupan su atencion, y la desvian
de todos los objetos que podrian
despertarle de sueños tan amables;

sus ojos se detienen solamente
en los objetos, que impetuoso busca,
en todos los demas ciego se ofusca,
y cerrados estan perpetuamente;
así no advierte su delirio loco,
no le conoce, ó le conoce poco;
si tal vez una idea se despierta,
como esta idea su placer amarga,
y que solo el placer su pecho embarga,
corre á cerrarle rápido la puerta.

¿Y qué pueden hacer en tantos males
ideas vagas y superficiales,
que se disipan presto, y no producen?
¿ideas tan obscuras y confusas,
que no esclarecen, porque apénas lucen?
¿ideas tan torcidas, tan obtusas,
que dando á los objetos sus colores,
engañan con mentidos resplandores?
¿ideas tan inquietas é importunas,
que si por dicha algunas
á su pesar el alma se presenta,
las arroja veloz, y las ahuyenta?
en fin ideas floxas, perezosas,
que de ordinario son muy infructuosas.

Pero entónces ¿qué medios son capaces
de hacer estas ideas eficaces?
Que vengan los pesares y aflicciones,
que con sus duras puntas y aguijones
el corazon aflijan, y al instante
todas las cosas mudan de semblante.

Por alejar empieza desde luego
esos objetos, que le tienen ciego.
El triste pecador sin su presencia
echa una vista vaga á su conciencia,
la mira como un caos confundido,
y semejante al hombre que ha salido
de un profundo letargo, abre los ojos,
y mira con sorpresa y con enojos
el espantoso horrible precipicio,
á cuyo borde le tenia el vicio.

Ya no son las ideas tan fugaces;
la eternidad terrible se presenta
con sus armas, que son tan eficaces
desde que la razon las mira atenta;
la fe que parecia fallecida,
resucita y adquiere nueva vida,
y la gracia encontrando con la puerta
del corazon indócil, que está abierta,

pues entraron en él las aflicciones.
encienden las antorchas, los blandones
por el cielo á los hombres concedidos,
y que ya parecian extinguidos.
El pecador entónces alumbrado
con tanta luz conoce la injusticia,
la vergüenza, el oprobrio, la malicia,
toda la enormidad de su pecado.
¿Qué exemplos no tenemos repetidos
en David, Manasés, y en otros tantos,
que malos eran, y se hicieron santos,
porque por Dios se vieron afligidos?
Pero el conocimiento no es bastante,
es menester tambien que lo deteste,
que lo abandone y dexe, aunque le cueste.
¡Ah! prosigue tu obra, Dios amante,
aflige al pecador que está obstinado,
y le verás contrito y humillado
venir entre tus brazos á acogerse,
como el tímido niño que aterrado
en el seno materno va á esconderse.
Este es, dice Agustin, el adorable
misterio con que obscura, impenetrable
sabe de Dios la excelsa providencia

á los hombres llamar á penitencia ;
pues Dios , dice este Padre, nos envia
por su bondad reveses algun dia ;
pero á veces dilata la venganza ,
y se aumenta el castigo en la tardanza.

Porque así como en Dios se considera
una bondad sin ayre de severa ,
pero que solo por salvar castiga ,
hay tambien un rigor que se mitiga,
que parece á los ojos indulgencia ,
pero que el golpe da con mas violencia ;
y nunca muestra mas á los mortales
esta piedad tan dulce, aunque severa ,
que quando entre las penas y los males
les hace hallar la senda verdadera ,
quando piadoso al hombre ha contristado ,
y le hace renunciar á su pecado.
El dia llegará que lo veamos ,
que su amante piedad reconozcamos ,
y entónces á estas tristes aflicciones
llamaremos amor y bendiciones.

PARTE SEGUNDA.

Pecador afligido y miserable,
que en tus penas estás inconsolable,
tú te quejas de ver correr tus dias
en las cruces, las ánsias y agonías,
de no hallar mas que afan, y que amargura
en el mundo una pérfida dulzura,
falsos amigos, alevosos tratos,
hombres injustos, frívolos é ingratos,
de no hallar en la senda en que caminas,
mas que muchos abrojos con espinas;
tú lloras triste, y de llorar no dexas,
de tus labios no salen mas que quejas.
Es verdad que son grandes tus reveses,
¿ mas quándo entenderás tus intereses?
¿ Quándo conocerás la sábia mano,
que con impulso oculto y soberano,
movido de su amor, dulce te hiere,
porque á su reyno conducirte quiere?

Sí, feliz pecador, preciso era
que compasivo Dios contigo hiciera
lo que hizo con Tobías, fué cegarle,

para poder despues la vista darle;
con Saulo á quien su mano dulce y santa
echa por tierra, y luego le levanta;
y con Lázaro en fin, que precipita
en la tumba, y despues le resucita.
Al cielo ¿qué otro medio le ha quedado,
para sacarte de tu mal estado?
Tú habias apurado quantos medios
nos da la providencia por remedios,
inspiraciones santas, pensamientos,
vivos del corazon remordimientos,
exemplos y consejos saludables,
y quantos medios son imaginables,
todos han sido usados por el cielo,
que en salvarte trabaja con anhelo.
pero inútiles todos los hiciste;
porque siempre á la gracia resististe,
y en sus tesoros Dios ya no tenia
mas que las duras puntas, que te envia.
¿Quisieras pues que Dios te abandonara,
y que en tus propias manos te dexara,
quando ya cerca estás del precipicio?
¿quisieras que la víctima engordara,
para que consumara el sacrificio?

No Dios mio, destruye, corta, hiere;
esos rigores mi razon prefiere,
y esa indulgencia triste y aparente
seria la señal mas evidente
de tus enojos, como la amargura
es la prueba mejor de tu ternura.
¿Quántos habrá que fueron pecadores,
que hoy habitan el cielo venturosos,
que no deben el verse tan dichosos
sino á estas aflicciones y rigores,
y que nunca lloraron sus pecados,
sino quando se vieron desdichados?
¿quántos en el infierno sumergidos
hoy gozaran del cielo las delicias,
si en lugar de riquezas y caricias,
se hubieran visto pobres y oprimidos?
¿y quántos santos hoy pueblan el cielo,
que fueran miserables reprobados,
si con gloria y placeres continuados
no hubieran conocido el desconsuelo?

Quando las penas á los hombres guian,
otra grande ventaja tambien tienen,
y es que al pecado luego lo detienen,
y que despues con su rigor lo expian.

El Espíritu Santo lo asegura,
quando dice que el tiempo de amargura,
es el tiempo tambien de la indulgencia,
el tiempo de perdon por excelencia.
  En el órden de Dios y su justicia
tiene cada pecado su malicia,
y cada qual tambien tiene su pena,
el cielo á soportarla le condena,
ó en esta vida con dolor paciente,
ó en la otra para siempre eternamente,
así es la diferencia incomprehensible:
en esta vida corta y transitoria
es la pena ligera y meritoria,
pero en la otra es eterna é inflexíble.
  Mira pues pecador, que tanto lloras
penas ligeras, y de pocas horas,
quántas debes á Dios gracias sinceras
por un cambio, que te es tan ventajoso,
un suplicio sin fin tan horroroso
por pocas aflicciones y ligeras,
el golpe vengador de un brazo eterno,
que te hiere feroz para matarte,
ó el blando golpe del amor paterno,
que te amenaza para libertarte.

Mira de la razon quanto te alejas,
si en vez de darle gracias, le das quejas.

Tú sufres, pecador, ¿pero padeces
mas allá de lo mucho que mereces?
El fuego de la fiebre te devora,
no descansas un dia ni una hora,
¿mas piensas que ese fuego es tan violento
como el fuego, que sirve de tormento
en el infierno al que cayó en su abismo,
y donde estar debieras ya tú mismo?

Eres pobre, del cielo la inclemencia
te reduce á la mísera indigencia,
¿mas crees que tu destino desdichado
lo sea tanto como el reprobado,
que no tiene mas bienes ni mas lecho
que su rabia, su furia y su despecho?
Echa la vista á todas las regiones,
y dí, ¿si en todo lo que á ver alcanzas
hay tormentos, afanes y aflicciones,
que puedan compararse á estas venganzas?

Caigamos pues en tierra, y abracemos
esta cruz, de que tanto nos dolemos,
besemos esa mano que nos hiere,
que nos avisa, y que salvarnos quiere.

Adoremos un Dios que está despierto,
pero que tiene el corazon abierto,
que le amenaza, y el castigo emplea,
mas que siempre benigno é indulgente
pronto está á recibir al penitente,
porque salvar al pecador desea.

POEMA XVIII.

LA CONCIENCIA.

PARTE PRIMERA.

En este mundo tan obscuro y vario
conocimiento no hay tan necesario,
como el conocimiento de sí mismo.
El corazon del hombre es un abismo;
conocerle pues bien, y su conciencia
es lo que importa mas á su exîstencia,
pues de él dependen la virtud ó el vicio,
la rectitud ó falsedad del juicio.
La conciencia del hombre puede hallarse
en quatro situaciones diferentes,
y debe con cuidado exâminarse
para huir de peligros inminentes:
ó es conciencia derecha, y es divina,
ó es dudosa, que no se determina,
ó erronea, que procede alucinada,
ó ciega en fin, que va precipitada.
Si estas quatro conciencias exâmina,
podrá hallar cada qual lo que es ahora,

y lo que debe hacer por su mejora.
La conciencia derecha es el juicio
de la recta razon, la luz que muestra
lo que distingue á la virtud del vicio,
una voz interior, eficaz maestra,
que enseña lo que es malo, y lo que es bueno,
lo que la ley permite, y lo que veda,
con la qual toda accion hace sereno,
porque ninguna duda no le queda.
Es la voz con que Dios se explica al hombre,
y que nos habla en su divino nombre,
un rayo celestial, que al mortal rige,
que le alumbra en su marcha, y le dirige:
tal es en general nuestra conciencia,
miéntras el hombre guarda su inocencia,
y se conserva de la misma suerte,
hasta que la malicia le pervierte.
Mas la conciencia de los pecadores
es un espejo fiel, que representa
sus pecados, sus vicios, sus horrores,
y con un triste afan se los presenta;
es un libro divino incorruptible,
en que sabe grabar mano invisible
los pecados que míseros hacemos,

al mismo tiempo que los cometemos;
un tribunal secreto, que se erige
dentro del corazon, y al alma rige,
tribunal, en que el triste que ha pecado,
en el instante mismo está citado,
y halla en él un testigo irrecusable;
el testigo es el mismo miserable,
que léjos de poder hallar excusa,
es él mismo el primero que se acusa.

Dios ha dado á los hombres la conciencia
naturalmente recta, el juicio sano;
y miéntras le gobierna la influencia
de este farol divino y soberano,
no se puede perder en el camino,
ni temer debe la menor desgracia;
la conciencia ayudada de la gracia
le lleva sin errar á su destino.

La conciencia dudosa es la que se halla
como en una balanza suspendida,
ignora si tal cosa es permitida,
y lucha en sí con interior batalla;
por una y otra parte ve razones,
que la causan contrarias impresiones,
pero no ve ninguna, cuyo peso

incline la balanza con exceso;
en una fluctuacion tan absoluta
queda indecisa, se halla irresoluta,
sin que pueda jamas determinarse,
por temor de pecar, y de engañarse.

Jamas es permitido obrar con duda,
y si alguno la tiene, es fuerza acuda
á buscar de la duda el vencimiento;
pero si debe obrar en el momento,
si hallar no puede tiempo para instruirse,
y es fuerza en el instante decidirse,
entónces exâmina, considera,
mirando á Dios con intencion sincera,
lo que en aquella situacion urgente
le parece mas justo y conveniente,
y se decide á obrar, mas con protexta
de que despues, estando bien impuesta,
se enmendará, si en algo se ha excedido.
Con intencion tan recta dirigido,
y corrigiendo aquello en que se excede,
si se pudo engañar, pecar no puede.

La tímida conciencia ó timorata
es la del hombre, que constante trata,
no solo de cumplir toda justicia,

y evitar del pecado la malicia,
mas le ve con horror; pues que le asombra
el peligro menor, la menor sombra,
del pecado una mínima apariencia:
¡ó qué dichosa que es esta conciencia!
  Hay conciencias que son escrupulosas,
que siempre inciertas, siempre temerosas,
de inquietudes y sustos estan llenas,
se crian dudas, y se forjan penas
sin ningun razonable fundamento.
Este es para las almas gran tormento,
los escrúpulos son furias adversas,
y vienen de tres causas muy diversas:
ó los envia Dios para probarnos,
y debemos humildes sujetarnos,
aceptándolos todos con paciencia;
ó vienen del demonio y su influencia,
y al momento debemos apartarnos;
ó de nuestro carácter inconstante,
que inquieto, rezeloso y vacilante
no nos permite de la regla asirnos,
y entónces es preciso confundirnos.
  Mas tengan el principio que tuvieren,
y vengan de la causa que vinieren,

el consejo mas sabio y mas prudente,
el que se puede dar únicamente
al que sufre tan mísera dolencia,
es rendirse á una dócil obediencia,
recomendarles sumision entera,
y no juzgar por sí; de otra manera
sufrirán una especie de martirio,
y se podrá aumentar este delirio
hasta el peligro de descaminarse,
y quizá de perderse y descarriarse.

Si la conciencia en puntos de importancia
juzga de los objetos con falencia,
y sigue el parecer de su ignorancia,
entónces es errónea esta conciencia.

La conciencia dudosa está parada,
la duda la detiene, y la hace incierta,
pero la errónea aunque se juzga cierta,
pierde la senda, y va descaminada,
su error puede tal vez ser excusable,
mas tambien ser pudiera muy culpable.

Muy culpable conciencia es la que tiene
penas y dudas, y á buscar no viene
medios de instruirse bien, y de enterarse,
para ponerse en regla y enmendarse;

Excusable será si no ha tenido
motivos, que á dudar la hayan movido.
Un heredero goza de una herencia,
que le dexaron sus antepasados;
aunque fueran por ellos mal ganados,
como él lo ignora, puede su conciencia
guardar la posesion con inocencia;
Mas si despues conocimiento adquiere
de que en la adquisicion hubo injusticia,
ya no puede guardarlos sin malicia;
y si los guarda su conciencia hiere,
porque ya debe instruirse francamente;
su conciencia es errónea y delinqüente,
su ignorancia es ya libre y voluntaria,
y á la recta conciencia muy contraria.
Quando el hombre no ciego, no ignorante,
sino con vista clara y despejada,
conociendo el error, marcha adelante,
ya es entónces conciencia depravada,
ya es corazon viciado, corrompido,
á su infame pasion prostituido,
culpado, delinqüente, detestable,
y á los ojos de Dios abominable.
Este estado es fatal, el mas funesto,

en que el hombre infeliz puede estar puesto,
porque el que empieza así á descaminarse,
debe por conseqüencia abandonarse
á males, á pecados infinitos,
á todos los horrores y delitos;
su espíritu se ciega, se entorpece,
su corazon se seca, se endurece,
y si Dios no le saca de este estado,
en el camino está de reprobado.

Aquel que estas conciencias considera,
verá que solo es buena la primera,
esto es la que es derecha y está sana;
como del mismo Dios su luz emana,
nos produce divinas impresiones,
y exerce en nuestras almas sus funciones;
ella nos ilumina, nos reprehende,
nos juzga, nos castiga, ó nos defiende.

Ilumina, porque es la primer regla,
que todas las acciones nos arregla;
es nuestro buen amigo, nuestra guia,
que nos tiene perpetua compañía.
En las sendas del cielo numerosas
hay sendas bien derechas y seguras,
mas las hay diagonales, hay obscuras,

y no pocas obliqüas y tortuosas;
se pretende que al cielo todas guian,
pero muchas engañan, y extravían.

PARTE SEGUNDA.

A la recta conciencia pertenece
discernir cada qual segun merece.
Es el farol brillante que nos luce,
y por la buena senda nos conduce,
es la regla derecha que nos rige,
la nube celestial que nos dirige,
nos muestra los estorbos su luz pura,
los quita, y nuestros pasos asegura,
ella preside á nuestros pensamientos,
y regúla por fin los sentimientos.
Como su luz divina es inmutable,
y nos gobierna clara aunque invisible,
es en sus decisiones invariable,
y en todos sus decretos inflexíble,
jamas sabe afloxar, no disimula,
no sabe acomodarse, nunca adula,
ni jamas se permite su constancia
prestarse al tiempo, ó á la circunstancia,

jamas temperamento, ni flaqueza
que favorezca á la naturaleza,
con la ley en la mano siempre austera,
su expresion es tambien siempre sincera.
Feliz el alma, que su voz escucha,
feliz el hombre, que en la interna lucha,
en que combaten vivas sus pasiones,
se somete á sus justas decisiones,
y no se aleja de su estrecha senda;
infeliz quien con ella está en contienda,
y la obliga á que á veces se contriste;
mas infeliz que el que á su luz resiste.
Quando nuestra conciencia está serena,
y delante de Dios parece buena,
Dios está con nosotros ciertamente.
Si el mundo te creyera delinqüente,
y todos te acusaran con violencia,
desde que no te acusa tu conciencia,
no se puede alterar tu dulce calma,
y puedes disfrutar la paz del alma,
pues viéndolo á la luz de la evidencia,
no es otra cosa el hombre ciertamente,
que lo que juzga la divina mente:
así en esta opinion no te seduces,

pues el Señor nos juzga únicamente
segun nuestra conciencia y nuestras luces.
Nos reprehende tambien con mucha fuerza,
no hay conciencia en el mundo que se tuerza,
jamas cómplice fué de los delitos,
ántes con muchas voces, muchos gritos
todos los abomina, los reprueba,
y sentimientos de amargura prueba.
Desde que se extravía el alvedrío,
ó que cerca está ya del extravío,
la voz de la conciencia está á la puerta
de nuestro corazon, la encuentra abierta,
y le grita de parte de Dios mismo,
á despeñarte vas en un abismo.
No te es lícito, no, te está vedado
acabar esa accion que has empezado,
rompe con amistad tan poco honesta,
deten esa palabra descompuesta,
arroja tan indigno pensamiento,
calma de ese furor el movimiento,
no leas ese libro peligroso,
no veas ese amigo sospechoso,
huye de ese paseo, de esa fiesta,
huye de esa ocasion que te es funesta,

ese pleyto es injusto y temerario,
ese contrato es vil, es usurario,
esas galas ó muchas, ó indecentes;
y si á pesar de avisos tan prudentes
tu pasion no se pára, y va adelante,
la conciencia te grita en el instante
con voz, que manifiesta su despecho,
¿qué hiciste, infeliz? ¿qué es lo que has hecho?
tú pecaste, á tu Dios has ofendido,
traspasaste su ley, y ya has caido
en su cólera horrible, tu malicia
va á sufrir el rigor de su justicia.
  Peca David, y en el momento el grito
oye del corazon, que su delito
le muestra siempre á sus turbados ojos.
Pequé dice, ¡infeliz! y mi pecado
siempre y por siempre contra mí está armado.
Apénas Cain mira los despojos
de su infeliz hermano, quando siente
tanto horror de su mano delinqüente,
que pronuncia, á pesar de sus enojos,
mi iniquidad es grande, y la venganza
es sin duda mayor que mi esperanza.
Hasta el pérfido Judas ha entendido

el grito de la sangre, que ha vendido:
pequé dice el traydor, y no reposa,
pequé vendiendo sangre tan preciosa.
Este es efecto de la providencia:
el pecador da cuenta á su conciencia,
y el mal que él hace, de ella no depende,
al contrario le acusa, le reprehende,
tente, le dice, enmedio de su vicio,
resbalándote vas al precipicio,
la ley eso que quieres te prohibe,
y con pena de muerte te apercibe,
ya Dios te mira con aspecto ayrado.
Nunca cayera el hombre en el pecado,
si no opusiera fuerte resistencia
á la voz interior de la conciencia.
Ella nos juzga, pues al mismo instante
que el pecador, que estaba vacilante,
se arroja temerario en el pecado,
tú pecaste, le dice, ya el infierno
ha preparado tu lugar eterno,
en que sin fin padezcas reprobado,
Dios ès quien la sentencia ha pronunciado.
La conciencia le sirve de instrumento,
mas el juez soberano es quien la excita

á que el fatal decreto le repita;
su propio corazon le ha condenado,
él conoce y detesta su pecado,
confesando que es reo, que es culpable;
¡juicio terrible! ¡juicio inexôrable
y sin apelacion! cuya sentencia
solo puede atajar la penitencia.

¡Ah! que es triste caer en un abismo,
y hallarse condenado por sí mismo,
sin poder alegar ninguna excusa;
mas ¿quál ha de alegar quando se acusa,
quando su corazon trae consigo
su acusador, su juez y su testigo?

Desde que ya ha juzgado, ella se venga,
no hay nada que su cólera detenga,
se diria que Dios la ha confiado
la pena y el castigo del pecado,
que ha puesto entre sus manos la justicia,
para que haga sufrir á la malicia,
y que ministro suyo inexôrable
le castiga severa é implacable.

¡Ah! ¡con quánto rigor, por quántos modos
esta dura funcion exerce en todos!
ya con remordimientos, que voraces

rompen el corazon siempre tenaces
con sus duros punzantes torcedores,
ya con crueles gusanos roedores,
que con activas incesantes sañas
del pecador destrozan las entrañas,
ya con la idea que feroz los sigue,
con el susto que siempre los persigue,
con el miedo, el espanto, los terrores,
con el despecho en fin, y los furores.
Si alguna enfermedad les sobreviene,
tambien con ella el sobresalto viene,
y con viva inquietud los amedrenta,
pues la muerte á los ojos les presenta.
Si truena, si la tierra se extremece,
al menor accidente que aparece,
ya se imaginan que su Dios ayrado
tiene el brazo contra ellos levantado,
y huyen con pasos trémulos é inciertos,
porque creen los abismos entreabiertos.
Quando Dios sus justicias exercita
dentro del pecador, no necesita
de otro verdugo mas inexôrable,
de vengador mas duro é indomable
que el mismo torcedor de la conciencia,

que se turba y agita con violencia.
¿ Qué mas necesitó para el castigo
del infeliz David, que ser testigo,
con mortales y tristes agonías,
del espectro sangriento, con que Urías
en todas partes tan tenaz le sigue ?
y ¿ qué hubo menester, quando persigue
al impío Baltasar, y le condena,
sino un brazo invisible, que la pena
en las paredes de repente graba ?
y Antioco ¿ qué mas necesitaba
que la imágen horrible de aquel templo,
que impío profanó con mal exemplo ?
Sus tristes corazones padecian
con los recuerdos que los remordian,
y sola la memoria de sus vicios
hacia sus infiernos y suplicios.

Bien sé que hay pecadores insensibles,
que enmedio de desórdenes terribles
gozan de falsa paz; pero ¿qué es esto
sino hallarse en estado mas funesto,
en situacion peor que no la muerte,
estar completa su infelice suerte,
verse de Dios dexados y malditos,

empezarse á mirar como precitos,
y de la gracia en fin abandonados
el caracter tener de reprobados?

Escucha pues la voz de tu conciencia,
y tiembla del rigor de su sentencia;
aplaca los clamores y los gritos,
que dan contra nosotros los delitos.
De este modo podrás vivir en calma,
y en la vida gustar la paz del alma.

POEMA XIX.

LA CARIDAD.

PARTE PRIMERA.

La caridad ó la beneficencia
es la virtud de Dios por excelencia;
virtud tan superior y tan divina,
que á las demas virtudes predomina,
la que mayores méritos acopia,
de nuestra religion la virtud propia,
la que mas al mortal inmortaliza,
la que al christiano mas caracteriza,
la basa que á las otras las sostiene,
la que todo su espíritu contiene,
de un corazon honrado el ornamento,
la que mas nos eleva el pensamiento,
virtud en fin, para que no lo dudes,
que es la reyna de todas las virtudes.
¡O caridad! ¿quién puede definirte?
¿quién alcanza á elogiarte y describirte,
virtud amable, que con nobles dones
enlazas los humanos corazones,
encanto dulce de las sociedades;

pues haces, derramando tus bondades
con una mano abierta y extendida,
la dulzura y delicias de la vida?

Virtud sublime, pues que nos elevas,
y á la eterna mansion de Dios nos llevas,
donde tu mano franca y dilatada
abre segura la celeste entrada,
al corazon de Dios llegan tus artes,
pues Dios recoge lo que tú repartes.

Virtud consoladora, que complaces
y recibes mas bienes de los que haces,
pues con tu liberal misericordia
á un corazon amante satisfaces,
á bienes inmortales nos conduces,
y gozas de la paz y la concordia,
que tú misma benéfica produces.

Virtud fecunda, que las otras cria,
de todas el espíritu y la guia,
como que todas viven de tu aliento,
y reciben de tí ser y fomento,
abundante semilla, que prospera,
alma de todas, pues la ley entera,
quando á tu empleo dulce te abandonas,
no solo cumples, sino perfeccionas.

Virtud celeste, que con alto vuelo
á nosotros veniste desde el cielo,
y que al cielo tambien nos encaminas,
tú que un lugar excelso nos destinas,
que tratas como ya tu ciudadano
al que te sirve con abierta mano,
y enmedio del placer que le procuras,
su posesion eterna le aseguras.

¡O virtud soberana y adorable!
¡quánto eres útil, quánto indispensable
para aquel, que tomar no quiere en vano
el respetable nombre de christiano!
para aquel, que virtudes atesora,
porque la ley del Evangelio adora;
y que teniendo en Dios los ojos fixos,
aspira á ser contado entre sus hijos.

La caridad anima á la esperanza,
ella todos los méritos alcanza,
y da pruebas de vida su exercicio;
mas su falta, de muerte es un indicio,
y si algunas señales son fatales,
esta es la mas fatal de las señales.

Por eso ¿qué no han dicho? ¿cómo hablaron
los Apóstoles todos, que ensalzaron

esta noble virtud? ¿qué no dixeron
quando hacer sus elogios pretendieron?
¿con quánto esmero la han recomendado?
¿con qué fidelidad la han practicado?
¿cómo el Apóstol jóven y querido,
entre todos los otros preferido,
con dulces y sensibles efusiones
inflama los christianos corazones?

Amaos unos á otros, les decia,
y ya San Pablo desahogado habia
con el mismo conato, el mismo anhelo,
todo el ardor de su fogoso zelo.
Ayudaos, les dice, entre vosotros,
servios mútuamente unos á otros;
y por esto los fieles primitivos
fueron tan tiernos, tan caritativos,
que de amor compitiéndose la palma,
fueron un corazon, fueron una alma.

El mismo Jesuchristo nos intima,
que es suyo, y peculiar este precepto,
da nombre al que le sigue de su afecto,
y hace con esto ver quánto le estima.
Tambien dice, que es nuevo este mandato,
mandato digno de la nueva alianza.

Es verdad que la mútua confianza,
y de la caridad el dulce trato
todos los siglos en el mundo han visto,
así puede decirse que es anciana;
pero la santa caridad christiana,
y segun la ha mandado Jesuchristo,
es un precepto nuevo y sublimado,
porque su amor divino le ha elevado
á tal grado de ardor y de fineza,
que nunca ha visto la naturaleza.
La dulce caridad de su doctrina
es tan nueva virtud como divina;
lo es por su santo autor, pues Jesuchristo
es quien la enseña, como ya se ha visto;
es él mismo quien la ha recomendado,
y como su precepto, nos la ha dado;
lo es por su objeto, porque ¿á quién tenemos
á la vista, si al pobre socorremos?
¿No es Jesuchristo á quien nos dirigimos?
¿no es él á quien amamos y servimos?
El nos dixo, quien por los mios hace,
lo hace por mí, mi amor lo satisface.
¡Qué consuelo, Dios santo! ¡qué alegría
saber que el menor bien, que mi amor haga,

Jesuchristo lo acepta, y me lo paga?
¿y quándo el mundo presentar podia
motivo tan urgente y soberano,
para obligar al hombre á abrir la mano?
Pero hay mas: Jesuchristo es el dechado,
que se propone para exemplo nuestro,
y debe ser tambien nuestro Maestro;
y pues nos tuvo amor tan extremado,
no basta amar, y debe nuestro zelo,
por imitar tan superior modelo,
amar los otros hombres por los modos,
con que nos supo Christo amar á todos,
En fin virtud es nueva y amorosa.
La tradicion judía rigurosa,
que amar á los amigos prescribia,
odiar al enemigo permitia;
pero el Legislador de los christianos
dice con sentimientos mas humanos,
amarás como es justo á tus amigos,
y yo te mando amar tus enemigos;
porque hijo de tu Dios así parezcas,
y tan sublime título merezcas.
Dios siempre liberal, y siempre amable,
con amor siempre vivo, siempre estable

da sus bienes, reparte sus favores
entre los justos y los pecadores,
sobre los unos y los otros llueve,
y hace que luminoso el sol se eleve,
dando dias tranquilos y serenos
igualmente á los malos que á los buenos.
Así la caridad enardecida
es la hija del cielo mas querida,
y como bien tan grande al mundo hace,
del corazon de Dios gloriosa nace.
Aquel en cuyo pecho fiel preside,
en el seno de Dios feliz reside,
cubre la iniquidad de su pecado,
y una vez que en su llama está abrasado,
en méritos y gracias va creciendo,
virtudes á virtudes añadiendo.
La religion la ve con tanto aprecio,
que sin ella á las otras no da precio;
toda virtud con ella es estimada,
y sin ella las otras no son nada.
Es el carácter propio y soberano
del discípulo fiel, del buen christiano;
vivo está el que en su pecho la mantiene,
y muerto el infeliz que no la tiene.

Si pudieras hacer actos grandiosos,
hechos extraordinarios, portentosos,
lo que nunca el ingenio ha imaginado,
transportar las montañas á otro lado,
abandonar el cuerpo á los tormentos,
sufrir los mas tiranos tratamientos,
sin que tu corazon se desfallezca,
en fin quanto á la idea se te ofrezca,
si en tí la caridad no encuentra entrada,
á los ojos de Dios no serás nada,
ó si ser algo tu desdicha alcanza,
blanco serás de su inmortal venganza.
¡O soberano Dios! ¡Dios de clemencia,
de quien la caridad es propia esencia!
muéstranos á los ojos un modelo,
que pueda despertarnos nuestro zelo.
Divina caridad, virtud sublime,
ven á mi corazon, y haz que se anime
con ese fuego, que en el alma enciendes;
pues que naces de Dios, de Dios desciendes
á inundar los humanos corazones.
Si á tí pueden llegar mis oraciones,
responde ¿dónde estás? dime ¿quién eres?
Muéstrame tus sagrados caractéres.

PARTE SEGUNDA.

¡Ay Dios! que ya los veo en un dechado
con tu divina sangre dibuxado,
los veo en esa cruz en que te ofreces,
en los tormentos que por mí padeces;
amable Redentor, tú me la enseñas,
tú me muestras de amor todas las señas,
abrasáme en su llama, tú obra acaba,
y esa leccion divina en mi alma graba,
La caridad es un afecto vivo,
mas sobrenatural es su motivo;
no la basta el amar, es necesario
que ame solo por Dios, de lo contrario
naturales serian sus afectos,
llenos de vicios, llenos de defectos.
Tal vez amamos á uno, porque tiene
un carácter ó humor, que nos conviene,
que nos alhaga, nos divierte y place,
porque nos hace bien, ó nos complace;
mas esto no es amar como christianos,
porque así tambien aman los paganos,
y los que son de Christo imitadores

tener deben motivos superiores.
Hay en el mundo muchas simpatías,
conformidad de gustos y alegrías,
interes, gratitud, obligaciones,
y otras muchas humanas relaciones,
esto no es caridad, todo es profano;
para que nuestro amor sea christiano,
es menester, que aquel que el alma siente,
por Dios sea, y por Dios únicamente,
que quando á nuestros próximos amamos,
á Jesuchristo en su lugar pongamos,
que el amor de tal modo se resuelva,
que principie por Dios, y á Dios se vuelva.
Así tú nos amaste, Dios eterno,
interes no tenia tu amor tierno,
nada de nuestra parte que te quadre,
tu bondad y la gloria de tu Padre
fueron únicas causas de tu anhelo;
¡mas que léjos estamos del modelo!
El amor que mostramos tan ardiente,
hijo del amor propio es comunmente,
somos nosotros los que nos buscamos;
no es dificil que amemos á un amigo,
y quando á otros tambien tal vez amamos,

desde que á Dios en ellos olvidamos,
mas que premio, este amor pide castigo.
La caridad universal se llama,
porque sin excepcion á todos ama;
no hay persona, motivo, tiempo ó lance
á que el precepto con rigor no alcance,
y este nombre de próximo se extiende
á quantos hombres la razon comprehende.
El corazon es vasto por un lado,
y por otro muy corto y limitado,
da su aficion á objetos extrangeros,
y la niega á los bienes verdaderos.
De esto nace que siempre se limita,
que con pocas personas se exercita,
que á estas pocas las ama únicamente,
y es para las demas indiferente;
la religion con método diverso
á la vista nos pone el universo,
como una cosa que el Señor auxîlia;
Dios es el grande padre de familia,
todo salió de sus divinas manos,
y los hombres sus hijos son hermanos,
que al Padre adoran, que entre sí se quieren,
y que á sí mismos sin dudar prefieren.

¿ Quién con tan dulce imágen no se encanta?
¿ quién nos pudiera dar union tan santa ?
Se dice , no es posible que en el mundo
de genios diferentes tan fecundo ,
donde se ven personas poco amables ,
que apénas nos parecen razonables ,
y que nos tratan con tan malos modos ,
no es posible , se dice , amar á todos.
Aquel tal es injusto , es voluntario ,
colérico , furioso , estrafalario ,
¿ cómo es posible al corazon amarle ,
quando apénas se puede soportarle ?
tal otro es de carácter peligroso ,
de genio duro , falso y cauteloso ,
no es posible seguirle , ni fiarse ,
un Angel no pudiera acomodarse :
Mas estos son pretextos é ilusiones ,
la caridad no admite estas razones ,
y sabe que aquel hombre tan inquieto ,
y que ese otro que llama mal sugeto ,
y con defectos entre vicios anda ,
son los mismos , que Dios amar le manda.
No se le pide la aficion sensible ,
porque no es útil , ni tal vez posible ;

se le pide la sólida y sincera,
la que socorre, alivia y considera,
pronta disposicion, afectos vivos
de hacer á todos bienes efectivos,
y aunque los hombres no se lo merezcan,
aunque la ofendan, aunque la aborrezcan,
en servirlos y amarlos se complace,
pues no por ellos, por Jesus lo hace.
No olvida que Jesus es su modelo,
y Jesus ha baxado desde el cielo,
á pesar de sus faltas y sus vicios,
á hacer por él divinos sacrificios.

Entre todos los hombres no hay ninguno,
que no sea de Dios en el aprecio
su obra, su imágen, de su sangre el precio.
Mira tú si encontrar puedes alguno,
y entónces te permito que no le ames,
y con nombre de hermano no le llames;
pero pues no hallarás uno siquiera,
no exceptúes á nadie, y considera
que si con uno solo estás malquisto,
lo estarás con el mismo Jesuchristo.

Tambien la caridad quando es profunda,
en obras meritorias es fecunda.

La caridad no estriba en los afectos,
en las obras consiste, y los efectos.
El pobre sufre, el dolorido gime,
suspira el afligido á quien se oprime,
los que lo ven, lo saben, y se alejan,
en abandono mísero los dexan,
y á su socorro próvidos no vienen,
sin duda alguna caridad no tienen.
La floxa caridad, que á obrar no acierta
al igual de la fe, se llama muerta.

La buena caridad es fervorosa,
y al remedio del mal va presurosa,
no se contenta con las intenciones,
no la bastan deseos, sino acciones;
da socorros, consuelos y servicios,
y hace, si es necesario, sacrificios;
de esta manera Christo nos ha amado,
y que así nos amemos ha ordenado.

Si vemos pobres, vamos á asistirlos,
si ignorantes, corramos á instruirlos,
si estan enfermos, vamos á aliviarlos,
y si afligidos son, á consolarlos;
hagamos obras de misericordia,
conduciendo la paz y la concordia.

Esta es la caridad que Dios prescribe,
y el que vive con ella, con Dios vive.
¡O caridad activa y generosa!
á los ojos de Dios eres preciosa,
¡mas qué poco te siguen los humanos!
¡qué poco te practican los christianos!
Lazo amable de union y de dulzura,
de la paz y amistad la madre pura,
¿cómo no estorvas tantas disensiones,
guerras, enemistades y pasiones?
¿En dónde encontrarás lugar tranquilo?
¿quál será tu refugio? ¿quál tu asilo,
si hasta la christiandad que te venera,
es tambien para tí tierra extrangera?
Tú les enseñas con principios sanos
á vivir como amigos, como hermanos,
á servirse, ayudarse y socorrerse;
mas ellos solo piensan en perderse,
se agitan, se atormentan, se amenazan,
la túnica de Christo despedazan,
se matan, se asesinan y se entierran,
y á tí como vandida te destierran.
¿Era para esto, Salvador querido,
haber vos á la tierra descendido?

Tú pretendias como padre bueno
llevar todos tus hijos en tu seno,
como pastor querias que sin daño
tus ovejas vinieran al rebaño,
como víctima al fin, con triste suerte
sufrir quisiste vergonzosa muerte,
para darnos exemplo y enseñarnos,
con qué modo debemos gobernarnos.
¡Qué poco aprovechamos tus lecciones!
¿Quién viendo nuestras fieras divisiones,
y cómo trabajamos por perdernos,
por tus hijos podrá reconocernos?
Hombres, que aunque de barro fabricados
á la imágen de Dios estais criados,
amaos todos como Dios nos ama,
que de la caridad la pura llama
inflame nuestros tiernos corazones,
y probad vuestro amor con las acciones.
Amaos en la tierra con el zelo,
con que se aman los santos en el cielo.

POEMA XX.

LA GRACIA SANTIFICANTE.

PARTE PRIMERA.

Al hombre nada le es tan importante,
como bien conocer el alto precio
de la gracia de Dios santificante,
y hacer de tanto bien el justo aprecio,
á fin de que con ánimo esforzado
la adquiera, ó la conserve con cuidado.
Esta gracia le eleva dignamente
á un órden superior tan eminente,
á tan sublime, tan divino estado,
que por ella está el hombre destinado
á la inmortalidad que le prepara,
y á Dios para gozarle cara á cara,
no con vista fugaz y transitoria,
ni tampoco á traves de nube obscura,
sino en su plenitud eterna y pura,
y en todo el esplendor de su alta gloria.
Bien sobrenatural, noble alianza,
con la qual aun del mundo en el abismo

el mortal venturoso que la alcanza,
se levanta feliz sobre sí mismo,
y puede ya mirar como segura
la amistad de su Dios, y su ternura.
 El grande Apóstol aun á mas se abanza,
y de la misma gracia iluminado
hablando de ella, dice en su alabanza,
que quando el hombre está santificado,
el Dios de amor con celestial fineza,
para que esté con él mas enlazado,
le participa su naturaleza,
y que en cierta manera le renueva,
dándole nueva esencia, vida nueva;
que el hombre de los vicios separado
vivir para sí mismo ha renunciado,
y que como su vida antigua quita,
Dios es quien vive en él, y en él habita.
 Esta gracia es su título elevado,
su título mas propio y efectivo,
pues le hace hijo de Dios, hijo adoptivo.
Ya el discípulo amado,
ved quanto Dios, nos dixo,
con encendido amor tierno nos ama,
pues que no solo su hijo al hombre llama,

sino que en realidad le hace su hijo.
Jesuchristo es el hijo por esencia,
el hombre de adopcion, y por herencia,
y lo que es natural que nos asombre,
no siendo mas que efímera ceniza,
el Espíritu Santo le autoriza
á dar á Dios de padre el dulce nombre.
¿Pero hemos nunca bien considerado
lo que nombre tan alto y elevado
debe imponer al hombre agradecido?
Penetremos la fuerza y el sentido
de lo que dice el celestial maestro,
quando decir nos manda Padre nuestro.
En la oracion sagrada que su labio
enseñó al ignorante como al sabio,
y en que su gloria, y el perdon pedimos,
de Padre el dulce nombre repetimos.
Manda que nuestro Padre le llamemos,
pero quiere tambien que no olvidemos,
que este divino Padre está en los cielos,
para que con solícitos anhelos,
despreciando los bienes de la tierra,
y quanto el mundo en su confin encierra,
á otros bienes no aspire nuestro anhelo,

sino á los altos que nos guarda el cielo.
Pues que la gracia á Dios nos da por Padre,
á fin de que este título nos quadre,
debe derecho darnos á su herencia,
y le da; pues nos hace su excelencia
de su gloria felices herederos,
y del dulce Jesus coherederos.
Un padre de este mundo que tuviera
un hijo digno de él, nunca debiera
adoptar otros hijos, pues partida
su herencia, y entre los otros dividida,
no les pudiera dar la parte suya,
sin que la del primero disminuya.
No es lo mismo con vos, Dios adorado;
vos habeis adoptado
por vuestros hijos á los hombres todos,
vos los enriqueceis por varios modos,
sin que los muchos dones de cada uno
disminuyan la suerte de ninguno.
Vuestros tesoros son ilimitados,
y tan multiplicados
como la luz del sol, que propagada
lo alumbra todo sin que pierda nada.
Yo no gozara ménos

de mis dias tranquilos y serenos,
ni reparará ménos mis desmayos
con el fuego del sol y con sus rayos,
quando en el mundo solo yo me viera,
y que otro compañero no tuviera.
Hijos de Dios, abrid los corazones,
y recibid sus inefables dones.
Los hijos de la tierra siempre inciertos
heredan en la tierra de los muertos;
pero de Dios los hijos adoptivos
heredan en la tierra de los vivos:
su Padre les prepara la dulzura,
y la gracia estos bienes les procura.
Aun quando el hombre habita el triste suelo,
con su alma pura es morador del cielo.
Desde que Dios la ve santificada,
desciende, y hace en ella su morada,
en ella aunque invisible está presente,
la llena de su ardor interiormente,
la da la luz de su sabiduría,
en las obscuridades es su guia,
su fuerte protector en la batalla;
de modo que en el alma Dios se halla
como un Emperador, que con misterio

reyna tranquilo enmedio de su imperio;
como un amante padre que reside
en su familia, y tierno la preside;
como atento pastor, que su rebaño
libra de todo mal, de todo daño;
como piloto que le guia al puerto,
y todas las virtudes de concierto
descienden á adornarle en el instante;
la viva fe con su farol brillante,
la esperanza con todos sus ardores,
la caridad con todos sus fervores.

Hasta los santos Angeles gloriosos,
que habitan en el cielo venturosos,
baxan al alma con ardiente anhelo,
y en ella asisten sin dexar el cielo;
cielo es tambien el alma que es bendita,
pues Dios, el mismo Dios en ella habita.

¡O gracia! ¡gracia amable! fuente pura,
de cuyo manantial rico y hermoso
sale de tantos bienes la dulzura;
rocío celestial y delicioso,
que con tu fresco humor al alma inundas
y sus virtudes próspero fecundas;
tierra de promision, en cuyo suelo

nacen frutos, que son dignos del cielo,
¿ qué mortal no te adora? ¿ no te admira?
¿ quién por tí no suspira?
¿ Cómo, vil corazon, no la prefieres
á todos los tesoros y placeres,
que la tierra pudiera presentarte?
¿ cómo de nada puedes ocuparte?
¿ cómo á buscar te atreves otro empleo,
ni ofrecer otro objeto á tu deseo?
Sin la gracia el mortal mas poderoso,
el Monarca mayor, y el Potentado
son un objeto báxo y asqueroso;
y con ella el mortal mas desdichado
es para el cielo grande y glorioso.
Mira aquel hombre pobre, abandonado,
de trapos y de andrajos revestido,
del mundo y de las gentes despreciado;
pues bien, si este mortal virtuoso ha sido,
si la gracia divina en su alma encierra,
á los ojos de Dios es estimado
mas que todos los Reyes de la tierra,
si por desgracia se hallan en pecado.
Mira por otro lado
á ese conquistador, que está orgulloso,

que el mundo admira como portentoso,
ceñido del laurel de la victoria,
á quien se canta el himno de la gloria;
pues bien si ese mortal no está en su gr acia
es un objeto á los divinos ojos
de horror, de desafecto, de desgracia,
de indignacion, de cólera y enojos.

¿Quiéres ver un exemplo mas sensible?
pues vamos á buscarle; ¿pero en dónde?
No en los palacios en que un Rey se esconde
sentado sobre un trono inaccesible;
no en las tropas brillantes y gloriosas,
que han texido con manos victoriosas
alto dosel á los conquistadores;
ni en los que visten telas, pisan flores,
y gozan las delicias de este mundo,
sino en un muladar triste é inmundo.

PARTE SEGUNDA.

El Señor habla, ¿habeis considerado
á Job mi servidor? sí, bien le veo;
¡pero ay mi Dios! ¡en qué asqueroso estado!
¡espectáculo horrible! ¡objeto feo!

lleno de lepra está, todo llagado,
los gusanos le tienen carcomido,
no tiene miembro que no esté podrido.
El Señor de esta suerte ha continuado,
pues bien este mortal, cuya apariencia
es de ser por el cielo perseguido,
es el objeto de mi complacencia.
Yo le fié el cuidado de mi gloria,
y la sostiene bien con su victoria.
Al través de las llagas que le cubren,
mil virtudes mis ojos le descubren,
y enmedio del horror de su desgracia
veo brillar los rayos de mi gracia;
el muladar inmundo, que le aflige
es un altar, que su virtud me erige,
en que se ofrece él mismo en sacrificio,
yo le acepto benévolo y propicio.
Pero considerad, y muy despacio
al soberbio que vive en su palacio,
ostentando grandeza y arrogancia,
exâminad del rico la abundancia,
y ved que, si en desgracia estan conmigo,
no pueden esperar mas que el castigo;
el muladar de Job es á mis ojos

mayor que un trono lleno de despojos,
y con su lepra Job me es mas querido
que el que de seda y oro va vestido.
¡O gracia celestial! ¡si tu belleza
sirve de complacencia á un Dios tan sabio,
quánto debe estimarte mi flaqueza!
¿mas qué expresion encontrará mi labio?
tú lo puedes decir alma contrita,
de quien envidio la felice suerte;
dinos lo que sentiste, alma bendita,
quando pudiste vigorosa y fuerte,
para volverte á Dios con eficácia,
dexar los vicios, y buscar su gracia.
¿Qué pudiste sentir sino consuelo,
el fuego del amor, la paz del cielo?
y si tu pecho lágrimas vertia,
era llanto de amor y de alegría.
Dínos ¿cómo tranquíla y venturosa
entraste en una tierra deliciosa,
en que la leche con la miel corria,
y cómo la virtud te ha compensado
los placeres del mundo que has dexado?
¿Pero yo mismo ¡ó Dios! puedo olvidarme
de este dulce momento, en que movido

por tu impulso, que quiso iluminarme,
imploré tu perdon arrepentido?
Feliz mil veces yo, si tu clemencia
ha aceptado mi tarda penitencia,
si mi justo dolor te ha sido grato.
Mi corazon seria monstruo ingrato,
si volviera á perder este tesoro,
á cuya vista estiércol es el oro;
si yo fuera capaz de esta malicia,
¡qué objeto de furor á tu justicia!
¡Quánto, mi Dios, tus santos han sufrido,
por conservar tal don! ¡quánto han temido
perderle con zozobra siempre inquieta!
Vos solitario, vos anacoreta,
¿por qué habitais desiertos alejados,
en profundas cavernas sepultados?
Es que guardamos, ellos me responden,
un gran tesoro, pero en frágil vaso,
y nuestras ánsias tímidas se esconden,
para que ni el intento ni el acaso
nos lo pueda quebrar, y esté seguro
en la custodia de un asilo obscuro.
Y vosotros, austéros penitentes,
que pareceis cadáveres vivientes,

¿ por qué abrazais con esa atroz violencia
el rigor de tan dura penitencia?
Es, me dicen aquellos héroes santos,
mezclando los suspiros con los llantos,
que el precio de la gracia conocemos,
y nuestra débil condicion tememos.
Y vosotros, ó Mártires dichosos,
de la fe los atletas generosos,
¿ cómo vais al suplicio tan enteros
á pesar de las horcas y braseros?
¿ y por qué con los miembros palpitantes
tan gozosos estais y tan constantes?
Porque muriendo, dicen, nos libramos
del riesgo de faltar al Dios que amamos,
y porque nuestras ánsias encendidas
perder por él quisieran muchas vidas.
La gracia tiene muchos enemigos,
no la bastan los rígidos abrigos,
sino la guarda un inmortal cuidado;
es un espejo terso y despejado
pero un soplo le empaña; flor bonita,
pero el áura mas leve la marchita.
¿ Quántos fieros contrarios la combaten,
que feroces la atacan, y la abaten?

El demonio con cólera traydora
intrépido la insulta, y la devora;
el mundo corruptor que nos pervierte,
con su imperio falaz la da la muerte,
y nuestras mismas míseras pasiones,
que engañan los incautos corazones,
hacen siempre á la gracia cruda guerra,
y una sola del pecho la destierra.
¡O gracia! ¡ó don de Dios! ¿cómo es posible,
que tú que eres tan dulce y apacible,
te puedas sostener en una tierra,
en que tantos contrarios te hacen guerra?
¡Qué cuidado fiel, qué vigilancia,
qué temor saludable, qué constancia
no debieras poner tú de tu parte,
para de tantos riesgos libertarte!
Quando en peligro la fortuna vemos,
la salud, el honor, ó nuestra vida,
¡qué atencion, qué conato no ponemos!
A una leve del mal acometida
todos sin libertad nos alteramos,
y nuestra turbacion justificamos,
diciendo que se trata de la vida.
¡Y qué ciegos que somos! ¿mas querida

á nuestros ojos es esta ligera
vida terrestre tan perecedera,
y turba mas su riesgo nuestra calma,
que la gracia de Dios, vida del alma?
¡Qué insensatez! despierta pues christiano
ve que la gracia es don tan soberano,
que si en una balanza se pusiera
todo lo que la tierra dar pudiera,
el fausto, la salud, caudal y honores,
placer, grandeza, gloria y resplandores,
quando la gracia plácida parece,
todo se eclipsa, todo desparece;
y que el amor de Dios puro y sincero
es el único bien, el verdadero,
que hacer felices en la vida pueda,
que en la muerte es el solo, que nos queda
Por conservarle, un ánimo constante
debe, sin vacilar un solo instante,
perder bienes, salud y hasta la vida,
con ser esta tan dulce y tan querida;
debe correr intrépido al suplicio,
ofrecerse á sí mismo en sacrificio,
y presentar el corazon sereno
al puñal, que le meten en el seno.

Así lo hace el christiano, porque piensa,
haciendo de la gracia justo aprecio,
que su autor es un Dios, su sangre el precio,
y una gloria inmortal su recompensa.
¡Quánto tengo, mi Dios, que baldonarme!
¡cómo debo afligirme y humillarme!
La gracia me habeis dado en el bautismo,
pero muy presto la perdí yo mismo,
y largo tiempo en tu desgracia he estado.
Divino Redentor ¿la he recobrado?
¿tu bondad generosa me la ha vuelto?
Yo lo espero, mi Dios, y estoy resuelto
á servirte desde hoy con eficacia,
y morir ántes que perder tu gracia.
¡Alma mia! de Dios eres esposa,
y si en su gracia estás, eres hermosa;
mas si de este favor estás privada,
eres esposa fea y repudiada.
La imágen eres de tu Dios amante,
si te ve con amor estás brillante;
pero, si en su desgracia estás caida,
eres imágen triste y denegrida.
Piensa que este tesoro es muy precioso,
mas que le llevas en muy fragil vaso,

y le puedes perder á cada paso.
Ruega pues con afecto fervoroso
á tu Dios, que se digne de ayudarte,
y tú con mucho ardor pon de tu parte
humildad, vigilancia y oraciones,
mas sobre todo fuga de ocasiones.

POEMA XXI.

LA SANTIDAD.

PARTE PRIMERA.

El mundo casi siempre alucinado
una idea tan falsa se ha formado
de lo que es santidad, que es conveniente
sacarle de un error tan evidente.
El se la representa como dura,
como llena de hiel y de amargura,
como terrible, rígida y austera,
como cruel, insólita y severa,
de carácter al fin tan inflexîble,
que someterse á ella no es posible.
Piensa que las personas consagradas
al servicio de Dios, y dedicadas
á practicar devotos exercicios,
estan siempre en perpetuos sacrificios,
que viven siempre en la melancolía,
que su pecho no se abre á la alegría,
y que sus dias de tristeza llenos
nunca lucen tranquilos y serenos.

Pero esta idea es falsa y engañosa,
la razon la rechaza vergonzosa,
la sincera virtud no la ha dictado,
y solo el amor propio la ha forxado
con designio y con ánimo funesto
de decir con tan frívolo pretexto,
que la virtud es alta, inaccesible,
y que subir hasta ella es imposible.
Mas tan absurdo error es insensato,
no es de la santidad este retrato,
ni le puede adaptar tan tosco trage,
la virtud no es tan rústica y salvage,
no siempre son groseros sus despojos,
no está siempre entre espinas y entre abrojos,
ni tampoco ceñuda y displicente
huye siempre el placer que es inocente,
en el retiro vive, y las ciudades,
en los desiertos y comunidades,
en los valles habita y las montañas,
se encuentra en los palacios y cabañas,
igualmente sus útiles trabajos
de púrpura se visten, ó de andrajos.
Israel, otras veces le decia
el Profeta á su pueblo, no presumas

que la ley santa que el Señor te envia,
contenga en sí dificultades sumas;
no pienses que de tí se halle distante,
y que tu esfuerzo no será bastante;
para cumplirla bien no necesitas
de afanes raros, penas exquisitas,
no has menester con pasos siempre inciertos
vagar entre cavernas y desiertos,
ni á pesar de malezas y marañas
repechar por las ásperas montañas,
ó á traves de peligros y pesares
atravesar desconocidos mares.

Tú la puedes cumplir tranquilamente,
sin salir de tu patria y de tu gente,
sin renunciar tus bienes y fortuna,
ni aventurar tu vida en forma alguna.
Dios que conoce al corazon humano,
le ha puesto la virtud tan á su mano,
que el que la quiere hallar sinceramente,
presto podrá encontrarla fácilmente.

Porque en fin la virtud ¿en qué consiste?
¿y qué se debe hacer para ser santo?
Hombre mortal, que para Dios naciste,
yo te voy á enseñar secreto tanto,

yo te voy á mostrar el buen camino,
que conduce á tan próspero destino.
¡Ah! si alguno del mundo le dixera,
y de modo que el mundo lo creyera,
¿quién desea aprender todos los medios
de ser en breve rico, poderoso,
y tener un destino venturoso?
yo vengo á descubrirle los remedios;
¡con qué vivo placer, con qué alegría
este anuncio feliz se escucharia!
¡y cómo todos llenos de contento
le prestaran un oido muy atento!
Pues christiano, yo vengo en este instante
á descubrirte un bien mas importante,
y que te debe dar mayor consuelo,
que es ser rico y dichoso para el cielo.
El medio aun es mas fácil y asequible,
y fuera de esto es cierto é infalible,
pues con hacer lo que dirá mi labio,
serás al mismo tiempo santo y sabio.
Responde pues, ¿conoces tus deberes?
si los conoces bien, ya sabio eres.
¿Los cumples bien sin desviarte un canto?
No necesitas mas para ser santo.

Este es todo el secreto, el gran misterio,
que nos conduce al celestial imperio,
y para ser un santo consumado,
basta cumplir cada uno con su estado.

Esta es la vara que á los santos mide,
es lo que el cielo á los mortales pide,
y la razon lo ve con evidencia.
Los estados los dió la providencia,
ella es quien los tiene señalados,
y por ella estan todos arreglados.
Debia pues la caridad divina,
si al hombre á tal estado le destina,
darle los medios para en él salvarse,
así los medios con distintos modos
debian ser comunes para todos.
Y ¿ qué medio mas fácil puede hallarse?
¿qué medio mas corriente ni mas llano,
que se pueda tener mas á la mano,
que cumplir cada qual como conviene
con los deberes, que su estado tiene,
y este es el medio fácil y oportuno
para que santo sea cada uno?

PARTE SEGUNDA.

Así grandes del mundo, potentados,
¿ quéreis en breve ser santificados?
Si dexais el carácter orgulloso,
que á los hombres y á Dios es tan odioso,
si derramais copiosos beneficios,
si evitais la carrera de los vicios,
y despreciais del mundo los encantos,
á pesar de ser grandes, sereis santos.

¡ Jueces! vos debeis hacer justicia
con firme corazon, con alma fuerte,
juzgar los hombres, y fixar su suerte.
Si vuestra rectitud no se desquicia,
si manteneis derecha la balanza,
sin torcerla al temor ó á la esperanza,
podreis tranquilizar vuestras conciencias;
mas acordaos de que vuestras sentencias
se han de pesar en el extraordinario,
en el terrible peso del santuario.

Negociante que estás tan ocupado
en seguir tu comercio, ten cuidado
de que la probidad sea su basa.

Aunque tu suerte sea muy escasa,
no envidies las fortunas prodigiosas,
observa que son siempre sospechosas,
que inquietan al morir, y que no dexan
mas que terrores, que la paz alejan.

Artesano que estás tan fatigado
de ese trabajo duro y tan pesado,
no comiences jamas tu afan penoso
sin haberle ofrecido fervoroso
al Dios universal que te ha criado.
Yo voy á presentarte un gran dechado,
que haciendo santas tus ocupaciones,
puede darte tambien sus bendiciones.
Jesuchristo en la tierra ha trabajado:
¿ mira si á vista de modelo tanto,
quien trabaja con él no será santo ?

Tú, padre de familia, á quien el cielo
dió el encargo de quantos la componen,
si tus cuidados próvidos disponen
que todos vivan con christiano zelo,
si amas á tu muger y tus criados,
si en tus hijos empleas tus cuidados,
si en el temor de Dios siempre los crias,
prestándote á sus juegos y alegrías;

y enjugando tambien sus tiernos llantos,
serás santo, y harás que haya otros santos.
Y tú madre tambien, que eres honrada,
no te hagas una idea exâgerada
de la virtud, no creas que sus bienes
necesitan de fuerzas que no tienes;
la virtud es sencilla, es inocente.
Cuida de tu familia y de tu gente,
sé con todos afable, nunca escasa,
atiende á los negocios de la casa,
y no imagines que estas atenciones
puedan por cortas nunca envilecerte:
estas han sido las ocupaciones,
con que se distinguió la muger fuerte.
Sin duda son ligeras, son pequeñas,
pero ellas son los rasgos, son las señas
con que el divino espíritu bosqueja
á esta ilustre muger: las otras dexa,
solo pinta su zelo y su cuidado,
y es por esto que tanto la ha alabado.
Hijos, tened respeto á vuestros padres,
prestad á sus consejos obediencia,
sumision y ternura á vuestras madres,
y á los dos humildad y reverencia.

Si en tan justas virtudes estais fixos,
de vuestro Dios tambien sereis los hijos.
Doncella, si deseas ser virtuosa,
está siempre decente y decorosa;
de tu sexô es carácter la decencia,
mas de tu estado es casi como esencia.
Que el pudor no se aparte de tu frente,
ni de tus dulces ojos la inocencia,
que tu labio jamas sea imprudente,
que tus acciones blandas y compuestas
siempre sean tranquilas y modestas,
y que el candor unido á la dulzura
nos muestren que eres casta, que eres pura.
Doncella tan feliz al mundo encanta,
Dios y los hombres la apellidan santa.
Criados, con vosotros tambien hablo,
como os habló otra vez el gran San Pablo.
Ya sabeis que Jesus ha descendido,
y á sus propios Apóstoles servido;
servid pues vuestros amos con constancia,
servidlos con respeto y vigilancia:
el precio de este afan, de este desvelo
será reynar con ellos en el cielo.
En fin christiano, seas el que fueres,

si en estado muy próspero te vieres,
desconfíate mucho de este estado:
no es esta la vereda que han tomado
por lo comun los santos hácia el cielo:
mas si te ves en pena y desconsuelo,
alégrate, porque este es el camino,
que va derecho al próspero destino.
Marcha por él sumiso y valeroso,
adora el brazo que te da piadoso
un golpe paternal, y con paciencia
ofrécele en humilde penitencia
esos males, que causan tu quebranto:
si esto bien executas, ya eres santo.

Si pues de santo aspiras á la gloria,
esta máxîma graba en tu memoria,
¿qué haré yo para ser santificado?
cumplir con los deberes de mi estado.
Quando digo deberes, yo no entiendo
lo que es extraordinario y estupendo,
ni acciones que parezcan maravillas,
sino las mas comunes y sencillas,
que estan mas á la vista y á la mano,
ser buen padre, buen hijo, buen hermano,
buen amigo, buen amo, y buen pariente.

Así pues para ser santo eminente,
hacer á cada qual le bastaria,
lo que hace por su estado cada dia.
Mas debe practicarlo de otro modo;
esto es todo por Dios, y muy bien todo,
servir, poniendo en Dios nuestros deseos,
con mas fidelidad nuestros empleos,
con mayor probidad nuestro negocio,
con el zelo debido, y ningun ocio,
con mayor atencion las oraciones,
con mas vivo dolor las confesiones,
la comunion mas tierna y fervorosa,
en fin que toda accion sea virtuosa,
mas hecha con ardor y con firmeza,
y sobre todo con mayor pureza;
la intencion debe ser bien ordenada,
y á Dios únicamente consagrada.
Esto es lo santo, y lo que santos hace.
El que hace lo que debe, á Dios complace,
y si lo hace por Dios con vivo zelo,
santo le llama el mundo, y santo el cielo.
De esto se infiere bien, quánto es culpado
el que en su estado tiene esta cosecha
de virtudes que no las aprovecha,

y que se pierdan dexa descuidado.
Es como el necio que se ve vencido,
porque por su descuido se halla inerme,
y como el negligente que ha perdido
rico tesoro, porque incauto duerme.

Despertemos nosotros del letargo,
y pues que en nuestro empleo, y nuestro encargo,
en el estado mismo que tenemos,
hasta la santidad subir podemos;
pues que Dios nos ha dado medios tantos,
trabajemos, christianos, por ser santos.
Santos en todo, santos con constancia,
santos en todo tiempo y circunstancia,
santos de pensamientos siempre puros,
de principios tan firmes y seguros,
que nunca puedan admitir idea,
que de Dios y la fe digna no sea.

Santos en un amor vivo y ardiente,
que por su Dios se muestre indiferente
á todas las humanas aficiones;
santos tambien en todas las acciones,
que jamas las infeste la malicia,
y siempre las gobierne la justicia.

Santos dentro de casa, porque en ella

reyne el órden, la paz y la union bella,
y santos en las calles, en el templo,
y en todas partes para dar exemplo.
Santos en la abundancia y la pobreza,
santos en la alegría y la tristeza,
santos al fin en qualesquiera suerte,
santos en vida, santos en la muerte.
El que sepa adquirir méritos tantos
irá un dia á reynar entre los santos.

POEMA XXII.

LA PAZ DEL ALMA.

PARTE PRIMERA.

¡O dulce paz del alma! ¡ó venturoso
el corazon que vive sin disgusto!
que en tranquilo reposo,
y en todos los sucesos resignado,
respira sin temor, vive sin susto,
á Dios como á su padre abandonado;
que ni la suerte dura
le puede atormentar con su amargura,
ni el próspero destino,
quando marchando va por su camino,
puede alterar su pecho sosegado:
¡ó bienaventurado
el hombre á quien el cielo
da en la tierra tan plácido consuelo!

Mas ¿quién puede gozar de tal reposo?
El mortal virtuoso,
que ama á su Dios con voluntad entera,
que le adora, y le sirve fervoroso,

y que estar en su gracia humilde espera.
No está seguro, nadie estarlo puede,
este don á un mortal no se concede,
San Pablo no lo estaba, mas rendido
á la ley de su Dios y su doctrina,
la sigue con afecto sometido,
su conciencia, por mas que la exâmina,
no le baldona nada,
su alma fiada en la bondad divina
piensa que, si al instante arrebatada
fuera de Dios al tribunal postrero,
hallara un padre mas que un juez severo:
esta amable esperanza
produce su tranquila confianza.
La paz de la virtud es recompensa,
en vano hallarla piensa
el que á sus gustos solo dedicado
vive sin freno, ó vive descuidado.
El cielo la concede únicamente
al mortal que con ánimo esforzado,
evitando las faltas mas groseras,
no se permite ni aun las mas ligeras;
que quando le habla Dios interiormente,
responde puntualmente,

y abre su corazon con eficacia
á los dulces impulsos de la gracia;
que en las dudas procura esclarecerse,
en los remordimientos contenerse;
que en qualquier suceso malo ó bueno
se mantiene sereno,
reconoce de Dios la providencia,
y se somete con tenaz paciencia.

Así libre de afanes y temores,
sin inquietud que su ánimo atormente,
solo piensa en servir atentamente
á su Dios, el Señor de los Señores,
en temblar de sí mismo y su flaqueza,
en llorar de su vida los errores,
y espera que á pesar de su baxeza,
huyendo todo mal, toda discordia,
la hallará todavía,
porque sabe que el Dios en que se fia,
es Dios de paz y de misericordia.

¡O mil veces dichoso
el que libre de todas inquietudes
ganó con sus virtudes
este tesoro que es el mas precioso!
que hace el debido aprecio,

por haberle comprado á mucho precio.
¡Ay! ¡cómo le conserva cuidadoso!
¡cómo con dulce ardor, con calma pura
sabe gozar de Dios y su dulzura!

Vosotros los mortales corrompidos
no lo podeis pensar; abandonados
al grosero placer de los sentidos,
y de fuertes pasiones embriagados,
ni siquiera se ofrece á vuestra mente,
que pueda estar contento y sosegado
el corazon sencillo é inocente,
que está conforme con su baxo estado.

Los que atados con rígidas cadenas
en sus torpes placeres desreglados,
buscando las delicias, hallan penas,
y sudan para hacerse desdichados,
no se imaginan que un obscuro asilo,
donde no hay resplandor, ni nacen flores,
pueda habitar un ánimo tranquilo,
que no envidie tan frívolos errores.
Este gozo de Dios sublime y puro
á los profanos ojos está obscuro.
De la virtud el plácido semblante
á su vista es muy triste y desabrido,

y siempre la calumnia el que ignorante
su placer interior no ha conocido.
Pero anda á preguntar al alma pura,
que en su cabaña obscura
sin galas, diversiones ni paseos
habita sin temor y sin deseos;
al alma simple, al corazon derecho,
que amando todo lo que Dios ha hecho,
y mas que todo á Dios, viviendo justo,
le sirve con placer, le ama por gusto.
Observa su ayre cándido y modesto,
el tono de su voz suave y compuesto,
mira esos ojos, cuyo aspecto blando
la dulzura del cielo estan vibrando;
pregúntale despues, ¿si el Dios que adora,
no endulza con su ardor y su terneza
de su austero retiro la aspereza?
¿si no encuentra placer en lo que llora?
¿si el olvido del mundo y la pobreza
le afligen un instante noche ó dia?
¡Ah! cómo te dirá con alegría,
que los gozos del mundo son livianos,
mezclados de dolor, muy inferiores
á los placeres vivos, soberanos,

á las delicias puras é interiores,
que el Dios de amor al corazon destina,
quando le embriaga en su embriaguez divina.

Quando esta dulce paz entra en el pecho,
el corazon del hombre dilatado
las vias del Señor sigue derecho,
con su divino influxo confortado.
En las virtudes rápido se abanza,
y los dones de Dios feliz alcanza,
la dulzura, el reposo sosegado,
la quietud, el amor y la esperanza.
Ya vive con su Dios, y ya no vive
sino solo para él, pues de él recibe
solamente su vida y su contento.
Desde entónces para él ya no hay tormento,
ya no hay penas, afanes, ni inquietudes,
la austera penitencia le es amable,
y por el dulce amor de las virtudes
hasta la soledad le es agradable.

Así de tanta dicha satisfecho
de ningun bien humano necesita:
él sabe que la paz está en su pecho,
y que solo en la paz su Dios habita;
que este es el reyno santo y venturoso,

que el mismo Dios nos reveló piadoso
formarse en nuestros propios corazones;
que Dios unirse quiere con el alma,
y enriquecerla con sus santos dones,
pero es preciso que la vea en calma;
porque no viene á una alma turbulenta;
la paz le forma el trono en que se sienta.

¡O paz, hija de Dios! fiel retrato
del Padre omnipotente de que vienes,
¡quánto tú le pareces en el trato,
en la dulzura y caridad que tienes!
Si algo pinta en el mundo la grandeza
del sabio autor de la naturaleza,
es el justo que firme, imperturbable,
vive tranquilo en paz inalterable.

El corazon del hombre es muy flexîble,
débil, floxo y sensible,
y quando sufre vigoroso y fuerte
los esquivos rigores de la suerte,
soportando el dolor, sufriendo sabio
la injusticia, la afrenta y el agravio,
se muestra superior á su destino,
y parece acercarse á lo divino.

Solo Dios y su auxîlio favorable

pueden tenerle en calma tan estable,
y hacerle practicar virtudes tantas,
que todas son divinas, todas santas.
La enfermedad, la muerte y sufrimiento,
léjos de hacerle mal son su contento;
para su gusto es dulce la amargura,
sufre con sumision la suerte dura,
de todo se consuela, quando piensa,
que en el cielo hallará la recompensa.
Así eleva al mortal con su dulzura
á sublime region, á esfera pura,
y le arranca á pesar de su flaqueza
rasgos, que exceden la naturaleza:
siempre fiel, siempre exâcto y diligente
ama á todos, de todos es amigo,
porque está bien, su corazon lo siente,
con su Dios, con su próximo y consigo.
Con su Dios todo amor y confianza,
se abandona á su dulce providencia,
siempre de su Señor en la presencia
con los ojos del alma, ardiente lanza,
fuegos de amor, que salen de su seno,
y suben al altar de un Dios tan bueno.
Con el próximo todo deferencia,

dulzura, caridad, condescendencia,
jamas resentimiento, nunca queja,
esto turba la paz, esto la aleja;
si ve defectos, trata de esconderlos,
si busca males, es por socorrerlos.
Consigo mismo duro y laborioso,
quando tiene caudal es generoso;
pero en qualquiera suerte ó circustancia
no flaquea su intrépida constancia,
y siempre pronto á entrar en el combate,
nada le desconcierta ni le abate.
Si se viera perdida su fortuna,
puesto en prision por pérfidos testigos,
si viera, que traydores sus amigos
no le dexaban esperanza alguna,
y que todo recurso al fin es vano,
sensible, es natural, pero christiano,
se le veria firme y sometido,
como un peñasco de la mar batido,
y presentando inmóvil blando el ceño,
con semblante pacífico y risueño,
de todas estas ruinas formaria
un altar, que á su Dios consagraria,
y para hacerle la oblacion entera,

un cántico de gracias añadiera.

Lo que da horror á su ánimo esforzado
es el odioso aspécto del pecado,
del pecado mortal, cuya malicia
hace que huya la paz con la justicia;
y si por su flaqueza ó su desgracia
ve, que ha perdido la divina gracia,
entónces los gusanos torcedores,
y los remordimientos vengadores
de su Dios ultrajado
el corazon le dexan destrozado.

Busca la paz; pero la paz se ha ido,
oye la voz del arrepentimiento,
y entónces humillado no abatido,
llora su error con trágico lamento,
implora la virtud que ha abandonado,
se acuerda de su Dios, Dios de clemencia,
que para perdonar el atentado,
solo espera á mirar la penitencia.

Corre veloz al tribunal sagrado,
en que por un poder que es infinito,
la confesion del pérfido delito
se hace virtud; se acusa prosternado,
gime, pide al Ministro que le auxílie,

que con su amado Dios le reconcilie,
y no nace en su alma
la suspirada paz, la dulce calma,
sino quando el Ministro allí le absuelve,
le dice vuelve en paz, y en paz se vuelve.

PARTE SEGUNDA.

Pero ¿quánto es mayor su alta ventura,
quando al salir de tan profundo abismo,
va y recibe á su Dios, á su Dios mismo?
¡Qué gozo! ¡qué dulzura
quando se acerca á la divina mesa,
que su Dios viene, y que su boca besa!
El recibe con ánsia enardecida
esa carne, que al alma da la vida,
esa carne de un Dios sacramentado,
que destruye el pecado,
que de su fuego el corazon aviva,
de la inmortalidad simiente viva,
que con activo ardor el pecho enciende,
y á mas alta virtud subir pretende.
Arde de nuevo en el amor divino;
pero la paz le descubrió el camino,

el dolor se la trajo, la esperanza
puso en el corazon la confianza,
y encendió de la fe la antorcha obscura,
despertando su amor y su ternura.
¿Cómo pudiera un ánimo turbado
sentir la dulce union, que el cielo quiso
producir por amor, quando apiadado
inflamó nuestras almas? es preciso,
que el corazon del hombre esté sereno,
para sentir que Dios está en su seno.

Así la dulce paz es necesaria
de su vida en el curso á los mortales:
ella regúla su fortuna varia,
criando bienes, y templando males;
pero nunca es mas útil á su suerte
que en el triste momento de la muerte.

Mira aquel moribundo, que en su lecho
desfigurado, pálido y deshecho
lucha con ella, pues que ya fallece;
quanto registra todo le estremece,
todo es funesto, negro y pavoroso,
de la muerte el aspecto es espantoso.
La inquietud de su pecho se apodera,
mas urgente el terror le desespera,

muchos espectros de semblante duro
andan vagantes en su quarto obscuro,
y ve que le amenazan enojados:
sus amigos, que llegan consternados,
sus parientes, que quieren asistirle,
solo vienen allí para afligirle;
ya no puede esperar remedio humano.
¡Ay mi Dios, si tambien llega el tirano,
el voraz y cruel remordimiento,
¡quál será su terror! ¡quál su tormento!
Pero no; este mortal era virtuoso,
ó por lo ménos con la penitencia
supo dexar tranquila su conciencia,
y ahora con impulso religioso,
para asistir al inflexîble juicio,
ofrece de su vida el sacrificio:
por eso con aspecto decoroso
llega la amable paz, viene á alentarle
y quiere hasta la tumba acompañarle;
con su semblante dulce y apacible
ahuyenta lo espantoso, lo terrible;
los espectros se esconden disipados,
y se deshacen todos los nublados.
Los objetos mudando de figura,

ya no se dexan ver con faz tan dura,
sino con rostro plácido, y risueño.
La muerte ya no es mas que un dulce sueño,
el juez inexôrable padre amante,
y aquel, que se llamó fatal instante,
es el momento de feliz consuelo,
en que acaba la tierra, empieza el cielo.

Vuela, divina paz, y con tus alas
como el veloz relámpago, te eleva,
vuela, y penetra las etéreas salas.
Ese feliz mortal á su Dios lleva,
y déxale en su seno soberano;
mas vuelve á consolar tanto christiano,
que para el mismo viage ya te espera.
Vuelve á la tierra rápida y ligera,
porque hay en ella muchos desgraciados,
que de infernales furias acosados
con triste afan, y congojoso aliento
aguardan con terror este momento.

¡Ah deliciosa paz! si para hallarte
quando salimos de este triste mundo,
nos fuera necesario ir á buscarte
de una obscura caverna en lo profundo,
habitar los desiertos horrorosos,

ó atravesar los mares procelosos,
no hay mortal miserable,
que intrépido no fuera,
y todos esos riesgos no corriera.
¡O paz dulce y amable!
del celestial tesoro el bien mas alto,
¿nos dexarás en tanto sobresalto?

Pero no, paz divina, paz celeste,
nunca te pones tú léjos del alma.
Para gozar de tu agradable calma,
es preciso sin duda, que algo cueste;
mas quando ciega la pasion no ofusca,
te halla seguramente el que te busca.
Para encontrarte en la hora postrimera,
buscarte en vida es el mejor camino:
tú conduces segura á su destino
al que te supo dar la vida entera,
al que en vida te amó con pasion pura:
el gozo de tu alhago y tu dulzura,
ántes de que nuestra alma se despida,
es el fruto y trabajo de la vida.

¿Pero hay medios con que nuestro respeto
se pueda procurar este tesoro?
sin duda::: Dios eterno, Dios que adoro,

dígnate de explicarme este secreto;
yo deseo saberlo únicamente
por adorar mejor á un padre amante,
por gozar de su amor tranquilamente,
con paz dulce, con ánimo constante.
Dime, pues ¿cómo yo podré lograrla?
¿y quáles son los medios de ganarla?
El primero, el mayor, el necesario
es evitar con voluntad entera,
con ardor incesante y nunca vario
la sombra de pecado mas ligera.
Este es el enemigo, es el contrario,
que con fuerza mayor la paz altera,
veneno activo, que ponzoña vierte,
puñal terrible, que la da la muerte,
gusano roedor, que en ella mora,
vuitre, que las entrañas la devora.
El pecador jamas estará en calma;
¿y de qué paz podrá gozar el alma,
quando viene á pensar, que Dios en ira
la aborrece, y colérico la mira?
Era digno de tí, Dios grande y justo,
que el hombre, que desprecia por un gusto
de tu ley soberana la dulzura,

no pueda hallar en él mas que amargura;
pero mas infeliz, si en su pecado
pudiera estar tranquilo y sosegado,
gozando de sus pérfidos placeres.
¡ Qué funesta señal ! la mas terrible;
ya no eres mas su Dios, su padre no eres,
pues parece á tus iras insensible.
Tú no nos abandonas, ni te alejas,
quando en el alma dexas
algun remordimiento que la asombre;
pero quando este calla, ¡ á Dios el hombre!
Otro medio tambien para que venga
la paz al corazon, es el cuidado
de arrojar todo gusto desreglado,
todo deseo, que malicia tenga;
y si á pesar del mundo y de su abismo
la paz del cielo buscas en la tierra,
declarales la guerra
á todos tus sentidos, y á tí mismo.
Evita sobre todo las pasiones;
sus mentidas perversas ilusiones
seducen con su error los hombres ciegos,
son furiosos volcanes, cuyos fuegos
en el alma producen el desórden,

y se oponen á Dios, autor del órden.
La razon las sujeta con su freno;
nunca la paz habitará en tu seno,
sino reglas con zelo y con prudencia
el ímpetu feroz de su violencia:
una sola pasion quando es urgente,
desregla el corazon, turba la mente.
Pero el medio mas cierto é infalible
de obtener este bien apetecible,
es levantar el corazon al cielo,
dexar todo conato, todo anhelo,
y con ánimo humilde abandonado
estar siempre dispuesto y resignado
á recibir de Dios lo que te venga,
sin que el deseo nunca lo prevenga;
arrojarse en sus brazos sin tardanza,
fundar en su bondad nuestra esperanza,
hacer nuestros deberes con empeño,
y dexarle despues único dueño
de ordenar nuestra suerte, como quiera,
vil ó elevada, triste ó placentera.
Dios sabe lo que el hombre necesita,
su caridad de padre es infinita;
fiemos pues en ella, y con paciencia

esperemos su dulce providencia.

Quando el alma ayudada de la gracia
ha logrado esta paz dulce y secreta,
¿qué disgusto, qué acaso, qué desgracia
pueden hacerla tímida ó inquieta?
¿Qué puede conturbar al que prefiere
la voluntad de Dios en quanto hiciere,
que desea que en nada se limite?

¿Qué estado tan felice, qué reposo
goza el mortal, que puro y religioso
á la divina ley siempre sujeto,
fiado en su bondad nunca está inquieto,
porque amar sometido se propone
todo lo que hace el Dios que lo dispone?

¡Gran Dios! si alguna vez mi voz sensible
ha subido á tu trono inaccesible,
y me oyó tu bondad benignamente,
mas que nunca hoy te implora reverente.
Dame, dame, Señor, la paz amable,
esa paz con que ya tu gloria empieza.
Otros á tu piedad inagotable
pedirán la fortuna, la grandeza,
la vida acomodada, el alto empleo;
mas yo sola la paz, la paz deseo.

Esa divina paz que de tí viene,
ese bien en virtudes tan fecundo
yo no le puedo conseguir del mundo,
que nadie puede dar lo que no tiene;
ménos la puedo hallar en mi flaqueza.
Tú que formaste mi naturaleza,
sabes que mi alma siempre vacilante
conturbada se siente cada instante,
y que mi corazon infeliz gime
del mas ligero mal que le comprime;
y pues solo, Señor, de tu ternura
puede esperar mi ardor dicha tan pura,
haz reynar en mi pecho, da á mi anhelo
esta paz, con que reynas en el cielo.

POEMA XXIII.

LA ESPERANZA.

PARTE PRIMERA.

Nace el hombre en el llanto,
vive con penas, muere con dolores,
y muere desdichado, si no es santo:
esta es en breve toda su carrera.
¡Qué infelice que fuera!
jamas sufrir pudiera sus rigores,
si una dulce esperanza no tuviera;
pero espera delicias celestiales
por feliz recompensa de sus males,
y esto basta á aliviar su infausta suerte,
pues con esta esperanza sostenida
soporta los afanes de la vida,
y endulza los horrores de la muerte.
¿Qué hace el hombre en la tierra?
sufrir; este parece su destino.
Quanto exîste en el mundo le hace guerra,
y marcha por un áspero camino
tan lleno de tropiezos y embarazos,

tan cubierto de redes y de lazos,
y al mismo tiempo lóbrego y obscuro,
que en él no puede dar paso seguro.
El mundo no le ofrece mas que errores,
y ninguna luz cierta le presenta;
el pan que le alimenta
le compra á mucho precio de sudores;
su vida de inquietudes está llena,
cada dia produce nueva pena,
y quanto mas se alarga,
tanto mas le parece mas amarga,
porque crece el torrente de pasiones,
de disgustos, afanes y aflicciones.
Los que le emulan nada le perdonan,
son traydores sus pérfidos amigos,
sus parientes ligeros le abandonan,
le acosan sin piedad sus enemigos,
le desconciertan todos sus proyectos,
ve malogrados todos sus afectos;
y quando ya cansado
de tantos males que aliviar desea,
quando ya de su error desengañado
algun remedio busca,
su robustez ya lánguida flaquea,

su espíritu se ofusca,
viene la enfermedad que le destruye,
y al fin la muerte todo lo concluye.
Tal es el triste, mas fiel retrato
del infeliz mortal; desde la cuna
hasta el sepulcro con destino ingrato
le persigue inflexîble la fortuna,
y este del hado pérfido abandono
alcanza á la cabaña como al trono.
El hombre desdichado
padece en todo tiempo, en todo estado,
cada qual tiene su interior lamento,
y ninguno en el mundo se halla exênto.
Si escuchar se pudieran los gemidos
de cada corazon sobre la tierra,
los afectos del pecho comprimidos,
¡ay Dios! ¡qué confusion! ¡qué horrible guerra!
Solo se oyeran tristes alaridos
de un dolor, aunque oculto deplorable,
un concierto funesto y lamentable
de gritos, de dolor, todos salidos
de las chozas, las casas y palacios
que inundaran del ayre los espacios.
¡Quántos que visten oro, y pisan flores

exhalan en secreto sus dolores,
afectando un semblante complacido!
¡Qué padres cuyo pecho está oprimido,
quántas madres sollozan sin consuelo,
qué esposas anegadas en su llanto,
qué indigentes que claman con anhelo,
qué enfermos, que en su mísero quebranto
desahogan su dolor con alaridos,
qué inocentes que sufren perseguidos,
qué presos en las cárceles atados,
qué locos, qué mendigos, qué llagados,
y tantos otros que infelices penan,
y que la tierra llenan!
Este es el hombre, y estos son los males,
á que estan condenados los mortales.
¡O Dios! Dios de bondad que los hiciste,
¿solo para penar los has criado?
¿Los hombres que á tu imágen has formado,
víctimas de dolor hacer quisiste?
y entre tanta miseria y desconsuelo
¿no les harás brillar algun consuelo?
Ven amable esperanza, y con tu encanto
alivia nuestro llanto;
ven á calmar tan míseros dolores

con tus dulces y bellos resplandores.
Quando tú nos declaras
de los bienes eternos la dulzura,
y la dicha inmortal que nos preparas,
tú nos endulzas toda su amargura.
Qué alivio, qué consuelo
es poderse decir en su desvelo,
yo padezco, es verdad, gimo en la tierra,
que es mansion del dolor, pais de guerra,
pero yo soy formado para el cielo,
para obtener placeres superiores,
y gozar de divinos esplendores:
todo pasa en el mundo, y pasa presto,
gustos y penas, gozos y dolores,
y no quedan ni huellas de todo esto.
¡O dia grande de la luz eterna!
dia sin fin, la noche en tí no alterna,
quizá va á despuntar tu primer rayo,
yo te espero sin ánsia ni desmayo;
se acabarán mis males pasageros,
y empezarán los bienes verdaderos.
Yo aspiro á un trono de inmortal grandeza,
trono que nunca acaba, quando empieza,
y debo con mis méritos ganarlo;

yo he sido delinqüente, debo expiarlo.
Yo me dirijo á celestial destino,
fuerza es sufrir las penas del camino.
¿Qué importa que esta vida deleznable
se pase en la amargura,
si de vida mejor y perdurable
puedo ganar con ella la dulzura?
El mal dura muy poco, y con la muerte
en corona de gloria se convierte.

PARTE SEGUNDA.

Así consuelas esperanza amable,
quando nos dura de la vida el peso;
¿pero quánto mayor es tu embeleso,
quando la parca dura, inexôrable
contra nosotros su furor extiende?
¿ó quándo fiera arrebatar pretende
las personas, que amamos con ternura?
Siempre el hombre la muerte se figura
con tristes sombras, y funestos velos
de destruccion, de soledad y ruina,
cubiertos de pesares y de duelos;
su limitada vista nunca atina

mas que á buscar fortunas y consuelos
en lo que el breve tiempo circunscribe;
la esperanza, que vive
con todos sus deseos en el cielo,
levanta mas su generoso vuelo,
y mira que la muerte,
quando es buena, mejora nuestra suerte,
que el fin de nuestra vida trabajosa
es el principio de otra venturosa,
y que el alma, rompiendo las cadenas
de este cuerpo mortal, libre de penas,
se transporta exhalada
á la region, para que fué criada.
Si mira, que un amigo ó un pariente
á la muerte han pagado su tributo,
á pesar de las lágrimas y el luto,
que hacen una familia tan doliente,
y que la tienen tan desconsolada,
ella sola tranquíla y resignada
consuela á los que míseros se afligen,
porque al cielo sus ojos se dirigen.
Ella dice al buen hijo que deplora
la muerte de su padre, hijo querido,
tu padre lloras, mas no está perdido;

en la mansion celeste feliz mora,
salió por fin de su destino incierto,
ya terminó su viage, llegó al puerto,
y al Padre universal por tí le implora.
Al amigo le dice, ¿por qué triste
lloras al tierno amigo, que perdiste?
No imagines, que te haya abandonado,
porque ha volado á la celeste esfera,
solo por breve tiempo separado
reunirse contigo presto espera,
y Dios os unirá con lazo eterno.
A la madre, que llora un hijo tierno,
la dirá, dexa el llanto, y considera
quánto es injusto tu dolor activo;
el hijo por quien lloras está vivo:
para morir, tu seno le dió al suelo,
pero ahora mas feliz vive en el cielo.
A la esposa, que llora desolada,
la dice no te aflijan sus destinos;
si tu esposo ha empezado la jornada,
es para prepararte los caminos.
Ya la presencia de su Dios le inflama,
y desde el cielo con ardor te llama,
para partir contigo su reposo

en dulce union con el divino esposo.
O christiano fiel, pues que naciste
para gloria, que término no tiene,
tu débil corazon no se contriste,
quando la parca inexôrable viene
á poner fin á tus mortales hados.
No te aflijas como esos desdichados,
que viven sin tan plácida esperanza,
oye su voz con tierna confianza,
mira el glorioso fin que te declara,
ve el brillante lugar que te prepara,
la luciente corona que te ofrece,
y recíbela en fin como merece.
Sufre pues con valor las aflicciones,
no temas mas que al mundo y tus pasiones,
toma tu cruz con gozo y alegría,
y sufre con constancia todavía
algun tiempo de afan, de dura suerte;
mas léjos de temerla, ama la muerte,
porque ella sola canta la victoria,
y puede darte el triunfo de la gloria.
¡ O Dios santo ! ¡ Dios grande y poderoso !
¡ Dios misericordioso !
en tí es solamente,

en quien mi afecto humilde y reverente
puede ver la razon de su esperanza;
fuera de tí, Señor, ¿en quién pudiera
fundar mi confianza?
¿En mis merecimientos? ¡Dios eterno!
si no fuera por tí, ¿de mí qué fuera?
Sin tu misericordia inagotable
tu víctima seria en el infierno.
Largo tiempo desleal y miserable
no he sabido, Señor, sino ofenderte,
y quando observo de mi vida el giro,
yo mismo, yo me admiro
de que no me hayas dado eterna muerte.
¿Me fiaré en el mundo corrompido?
¡Pero ay! ¿quién no conoce sus engaños?
¿quién se ha fiado de él, que no haya sido
víctima de su error y de sus daños?
¿qué se puede esperar de un mundo loco
en que se escucha la razon tan poco?
¿qué puede dar un monstruo desbocado,
que en perfidias y vicios anegado
es contínuo taller de los delitos,
y fragua en que se forman los precitos?
¿Me fiaré en los hombres? ¡Desdichado

el que en brazo de carne se confia!
socorro débil que no dura un dia,
débil vapor que el ayre ha disipado.
Pasa el hombre, y con él su valimiento,
mas rápido y fugaz que pasa el viento;
¿cómo esperar en él? ¿cómo fiarse,
quando él mismo no puede asegurarse?
Metéoro brillante, que aparece,
hoy exîste, mañana desparece,
cada instante á la tumba se desliza,
¿cómo pues esperar en la ceniza?

Y pues que mi razon en quanto alcanza,
para hallar el perdon de mis delitos,
y obtener de tu gracia la esperanza,
puede solo estrivar su confianza
en tus méritos santos é infinitos;
imploro tu piedad con todo el fuego,
de que es capaz mi corazon rendido:
tú escuchar con piedad has prometido
al importuno y humillado ruego;
haz pues que ódie al pecado mas que á todo,
que huya de su mortífera ruina,
que no resista á tu impulsion divina,
que este seria de alejarla el modo.

Que sufra las desgracias con paciencia,
y que llorando el mal que he cometido,
crea que por haberlas merecido,
te las debo ofrecer por penitencia;
que yo eleve hasta tí mis pensamientos,
y encienda de mi pecho el frio yelo
con el agua ferviente, que del cielo
desciende en los divinos sacramentos;
en fin, para que mi alma venturosa
halle piedad en el final juicio,
la Iglesia por postrero beneficio
me diga, quando muera, en paz reposa:
con esto mi esperanza placentera
solo fiada en tí, mas siempre activa,
sostendrá mis alientos miéntras viva,
y volará á tu seno, quando muera.

POEMA XXIV.

LA MUERTE.

PARTE PRIMERA.

El negocio mas grave de la vida
es prepararnos una buena muerte,
y el medio de lograr tan dulce suerte
es que con atencion no interrumpida
el hombre la medite muy de intento,
ocupando con ella el pensamiento.
Del medio de los velos horrorosos,
con que la triste muerte está cubierta,
suelen salir los rayos luminosos,
que al feliz desengaño abren la puerta;
su vista causa sustos, turbaciones,
pero inspira sublimes reflexîones.
Nosotros moriremos. La sentencia
está dada por Dios, y es absoluta;
cada dia, cada hora se executa,
y así lo verifica la experiencia.
En este instante mismo hay mucha gente,
que al término ha llegado de su giro,

que está ya dando el último suspiro,
y que empieza á vivir eternamente.
El instante que sigue, al propio abismo
otros muchos irán, quizá yo mismo,
de modo que uno á otro se sucede,
todos se van sin que ninguno quede.
Los frutos mas comunes de la tierra
son los nuevos cadáveres que cria,
y con los muchos que incesante entierra,
llena su seno de ceniza fria.
Los vivos son cadáveres que esperan,
los unos con los otros se aglomeran,
y desde un emisferio á otro emisferio
su extension es un vasto cementerio.
No hay quien pueda ignorar verdad tan clara;
pero ¿quién la medita, y se prepara?
Hombre mortal, que vives moribundo,
tú yaces en letargo muy profundo,
tú vives sin temor, como pudieras
vivir, si nunca fallecer debieras,
hasta alejar la idea de la muerte,
porque no turbe tu tranquila suerte,
como si fuera dado á tus temores
con el olvido huir de sus horrores.

Tú eres como la víctima, que ciega
viene al pie del altar, que hasta que llega,
y siente el golpe que la despedaza,
ignora que la muerte la amenaza.
Así todo se acaba, y muere todo.
Los hombres hechos con el mismo lodo
andan todos un áspero camino,
y se encaminan á un igual destino;
porque en fin todos, sean los que fueren,
nacen, viven, enferman, y se mueren.
Si el sendero del hombre es peligroso,
su término es obscuro y pavoroso;
pues está en él la muerte inexôrable,
que exâmina solícita á cada hombre.
A cada uno le llama por su nombre,
y le impone una suerte irrevocable,
á este aquel dia, al otro en la semana,
á tí en el año, á mí quizas mañana,
De aquí á cien años sin estar completos,
¡qué diferencia en todos los objetos!
La corte tendrá nuevos cortesanos,
las ciudades distintos ciudadanos,
los pueblos serán de otros pobladores,
y las casas tendrán habitadores

todos diversos, todos diferentes,
todo el mundo tendrá nuevos vivientes,
y ellos dirán, como decir debemos,
dentro de poco todos moriremos.

Harán como nosotros reflexîones,
¿pero serán mejores? ¿mas christianos?
¡Ah! yo temo, que míseros y vanos,
y sujetos tambien á las pasiones,
hagan como nosotros hemos hecho,
con tan flaca razon, tan débil pecho
oirán estas verdades tan terribles,
parecerán movidos y sensibles,
y formarán quizas resoluciones,
conmovidos de horror sus corazones;
mas presto sus temores disipados,
parecerán estar tan olvidados,
que á la muerte cada uno sorprehendido
se creerá, que jamas las haya oido.

La muerte pues, que todo lo arrebata
con un golpe tan rápido y violento,
todas nuestras ideas desbarata,
destruye todo humano pensamiento.
El hombre no se fixa en lo que vive;
á pesar de la vida la mas larga

solo pone su idea en lo que aguarda,
y entre las esperanzas que concibe,
con sus deseos solo se entretiene.
Anda, vuelve, camina, y se detiene,
sin pararse jamas en un objeto;
á un proyecto sucede otro proyecto,
con carácter versatil y fecundo
ya el primero dexó por el segundo,
y este dexa tambien por el tercero;
pero la muerte con su andar ligero
llega, sorprehende, y con su hoz cortante
todos se los deshace en un instante.

Aquel jóven, por verse en edad tierna,
se figura le queda todavía
una carrera larga, casi eterna,
para pasarla en fiestas y alegría;
tantos gustos y gozos le previene
el mundo seductor, que solo tiene
para saciar su sed dorados vasos,
la muerte dar le dexa algunos pasos,
mas sobre él se desploma de repente,
y dar un paso mas no le consiente;
le ataja al empezar de su carrera,
él quiere detenerla, ella no espera,

y con duro rigor, con fiero gesto
le da el golpe fatal quizas funesto.
¿Y qué es lo que haces tú, muger profana,
que llena de tí misma, y siempre vana,
no piensas mas que en galas, en arreos,
en placeres, amores, y paseos?
Tú te contemplas en tu claro espejo,
tú le pides un pérfido consejo,
tú quieres que te enseñe á hacer alhagos,
á riesgo de causar muchos estragos;
pero tu incauta ceguedad no advierte,
que detrás del espejo está la muerte,
que ya te acecha, y amenaza fiera,
que ya va á descargar, que solo espera
que la víctima acabe de ponerse
las galas, con que quiere componerse,
para sacrificarla en el instante,
y dexarla horrorosa y palpitante.
¡Qué ceguedad, ó cielos, es la nuestra!
La experiencia, del hombre la maestra,
nos prueba sin cesar cada momento,
que la vida tan fragil como el viento
soplo es fugaz, relámpago que pasa;
y sobre esa caduca y débil masa,

que á caer está siempre tan propensa,
¿queremos levantar máquina inmensa?
El hombre extiende tanto su esperanza,
que va mas léjos que su vida alcanza,
con ilusion errada pero viva;
ve un largo por venir en perspectiva,
y ese ojo perspicaz de vistas tantas
el sepulcro no ve, que está á sus plantas;
lleno siempre de ideas lisongeras,
de errores dulces, frívolas quimeras,
toda su vida vive de deseos,
y á la muerte sus últimos empleos
quando mira que estan desesperados,
lágrimas son de verlos malogrados:
así completa su infelice suerte,
y da á una amarga vida amarga muerte.
Entónces queda el hombre despojado
de bienes, de placeres y de honores,
de riquezas, amigos y favores;
todo lo dexa, todo está acabado,
una cosa le queda todavía,
y esta la nombra Job, quando decia,
de quantos bienes dar la tierra pueda,
el sepulcro es lo solo que me queda.

He aquí vuestro despojo, hombres insanos,
la mortaja, la tumba y los gusanos;
he aquí el fruto de afanes y de anhelos,
he aquí el fruto final de los desvelos.
¿Y era para esto solo necesario
tanto conato, y tan extraordinario?
¿multiplicar las ánsias y deseos?
¿buscar á tanta costa los empleos?
¿causarse tantas penas y cuidados?
¿tantas guerras hacer en los estados?
¿derramar tanta sangre en las naciones?
¿y asolar las provincias y regiones?
¿Cómo vuestra razon no preveía
el fin que tanto afan tener debia?
¿cómo desconoció vuestro desvelo
este abismo sin fin, pozo sin suelo,
en que todo lo que hay cae, perece,
se hunde, se pierde, y se desaparece?
Pero aun hay otro mal, y es mas terrible,
pues la muerte severa é inflexîble
va á fixar una suerte irrevocable,
y la que da una vez, ya es inmutable.
El árbol va á caer, ya está cortado,
á derecha ó izquierda está inclinado,

segun que en vida se haya conducido;
pero luego que en tierra esté tendido,
inmóvil quedará en el mismo lado
en que una vez quedó, quando ha caido.
Así todos los hombres quedaremos
en el lado, en que todos moriremos,
y sin término alguno nuestra suerte
será lo que es á la hora de la muerte.
Si en gracia, nuestra suerte venturosa
será siempre feliz, siempre dichosa;
mas el que muere triste en su pecado,
será siempre infeliz y desgraciado.
La muerte es un momento, mas momento,
que produce una eterna conseqüencia.
¡O momento fatal! ¿qué pensamiento
puede entender tu duracion y esencia?

PARTE SEGUNDA.

¿Quién, si de esta verdad se penetrara,
con pavoroso asombro no temblara?
¿Qué alma con tanto espanto confundida
pudiera amar los gozos de la vida?
¿Quién dexara llenarse de ilusiones?

¿Quién oyera el clamor de sus pasiones,
si escuchara á la muerte que le grita,
la eternidad es suma, es infinita,
la vida es breve, y pasa con presteza,
al instante que acaba, el mal empieza?
Qué insensato mortal no se diria,
pues que yo debo fallecer un dia,
¿por qué luego á morir no me preparo?
¿por qué de todo al fin no me separo,
pues hoy mi último dia ser pudiera,
y esta fuera tambien mi accion postrera?
Con tan justas ideas conducidos,
y dexando del mundo los encantos,
lograremos morir como los santos,
y hallar lugar entre los escogidos.
El grande Apóstol Pablo nos decia,
yo muero cada dia.
¡Quántas verdades grandes y elevadas
en tan cortas palabras incluía!
pues el que quiere hacer feliz su suerte,
debe sufrir mil muertes preparadas,
ántes que llegue la postrera muerte,
esta muerte absoluta, muerte entera,
que termina por fin nuestra carrera.

Yo muero cada dia: ¡cómo es cierto!
¡á quántas cosas ya no me hallo muerto!
ya se murieron mis pasados años,
y mis pasados gustos ya murieron,
solo me quedan tristes desengaños,
mas todos mis placeres ya se fueron
tan idos, que jamas volveré á verlos,
y si algunos me quedan todavía,
pasarán sin que pueda detenerlos.
Hácia el término abanzo cada dia,
ya muriéndome voy sin advertirlo,
y llegaré á la muerte sin sentirlo.

Yo muero cada dia; pues que siento
que algo de mi exîstencia se destruye,
que el curso de mi vida disminuye,
y todo aunque con tardo movimiento.
Mi espíritu se afloxa y entorpece,
mi memoria se pierde y debilita,
la vista de los ojos se me quita,
mi fuerza se aminora y enflaquece,
todo ya se desmiente y afemína,
y la máquina entera al fin se arruina.

Yo muero cada dia; mi destino
ya tiene hecha una parte del camino,

incierto de la parte que me queda
puedo decir que hoy vivo, sin que pueda
saber, si lo podré decir mañana.
En esta incertidumbre es cosa vana
formar muchos proyectos importantes;
yo no formo mas que uno; es proponerme
que no pueda la muerte sorprehenderme,
y estar dispuesto á todos los instantes.
El que espera al momento es un gran loco
ó no está bien dispuesto, ó lo está poco.

Yo muero cada dia, porque muero
á todo lo que pasa diariamente,
sea que me consuele, ó me atormente
El tiempo con tenaz lima de acero
y con su agudo diente
todo lo roe, todo lo devora,
tanto el mal que con lágrimas se llora,
como el bien que nos viene placentero,
porque nada en el mundo hay de durable,
todo se huye veloz, todo es instable.
Así si viene el mal, es bien digamos,
ya va á pasar, pues no nos aflijamos;
y quando venga el bien, tambien diremos,
ya va á pasar, pues no nos alegremos.

Locura es, que yo ponga mi alvedrío
en lo que en breve ya no será mio,
y solo es razonable despegarse
de lo que presto debe disiparse:
Dios solo es inmutable y permanente,
y es el bien en quien debo unicamente
poner mi corazon, fixar mi suerte,
porque no me le hará perder la muerte.
  Yo muero cada dia; cada dia
desatándome voy, y no sin pena,
de tantos como lazos y cadenas,
con que la vida me ata todavía.
Quando la muerte nos encuentra atados
con muchos lazos fuertes y apretados,
tales como los bienes, los amores,
los parientes, las deudas, los honores,
y que quiere cortarlos de repente,
¡ ah qué dolor, ó Dios, el alma siente!
Yo quiero prevenirlo, y mas sensato
poco á poco á mí mismo me desato.
para que libre y desembarazado,
quando la muerte venga, me halle en calma,
y al desatarse de mi cuerpo el alma,
vuele en paz á su Dios, que la ha criado.

Yo muero cada dia, pues es cierto,
que vivo ya, como si hubiera muerto.
El alma que está bien determinada
á servir á su Dios, no quiere nada
de lo que dan el mundo y la fortuna;
no pretende con ellos parte alguna,
como no la pretenden los que muertos
en la tumba cadáveres son yertos.
No hay para ella ni honores ni intereses;
que la sucedan todos los reveses,
que la ofendan, la pisen y la ultragen,
que con desprecios á porfia la agen,
que la digan la injuria mas terrible,
está como los muertos insensible,
solo tiene humildad, paciencia, olvido;
todo su corazon ha fallecido,
y como en ella el sentimiento cesa,
nada la aflige, nada la interesa.

Yo muero cada dia: ¿quién quisiera
no morir de una vez, si lo pudiera?
¿Qué puedo ya esperar en esta amarga
habitacion de un mundo vacilante?
¿Qué pues? ¿ya no he pecado lo bastante?
¿mi cuenta no será bastante larga?

¡Dios de misericordia! demasiado
de tus divinas gracias he abusado,
y con descuido pródigo he perdido
el dilatado tiempo, que he vivido;
ojalá hubiera muerto apresurado
en el tiempo que ménos mal vivia,
y que tantos pecados no tenia.
¿Qué logro con vivir algunos años?
¿no ha de llegar al fin la triste muerte?
¿qué habré ganado pues para mi suerte,
mas que nuevos peligros, nuevos daños,
y añadiendo temores á temores,
morir con mas pecados y terrores?
Con la muerte, que un poco se difiere,
¿se muere ménos? quizá mas se muere,
y el tiempo que un mortal dexa vivido,
es un sueño fugaz, que ya se ha ido.

Yo muero cada dia muy dichoso,
si con la gracia acabo el peligroso
término de mi vida, y si sin sustos
puedo alcanzar la muerte de los justos.
Yo no vivo, mi Dios, mas que para esto,
á trabajar con fuerza estoy dispuesto,
y voy á comenzar la muerte diaria,

que es tan molesta, pero necesaria.
¡Alma mia! ¡qué paz y que dulzura
hallarás al morir, si ahora pura
con incesante ardor, y con porfia
dices con Pablo, muero cada dia!
cada dia con ánimo profundo
conozco mas la vanidad del mundo;
cada dia sintiendo quanto es vana,
mas me aparto de toda cosa humana;
cada dia desato un fatal lazo,
que de mi devocion era embarazo;
cada dia presento sacrificios,
lavando culpas, y venciendo vicios;
cada dia me muero de algun modo,
y deseo tambien morir del todo.
Esta pequeña muerte bien seguida
vale mejor que la mas larga vida,
y no es fútil como ella, y transitoria;
es vida santa, vida meritoria,
y que nos hace dulce y llevadera
la muerte, que es final y verdadera.
Es verdad que esta vida es trabajosa,
y á la naturaleza muy penosa:
no se vive muriendo sin que cueste,

pero da fuerza la virtud celeste,
y á vista del placer de la esperanza
se animan el valor y confianza.
Nos morimos por Dios diariamente,
morimos por vivir eternamente,
y este contínuo y lánguido suplicio
le ofrecemos á Dios en sacrificio,
uniéndole al sublime, al necesario,
que sufrió Jesuchristo en el calvario.
Despues de todo si esta vida es dura,
sabe templar la gracia su amargura;
el alma se sostiene, quando piensa
que es magnífica al fin la recompensa.
O tú, que eres la vida verdadera,
en quien mi corazon humilde espera,
admite ¡ó Dios! benévolo y propicio,
admite desde ahora el sacrificio,
que te hago de los dias que me dexas.
Feliz mil veces yo, si de mí alejas
todas las seducciones tan activas,
para que tú, Señor, conmigo vivas.
Pues pierdo cada dia mi exîstencia,
haz que arranque de mi alma con violencia
todo lazo mortal, que atarla pueda:

¿ á qué se puede atar, si nada queda ?

Si alguno, quando muero, triste llora,
dirá de mí, murió; yo digo ahora,
ya muero, pues que ya insensiblemente
voy perdiendo la vida lentamente;
que acabe en fin quando mi Dios lo quiera:
esto no es lo que mi alma considera,
y solo le suplíca reverente,
que digna la haga su bondad divina
de la vida inmortal, que la destina.

INDICE

DE LOS POEMAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.





